

Dengeki Aegis 5

ACTO II



ILUSTRACIONES:
NAO GOTŌ

NAGARU TANIGAWA

Advertencia ¿In?necesaria

Dengeki Aegis 5: Acto II, escrita por Nagaru Tanigawa en los años 2000, refleja un estilo de comedia y exageración característico de su época. La obra se conserva íntegra para mantener la intención original de su autor y la editorial, con episodios que rozan lo absurdo y lo subido de tono —pensados para la parodia y no como conductas aceptables fuera de la ficción—.

Lectura recomendada para mayores de 15 años (+15).

PD. Y, para que no queden dudas, nos deslindamos de las opiniones y narración de esa IA disfrazada de oveja: su concepto de “romance” y “diversión” suspendería cualquier examen de ética —ayer, hoy y mañana—. Es más, ni Freud lo aprobaría —y eso ya es decir bastante—.

Atentamente: Equipo de Traducción S. de Sasaki

Dengeki Aegis 5 ACTO II

NAGARU TANIGAWA

ILUSTRACIONES:
NAO GOTŌ

Ryō Yukisaki

Edad: 15 años
Altura: 153 cm
Busto: 64 cm
Cintura: 55 cm
Cadera: 65 cm
D-Maniobra:
«Deucalion»



Ganymedes



Sasa Tomoe

Edad: 16 años
Altura: 161 cm
Busto: 83 cm
Cintura: 58 cm
Cadera: 85 cm
D-Maniobra: «Eris»

Misumi Nonoka

Edad: 12 años
Altura: 139 cm
Busto: 60 cm
Cintura: 50 cm
Cadera: 62 cm
D-Maniobra:
«Hécate»



Aroe Kakegawa

Edad: 14 años
Altura: 154 cm
Busto: 79 cm
Cintura: 55 cm
Cadera: 82 cm
D-Maniobra:
«Aglaea»



Kotori Konoike

Edad: 16 años
Altura: 163 cm
Busto: 86 cm
Cintura: 60 cm
Cadera: 88 cm
D-Maniobra:
«Atalanta»









Contenido

Capítulo 6: Imitando el Amor

Capítulo 7: Franqueza & Velocidad

Capítulo 8: Una Ligerísima Sonrisa

Capítulo 9: El Accidente de la Hermana

Capítulo 10: La Última Primavera; Otra Vez

En lugar de notas: Una Serie de Recuerdos

Proyecto final del volumen: El Manga secreto "Aegis" de Nao Gotō

Dengeki

Aegis 5

ACTO II

p. 9 **Capítulo 6: Imitando el Amor**

p. 39 **Capítulo 7: Franqueza & Velocidad**

p. 68 **Capítulo 8: Una Ligera Sonrisa**

p. 98 **Capítulo 9: El Accidente de la Hermana**

p. 129 **Capítulo 10: La Última Primavera; Otra Vez**

p. 168 **Proyecto final del volumen: El Manga secreto
"Aegis" de Nao Gotō**

ILUSTRACIONES: NAO GOTŌ
EDICIÓN: YŪJI OGIKUBO



CAPÍTULO
6



**Imitando el
Amor**

Esa tarde, como de costumbre, estaba preparando la cena.

Mientras colocaba la olla con agua en la estufa, me puse a pensar: ¿para qué había venido yo a la casa de este anciano, después de todo?

Mi propósito inicial había sido vivir en esta casa, que quedaba más cerca de la universidad que la casa de mis padres. Eso era, sin duda.

Además, mis padres me habían encomendado vigilar al abuelo. Él llevaba una vida casi clandestina, y si se le dejaba solo, por razones que escapan a la comprensión humana, solía caer en conductas extrañas.

Sin embargo, cuando lo visité en esta casa antes de ingresar a la universidad, descubrí que ya era demasiado tarde. El abuelo ya había incurrido en una de esas conductas extrañas, y para colmo, había desaparecido sin dejar rastro. A estas alturas, seguramente estaría vagando por algún lugar que no pertenece a este mundo. En una ocasión regresó con una apariencia como de fantasma, pero enseguida volvió a desaparecer y desde entonces no se ha sabido nada de él.

Intenté, por un momento, imaginar al abuelo y a un perrito yendo y viniendo por la quinta o sexta dimensión, pero al poco tiempo me rendí. Como estudiante de humanidades, ese tipo de cosas no eran lo mío.

Mejor concentrarme en lo que sí puedo hacer. Para decirlo claramente, la razón principal por la que aún estoy en esta casa es para alimentar a las cinco chicas que se han reunido aquí para proteger el mundo del desastre.

Probablemente había otros motivos también, pero siendo sincero, no he hecho gran cosa aparte de eso, y bueno, al menos eso sí puedo hacerlo.

Aparté la vista del agua que hervía en la olla y miré hacia las manos de mi asistente.

Hoy la encargada de ayudarme en la cocina era Ryō.

—.....

Como no alcanzaba la mesa, Ryō estaba subida en un banco hecho por ella misma, moviendo el cuchillo en silencio y sin expresión, como siempre.

Aunque la estuviera ayudando, no podía encargarle nada complicado, así que solo le pedí que cortara el repollo en tiras para la ensalada. Pero había que detenerla en el momento justo, porque de lo contrario seguiría cortando sin parar hasta reducir el repollo a polvo.

Por cierto, el menú de esta noche era lo que yo llamaba espagueti exprés. Se trataba de una pasta instantánea con sabor a tarako, que se preparaba simplemente mezclando mayonesa con sazón de huevas de bacalao y revolviendo todo con los fideos cocidos. Uno de mis platillos estrella, fácil de hacer, de sabor decente y, sobre todo, muy barato.

—Ah, con eso está bien.

Ryō detuvo mecánicamente el cuchillo, que había estado moviendo arriba y abajo. Luego me miró despacio y:

—.....

Asintió lentamente, quedándose quieta a la espera de nuevas instrucciones.

—Ahora corta el tomate en seis partes, y después pela y enjuaga la lechuga, ¿sí?

—.....

Ryō me miró sin parpadear, ladeó un poco la cabeza como si estuviera repasando mentalmente lo que había oído y:

—.....

Sin decir palabra, pasó a la siguiente tarea. Tomó el tomate que estaba sobre la tabla de cortar y comenzó a dividirlo con una precisión casi meticulosa. Lo hacía muy despacio.

Mientras tanto, yo revisaba la cocción del espagueti que borboteaba en la olla grande.

Cuando ajustaba la intensidad del fuego:

—Híikun.

Una voz alegre me habló desde atrás. Al darme vuelta, me encontré con Aroe, que sonreía mientras abrazaba su cuaderno y su libro de matemáticas.

—¿Puedes ayudarme con la tarea? Es que de verdad no entiendo nada.

Aroe abrió el libro de texto y me mostró un ejercicio con una gráfica.

—¿No te estaba ayudando Kotori?

Hasta que la cena estuviera lista, Aroe y Nonoka se suponía que estarían en la sala de estar recibiendo tutoría de Kotori.

—Es que...

Aroe frunció los labios de forma adorable.

—Kotori-chan está tan metida en la tele que no me hace caso. Solo se ríe viendo una repetición de un anime viejo.

Como para confirmar sus palabras, desde la sala —que estaba conectada al comedor— se escuchó la ruidosa risa de Kotori. Era una carcajada despreocupada, como si de verdad estuviera disfrutando desde el fondo del corazón, sin ninguna preocupación. Todo en paz.

—No hay de otra.

Miré el problema con cautela. Después de todo, yo era alguien que había roto con las matemáticas desde el segundo semestre de segundo año de preparatoria, al decidirme por el camino de las humanidades.

—Hmm...

No pude evitar emitir un gruñido. Sinceramente, no entendía nada. Tal vez si pensaba muy a fondo lograría recordar alguna fórmula que pudiera aplicar, pero hasta pensar en eso me daba miedo. Nunca me llevé bien con las matemáticas. Si no, no habría roto con ellas.

—¿Y si le preguntas a Ganymedes?

Se supone que es una *autoproclamada súper inteligencia artificial*, así que debería poder resolver sin problema un ejercicio de nivel secundaria. O eso pensé, pero...

—Gaakun me explica de una forma tan difícil que no entiendo cómo es que llega a la respuesta. Qué problema, ¿no?

A pesar de decir que era un problema, Aroe no parecía preocupada en absoluto. Me miraba con ojos brillantes, el libro aún abierto frente a mí.

—¿Y Tomoe?

Pregunté por la única integrante del grupo mayor que faltaba. Siendo también del nivel preparatoria como Kotori, pensé que podría ayudar a las dos de secundaria con sus deberes.

—¿Tomoe-chan?

Aroe sonrió.

—Tomoe-chan está en su cuarto haciendo algo desde que llegó.

—Qué raro que Tomoe se encierre en su habitación.

Para la hora a la que yo regresaba de la universidad, Tomoe solía estar en la sala, instalada como de costumbre, hojeando el periódico por puro aburrimiento. Era parte de nuestra rutina diaria. Tan rutinario, que supuse que hoy también sería así.

Haciendo como si no pudiera soltarme de la olla, dije:

—Seguro está repasando la clase de hoy en un ambiente tranquilo. Deberías ir a su cuarto a que te explique.

No había forma de que yo pudiera cumplir con las expectativas de Aroe. Así que decidí dejar esto en manos de una estudiante activa de preparatoria y sugerí a la mayor del grupo, que por apariencia parecía saber estudiar.

—¿Tú crees? Yo nunca he visto a Tomoe-chan estudiando.

Aroe lanzó esa bomba de manera muy natural y luego gritó:

—¡Kotori-chaan, enséñame en seriooo!

Y se fue de vuelta a la sala arrastrando las pantuflas.

Yo también solté un suspiro de alivio por haber escapado del terror de las matemáticas.

Para cuando Ryō, que había estado lavando la lechuga como un mapache, terminó todo su trabajo, el espagueti ya estaba en su punto exacto de cocción.

☆☆☆

Toda la comida fue colocada sobre la mesa del comedor. Normalmente, al escuchar el sonido de los platos, las cinco chicas se reunían poco a poco, y en cuanto todas estaban listas, hacían el típico coro de “¡Itadakimasu!”, pero esta vez...

—¿Eh? ¿Y Tomoe?

Su figura de cabello largo no se veía por ningún lado. Mientras yo miraba alrededor preguntándome dónde se había escondido:

—Voy a llamarla.

Aroe, con buen tino, subió al segundo piso y regresó enseguida para decir:

—Dice que no quiere bajar. Que no está para eso ahora. Le dije que le íbamos a poner plástico a su plato y dejarlo ahí.

—¡Si no lo quiere, me lo como yo!

Kotori se levantó de golpe, pero Ryō le lanzó un tomate de la ensalada directo a la boca.

—.....

—¡Mmguh!

Kotori, con los ojos bien abiertos, masticó y tragó el tomate, y luego, como si hubiera olvidado por qué se había levantado, se dejó caer de nuevo en su silla.

—¡Itadakimaaaasu!

Y empezó a devorar su espagueti con tarako. El ruido realmente parecía el de alguien comiendo con todas sus fuerzas.

Aroe, mientras sostenía el tenedor, comentó sobre la situación de Tomoe:

—Estaba abrazando una almohada y pataleando con los pies. ¿Estará practicando natación?

Eso sería típico de Nonoka, no de Tomoe. No me la imaginaba ahora entrenando patadas en su cama como si fuera una piscina.

—¿No será que está intentando hacer dieta?

Ganymedes, que estaba tirado contra la pared, soltó esa ocurrencia. Tenía los electrodos saliendo de su cola conectados a un enchufe. Él también estaba en plena “hora de comida”.

—*El mes pasado aumentó ciento cincuenta gramos y parece que eso la tenía preocupada. Yo le comenté que, según mis mediciones, ese aumento estaba concentrado en el área del pecho, así que no había motivo para alarmarse...*

Ya ni me preguntaba cómo sabía datos tan específicos sobre su cuerpo. Seguramente había usado algún escáner láser. Un derroche de alta tecnología aplicado al absurdo: así es Ganymedes. No por nada lo creó mi abuelo.

Al escuchar que alguien no tenía apetito, se me vino a la mente el incidente en que Aroe se había desmayado, pero tratándose de Tomoe, estaba seguro de que no era el caso. Así que me dediqué a saborear lentamente la comida que había preparado.

—¡Aaah, qué rico estuvo! ¡Gracias por la comida!

Kotori, a una velocidad tres veces superior a la de una persona normal, había dejado todos los platos vacíos y, con ojos de ave de rapiña, dirigía ahora su mirada al plato de Tomoe.

—No puedes.

Aroe le llamó la atención con suavidad. Kotori desvió su mirada del plato intacto de Tomoe y se puso a observar el de Nonoka. Como comía en pequeños bocados, apenas había avanzado la mitad, y al notar la mirada, Nonoka se sobresaltó.

—Uuh...

Soltó un gemido como si se le hubiera atorado algo en la garganta. Una gota de sudor le recorría la cara mientras sus manos temblaban.

—Eso tampoco.

Aroe la bloqueó enseguida, y Kotori dirigió entonces su atención a Ryō.

—.....

Ryō seguía comiendo en silencio. A pesar de su baja estatura, tenía un apetito notable. Kotori miró a su alrededor, recorriendo la mesa, y con una expresión de resignación, bebió su té de un trago.

Lo que hacía a Kotori valiosa era que siempre comía con entusiasmo cualquier comida, por más fallida que fuera. Para quien cocina, eso era algo realmente reconfortante. Gracias a ella, nunca había sobras. Era ecológica y eficiente. Un recurso valioso.

Por eso mismo, no podía soportar la idea de que un plato permaneciera intacto en la mesa durante tanto tiempo.

—¡Voy a preguntarle a Tomoe! ¡Si está a dieta, me como la mitad! ¡Yujúuu!

Sin que nadie pudiera detenerla, Kotori se levantó de su asiento, salió disparada del comedor y subió las escaleras con pasos sonoros.

—Qué energía...

Murmuré. Seguramente su metabolismo era tan alto por estar siempre en movimiento. Me consolaba pensando que su apetito se debía a eso, cuando de repente, desde el techo comenzaron a escucharse ruidos caóticos de golpeteos y carreras.

Parecía que estaban discutiendo... o más bien, se oía la voz airada de Tomoe y las risas de Kotori.

—...Au.

Nonoka miró al techo con temor. El alboroto se desplazó por el pasillo, bajó por las escaleras, y luego por el corredor del primer piso hasta que...

—¡Miren, miren esto! ¡Wahaha!

Kotori irrumpió en el comedor.

—¡Detente! ¡Oye...! ¡Devuélvelo...!

Tomoe se le colgaba de la cintura. Con el cabello hecho un desastre y la cara completamente roja, extendía desesperadamente la mano para recuperar el pedazo de papel que Kotori sostenía y hacía ondear burlescamente.

—¿Qué es eso?

Aroe preguntó con su habitual tono suave.

—¡Es una carta! —respondió Kotori—. ¡Tomoe estaba toda retorciéndose mientras la leía! Me dio curiosidad, así que pensé en echarle un vistazo...

—¡Eso no se puede!

gritó Tomoe.

—¡Tú no tienes derecho a leerla! ¡Esa carta es mía!

Decidí intervenir.

—No está bien espiar. Es algo más grave que un simple mal gusto.

Lancé una mirada a Ganymedes, que fingía no saber nada mientras giraba sus ojos en espiral.

—¡No estoy espiando!

declaró Kotori con orgullo.

—¡Estoy leyendo con toda la cara! A ver, a ver...

Tomoe, completamente fuera de sí —algo inusual en ella—, gritaba desesperada:

—¡Devuélvemela, Kotori! ¡Si sigues leyendo, contaré todos tus secretos más vergonzosos!

—Me da igual —respondió Kotori, riéndose despreocupadamente—. Entonces yo también contaré unas tres anécdotas vergonzosas tuyas, ¡así que allá va la primera! ¡Chan chaaan! En tercer año de primaria...

—¡Detente! ¡Eso no, por favor!

—Segunda: en el festival deportivo del primer año de secundaria...

—¡Esa tampoco! ¡Nada de eso, por favor! ¡Ya casi lo había olvidado y ahora...!

—Veamos... entonces algo más reciente.

—¡No tengo idea de qué hablas, pero de todos modos, no! ¡No lo digas!

Tomoe, agitando su larga cabellera, saltaba tratando de recuperar la carta, pero la diferencia de estatura era abismal. Kotori, la más alta, sostenía la hoja en alto y Tomoe apenas podía alcanzarla.

Así que fui yo quien la recuperó.

Al verla apenas un segundo, noté que estaba escrita con una letra ordenada sobre una hoja de papel común. Pero en ese mismo instante, una bola saltó desde un lado y me arrebató la carta de las manos.

Ganymedes aterrizó con un *schaak*, desplegó la hoja con sus dos manipuladores y leyó en voz alta con tono electrónico:

—*¡Esto es...! Si mi precisión con OCR y reconocimiento textual no falla, ¡esto es sin duda una legendaria pieza clásica: una carta de amor!*

—¿Carta de amor?

repitió Aroe, ladeando la cabeza.

—¿De quién? ¿Para quién?

—*Estimadísima señorita Tomoe Sasa. Perdone la descortesía de entregarle esta carta tan abruptamente. Pero deseaba con todo mi corazón que conociera mis sentimientos. Mi nombre es Hiroto Onodera. En realidad, he estado observándola cada mañana y...*

—¡No la leas en voz altaaaa!

Tomoe le propinó una patada instep a Ganymedes en su intento por recuperar la carta.

—*Ough.*

El robot dio una vuelta en el aire, rebotó en la pared y cayó con un *plop* en los brazos de Ryō.

La carta que había salido volando de sus manos aterrizó cerca de mí. Con cuidado de no leerla, se la devolví a Tomoe.

Tomoe la tomó mientras me miraba con expresión severa por alguna razón.

—*Es una declaración de amor e invitación a una cita*, resumió Ganymedes desde los brazos de Ryō.

—*Señorita Tomoe, ¿dónde le fue entregada semejante cosa? No me diga que en el casillero de zapatos escolares...*

Después de todo, las cinco asisten a una escuela solo para chicas.

—Fue camino a clases —respondió Tomoe, doblando cuidadosamente la carta antes de guardarla en el bolsillo—. Mientras esperaba el cambio de luz del semáforo, un caballero con uniforme de una preparatoria pública cercana se me acercó y me entregó esto. Apenas me lo dio, salió corriendo con una sonrisa radiante.

Una explicación bastante directa, tratándose de Tomoe.

—*Y aun así, ¿por qué aceptarla?*

Yo también lo pensaba. Se suponía que Tomoe tenía una desconfianza total hacia los hombres debido a un trauma de la infancia.

—Es que fue muy repentino...

Tomoe me miró de reojo, suspiró con suavidad y bajó la vista al suelo.

—Además, no sabía qué contenía la carta. Por un momento pensé que podría ser un desafío o algo así...

—¿Hmm?

Kotori sonreía con malicia.

—¡Tomoe, es tu primera carta de amor!

En estos tiempos, que alguien escriba a mano una carta de amor y la entregue en persona era una práctica tan anticuada que parecía increíble que aún existiera entre estudiantes de preparatoria.

—¡Y también es la primera vez que te invitan a una cita!

—¿Acaso tú has recibido alguna?

Tomoe la fulminó con la mirada, pero su amiga de la infancia sonrió mostrando los dientes:

—¡Jajaja! ¡Obvio! A mi edad, ya he tenido al menos dos o tres citas. ¿Verdad?

Parecía que Kotori esperaba que yo lo confirmara, así que:

—Bueno... sí... no sé, tal vez...

Respondí con evasivas.

Kotori se giró por completo hacia Tomoe.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Cuándo y dónde van a tener su cita?

Tomoe desvió la mirada y no respondió. En su lugar, otra vez Ganymedes habló:

—*En la carta decía que fueran este domingo al parque de diversiones de la ciudad vecina. El punto de encuentro es el parque frente a la estación, a las nueve de la mañana. Si de verdad no quieres, no pasa nada si no vienes; yo lo aceptaré y me rendiré por completo...*

Movió los ojos de un lado a otro.

—Por cierto, respecto a este Hiroto Onodera, acabo de investigarlo rápidamente. Según la información que obtuve, es estudiante de segundo año en una preparatoria cercana, nació el 16 de abril bajo el signo de Aries, grupo sanguíneo A. Perteneció al club de kendo, donde fue designado capitán, y este año ganó el torneo individual del estado; aunque en el nacional fue derrotado en la segunda ronda, su contrincante resultó ser el campeón, así que se debe considerar que fue demasiado fuerte. Sus calificaciones se mantienen siempre entre las más altas del grado, tiene buena reputación por cuidar a sus kouhai, y su carácter es sumamente tranquilo y correcto. Cuenta con muchos amigos del mismo sexo, no tiene antecedentes penales. Es el hijo mayor de cinco en total —tiene dos hermanos menores y sus padres— y ha crecido como un joven talentoso en quien todos depositan grandes esperanzas, incluso sus vecinos lo reconocen como un prospecto brillante.

—¿Cuándo investigaste todo eso? —pregunté, algo cansado del discurso larguísimo de Ganymedes y su contenido.

—Pues ahora mismo. Para una inteligencia artificial de tan alto rendimiento como yo, hackear o crackear es pan comido. Mientras exista conexión a la red, no hay servidor al que no pueda acceder. Obtener un poco de información personal como esta es tan fácil como torcerle la mano a un bebé.

Entonces Ganymedes proyectó una imagen en la pared emitiendo luz desde ambos ojos. Resulta que tenía esa función.

—Aquí lo tienes: este es Hiroto Onodera.

En la proyección se veía un estudiante de preparatoria con uniforme. De apariencia fresca y, además, exageradamente apuesto. Hiroto tenía una expresión sonriente algo tímida, mirando en diagonal.

—¡Wow! —Kotori silbó.

—Ya me acordé, ¡Onodera-kun! Es famoso hasta en nuestra escuela. Es guapo y tiene un montón de fans. ¡Tomoe, sería un desperdicio rechazarlo! ¡Ve a la cita!

—Haah... —respondió Tomoe con desgano.

—Pero... — Nuestros ojos se encontraron con la mirada errante de Tomoe. Ella enseguida apartó la vista.

—Yo nunca he tenido una cita. ¿Qué se supone que debo hacer?

Kotori soltó una carcajada.

—Si escribió que quiere ir al parque de diversiones, entonces se trata de jugar ahí, ¡nada más! Los dos juntos, tomados de la mano y así.

Diciendo eso, Kotori jaló la mano de Aroe, que estaba cerca, y la entrelazó con la suya a la fuerza. Bien visto, era ese modo de tomarse de las manos entrelazando los dedos, lo que llaman “agarre de cita”.

Kotori agitó con fuerza las manos entrelazadas. Aroe, divertida con el movimiento, comentó mientras le movían el brazo arriba y abajo:

—Qué bien, un parque de diversiones. Yo también quiero ir. ¿Puedo acompañarte, Tomoe-chan?

—¡Yeei! —exclamó Kotori, avanzando con energía. Aroe igualó su paso y juntas salieron del comedor.

—.....

Ryō abrazaba a Ganymedes. Nonoka, nerviosa, nos miraba a Tomoe y a mí alternativamente. Al final quedamos solo Tomoe y yo en silencio.

—¡Ya volvimos! —Kotori regresó enseguida con Aroe, sonriente.

—Mira, así sería. ¿Ya lo entendiste, Tomoe?

—Para nada —respondió Tomoe con brusquedad, frunciendo la boca en una línea. Yo mismo no sabía qué comentario hacer. Desde hace rato Tomoe me lanzaba miradas furtivas, como si quisiera darme alguna señal.

—¡Entonces hagamos un ensayo! —dijo Kotori, mostrando una sonrisa radiante. —Así, Tomoe estará bien preparada y no cometerá errores raros en la cita de verdad. Vamos todos al parque de diversiones como práctica.

Tomoe, con evidente desgano, replicó:

—No decidan por su cuenta. Todavía no he dicho que vaya a ir o no...

—¡Qué dices! ¡Claro que debes ir! Una oportunidad así puede no repetirse nunca.

—Eso puede ser cierto. Sin embargo, yo no... en realidad no es que... —

Tomoe murmuró, y Kotori rio con malicia.

—Por eso mismo hagamos una cita de práctica en el parque para Tomoe. ¿Verdad que sí, Hii-kun?

—Bueno, está bien... —cedí ante el ímpetu de Kotori y asentí con la cabeza.

—¿Pero cuándo?

—El sábado está perfecto. No hay clases. Y tú, Hii-kun, serás la pareja de Tomoe en la práctica.

—¿Eh? —dijimos Tomoe y yo al unísono.

—¡Obvio! Es un ensayo de cita. ¡Necesitamos un chico que haga el papel!

Kotori seguía tomada de la mano de Aroe.

—Mira, Onodera-kun se enamoró a primera vista de Tomoe. ¡Con decir que le escribió esta carta! Eso significa mucho. Pero si al conocerla piensa “ah, no era como me la imaginaba, ni siquiera es tan linda... qué decepción”, sería un golpe durísimo. ¡Y a Tomoe no le gustaría que la decepcionaran así, ¿verdad?!

Tomoe volvió a fruncir la boca en una línea.

—...No me importa que se hagan sus propias fantasías, pero... bueno, siento que de algún modo mi orgullo no lo permitiría.

—¡Sí, hagámoslo! ¡Eso está perfecto! Después de todo, Tomoe es una principiante en citas. ¡Yo le enseñaré cada detalle!

Kotori lo dijo con gran entusiasmo, y sin que nos diéramos cuenta, todos terminamos asintiendo.

—¿Un ensayo de cita...? —murmuró Tomoe, cruzando la mirada conmigo otra vez. Además, me miraba con unos ojos que parecían suplicar algo... ¿qué sería? Yo ladeé la cabeza sin entender.

—Fuun.

Quizá había imaginado la escena de la cita con Onodera-kun, porque Tomoe se sonrojó un poco y apartó la mirada de mí. Con movimientos rígidos regresó a su asiento y empezó a comer el espagueti con huevas de bacalao ya frío, llevándoselo a la boca lentamente.

☆☆☆

Esa noche, mientras tendía el futón en mi habitación para dormir, Ganymedes, sentado solemnemente junto a la almohada, se pronunció:

—*¿Está bien con usted? ¿Aunque la señorita Tomoe termine relacionándose con algún don nadie?*

—Con Tomoe no hay problema. A diferencia de las otras cuatro, ella es firme y responsable. Bueno, Kotori también es firme... pero en otro sentido.

—*¿Y eso llama usted firmeza? Me siento decepcionado de usted.*

—¿Y ahora por qué?

—*¿Qué hará si la señorita Tomoe termina siendo ultrajada por ese muchacho? Su conducta intachable podría ser solo una máscara, y la realidad... bueno, todo es posible.*

—No tienes que estar imaginando esas cosas. Además, ¿qué significa eso de “urya-korya”?

—*No puedo decirlo con claridad porque chocaría con la clasificación de edad. Pero, si debo expresarlo de algún modo...*

Ganymedes emitió durante diez segundos un extraño sonido compuesto únicamente de consonantes P.

—*Algo así.*

—¿Cómo voy a entender con eso?

Rodé por el suelo al molesto muñeco de oveja y apagué la luz. En la oscuridad todavía escuché su murmullo:

—*Qué insensato... el colmo de la torpeza... debería tener más...*

No entendí nada, y de inmediato caí dormido.

☆☆☆

Pasaron algunos días y llegó la mañana del sábado. La cita verdadera sería mañana. Hoy era el ensayo.

En el desayuno, Tomoe y yo recibimos de parte de Kotori un fajo de hojas engrampadas. El título en la portada, escrita como si fuera un tosco doujinshi, decía:

〈Gran Operación de Cita de Tomoe y Hii-kun — Guion por Kotori Konoike〉

Dentro, con letras torpes que sin duda eran de Nonoka, se describía un cronograma de actividades desde el encuentro hasta la despedida. Resultaba fácil imaginar a Nonoka escribiendo desesperada lo que Kotori dictaba palabra por palabra.

—Vaya lío... —exhalé, sintiendo que se me iba la fuerza de los hombros al terminar de leer el guion escrito con la letra de Nonoka. Al parecer, la autora Kotori solo quería aprovechar el ensayo de cita como pretexto para divertirse en el parque de diversiones.

Sin embargo, Tomoe no protestó, así que yo tampoco tenía nada que objetar. Lo mejor era intentar seguir el guion.

☆☆☆

Siguiendo las indicaciones de Kotori, corrí hacia el parque frente a la estación, donde se suponía que sería la cita. Aunque aún faltaban cinco minutos, me había ordenado:

—*¡En estos casos siempre se llega corriendo!*

En el parque, Tomoe ya me esperaba, de pie sola con una expresión incómoda y un rostro algo tenso.

Era gracias a Aroe, que se había quedado hasta tarde eligiendo atuendos, que Tomoe lucía aquel bonito conjunto: un vestido monocromático vaporoso, un sombrero a juego y un canasto con sándwiches caseros (que, en realidad, yo había preparado).

De verla así, no había forma de quejarse. Incluso yo, que la conocía en su estado normal, sentí tambalear mi corazón. En efecto, parecía una encantadora jovencita, tan pura que cualquiera podría enamorarse de ella a primera vista.

—Hola, ¿esperaste mucho? —dije con voz forzada.

—N-no, yo también acabo de llegar.

La réplica de Tomoe sonó torpe. Al parecer intentaba sonreír, pero lo que logró fue una mueca que solo podría describirse como una sonrisa forzada.

—Entonces, vamos.

—S-sí.

Justo cuando nos disponíamos a caminar, de nuestros pechos surgió un trino como de ave. Era el sonido del comunicador. Lo toqué con la mano y cesó, reemplazado por la voz de Kotori:

—*¡Oigan! Cuando caminen, tienen que ir tomados de la mano. ¡Si no es con agarre de cita, no habrá ambiente!*

Tomoe y yo nos miramos y luego volteamos. Desde la sombra de los árboles, los otros cuatro nos espiaban. Aroe sonreía a la distancia, Nonoka se asomaba con timidez, Ryō permanecía rígido como un poste, y Kotori sostenía el comunicador junto a la boca mostrando sus dientes blancos.

Ryō y Nonoka quizás observaban con seriedad, pero Kotori y Aroe tenían toda la pinta de estar disfrutando del espectáculo.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Haah... —Tomoe abrió y cerró los dedos de una mano y, al final, como tomando valor, me dijo con una mirada decidida:

—Si esas son las reglas, no hay remedio... Pero, dime, ¿te lavaste bien las manos?

—Bueno, antes de salir de casa, sí.

Tomé la mano de Tomoe. Su palma estaba caliente.

El comunicador soltó una risa estridente, y con esa señal, empezamos a caminar.

Tras comprar los boletos en la estación y pasar los torniquetes, decidí soltarle la mano mientras esperábamos el tren expreso. Después de todo, me moría de vergüenza de que la gente nos viera.



Tomoe permanecía en silencio, apartando el rostro. El tren se deslizaba en el andén, levantando una ráfaga de viento que la obligó a sujetar su sombrero. Incluso después de subir al vagón y mientras el tren avanzaba, Tomoe continuó callada; yo, por mi parte, acompañé ese silencio.

Al mirar de reojo, noté que las otras cuatro personas y Ganymedes estaban en el vagón contiguo. Ganymedes, embutido en una mochila, asomaba medio rostro por la cremallera abierta. Por supuesto, quien cargaba con ese bulto era Nonoka, la única a la que aún se le podía perdonar llevar un peluche a esa edad. Sin embargo, ella parecía apenada, mirando al suelo. Aroe estaba en pleno modo excursión, Ryō mostraba su rostro imperturbable y Kotori reía por lo bajo mientras hacía anotaciones en su propio guion.

☆☆☆

Veinte minutos después, Tomoe y yo cruzábamos la entrada del parque de diversiones, mientras que las cuatro integrantes del grupo y Ganymedes nos seguían a cierta distancia. Resultaba difícil relajarse así.

De manera distraída, hojeé el plan de Kotori.

—Según esto, lo primero es la montaña rusa. ¿Te parece bien?

—No tengo inconveniente —respondió Tomoe en tono firme, aunque su actitud y voz denotaban nerviosismo. Puede que le resultaran incómodas las atracciones altas y rápidas, pero aun así me acompañó con paso decidido hasta la taquilla.

A pesar de ser sábado, el parque no estaba especialmente lleno. Nos subimos enseguida a la montaña rusa, y mientras el vagón subía, sentí cómo se despertaba mi espíritu infantil al ver el paisaje desde lo alto. Alcancé a distinguir a Aroe y las demás saludándonos desde abajo.

En el punto más alto, tras unos segundos de suspenso, nos lanzamos directo a un doble loop. Bajo la intensa fuerza, Tomoe mantuvo los ojos cerrados todo el trayecto.

☆☆☆

—Si no te gustaba, podías haberlo dicho —le ofrecí una lata de refresco mientras ella se desplomaba, visiblemente pálida.

—...Lo había olvidado. Lo recordé cuando ya estábamos girando. ¿Me habrían dejado bajar si lo decía?

—Imposible, ya estábamos en marcha.

Me contó que no le molestaban las alturas, pero sí la velocidad. Otra vez, la montaña rusa tronó sobre nuestras cabezas y Tomoe se encogió. Los gritos se alejaban rápidamente. En el

primer vagón iban Kotori y Aroe, alzando los brazos divertidas; detrás, Ryō y Nonoka, la segunda ya totalmente desmayada. Mis ojos captaron la escena: Ryō seguía impasible, mientras Nonoka, con la cabeza colgando, parecía haber perdido el sentido. El grupo ya parecía estar en modo diversión a tope.

—¿Vamos a la siguiente?

Según la agenda, ahora tocaba el tobogán de agua.

Tomoe tomó un sorbo de su bebida y asintió:

—Claro, pero déjame descansar un momento.

Me senté junto a ella mirando el cielo, justo cuando la montaña rusa entraba de nuevo en el bucle.

☆☆☆

Nonoka, cargando a Ganymedes en la espalda, salió tambaleándose mientras Kotori la ayudaba. Parecía completamente fuera de sí. Aroe, tirando de la mano de Ryō, nos saludó con una sonrisa antes de alejarse en grupo. Kotori ya se había olvidado de vigilar nuestro “ensayo de cita”; ahora solo pensaban en divertirse. Ni el comunicador nos resultaba útil ya.

En ese momento, guardé el plan de Kotori en el bolsillo y Tomoe se puso de pie.

—Ya estoy bien. Sigamos.

Su voz sonó decidida, llena de energía renovada.

☆☆☆

Después de empaparnos en el tobogán, recorrimos el parque bajo el sol. El itinerario de Kotori era tan apretado que, descartando las atracciones rápidas que Tomoe evitaba, nos quedaron pocas opciones. Aun así, notaba a Tomoe extraña, tensa, sin el aplomo habitual.

Probablemente, la idea misma de un ensayo de cita era demasiado para ella, y más si el compañero era yo.

Dimos una vuelta en los go-karts, remamos una lancha cisne en el lago artificial y subimos al carrusel antes de decidir almorzar en el césped del centro del parque. Ya no tenía idea de dónde estaban las demás.

Saqué los sándwiches y los coloqué sobre una servilleta. Tomoe suspiró:

—¿Esto es lo que llaman una cita...?

—¿No te está gustando? ¿Tal vez debemos escoger otro lugar?

—No es que no me divierta... —respondió, masticando su sándwich con aire solemne—. Pero prefiero sitios más tranquilos. Las alturas y la velocidad son cosa de Kotori, no mía.

En ese momento, el comunicador sonó para todos:

—Hoy el clima es perfecto y seguro que ustedes dos están disfrutando su propio mundo sin interrupciones. Lamento no poder espiar ese momento. Si pudiera, piratearía el satélite Landsat del ejército estadounidense. ¿Me das permiso?

—Ni lo intentes.

—¿A qué viene el mensaje? —preguntó Tomoe al comunicador.

—En realidad, ¿no era innecesario que vinieras con nosotros?

—Qué palabras tan frías. Yo solo quería, al menos, enterarme de cómo dos personas pueden conversar sobre el amor —respondió con voz burlona.

Suspiré, encogiéndome de hombros.

—En fin, solo era una broma ligera. En realidad, quería contarles cómo están las demás.

—¿Y cómo están? —pregunté.

—La señorita Kotori sigue jugando sola desde hace una hora. Ryōu también, desde que entró al acuario no se ha movido del tanque de anguilas eléctricas. Aroe y Nonoka están sentadas en una banca compartiendo un helado.

—No dejes sola a Nonoka, por favor. Me da miedo que se pierda.

—No se preocupe, estoy con ellas. Disfruten su cita sin preocuparse por nada.

—No es una cita, es un ensayo —corrigió Tomoe con firmeza.

—Ah, claro, si Tomoe lo dice, así debe ser, ¿verdad...?

De repente, la voz de Kotori interrumpió la comunicación.

—¡Hey, Tomoe, Hii-kun! ¿Ya se están comportando? ¡Ah, veo que están comiendo!

Instintivamente, miré alrededor.

—¡Aquí, aquí! ¡Arriba! —gritó.

—Allá arriba —señaló Tomoe, entrecerrando los ojos.

En el extremo de su dedo, vi la plataforma de bungee jumping. Una pequeña figura agitaba los brazos, preparándose para saltar.

—¡Allá voy!

Sin ni una pizca de duda, Kotori saltó con energía del trampolín.

La pequeña figura de Kotori rebotó elástica y alegre, mientras su voz llegaba animada a través del comunicador.

—No entiendo qué tiene de divertido. Parece más un ensayo de caída que otra cosa — murmuró Tomoe.

No pude evitar asentir totalmente de acuerdo.

☆☆☆

Después de almorzar, seguimos el guion de Kotori y fuimos a la zona de juegos.

“¡No se muevan hasta que saquen la puntuación más alta en el punching game y el juego de los topos!”, decía la nota. Logramos vencer solo el de los topos, y eso después de tres intentos, sudando y jadeando los dos.

—Esto cansa —dijo Tomoe, secándose el sudor con su pañuelo bordado.

—¿Qué sigue ahora?

Tocó el air hockey, luego la galería de tiro, y después la máquina de grúas. Conseguir el pin de premio nos salió más caro de lo que esperaba, pero igual se lo regalé a Tomoe.

—Vaya, qué recuerdo tan sencillo —dijo, guardando el pin en su bolso mientras preguntaba—: ¿Y ahora?

Para este momento, noté que Tomoe estaba cambiando un poco. Su expresión y actitud ya no eran tan rígidas como al principio. Cuando tomamos fotos en la cabina de purikura, su sonrisa fue menos forzada; e incluso ofreció pedir un globo para Nonoka cuando vio a una botarga repartiendo a los niños más pequeños.

Al observar alrededor, noté que el parque estaba lleno de parejas y familias. Quizá, para quienes nos vieran, Tomoe y yo parecíamos una pareja joven —o, en el peor de los casos, hermanos.

Aunque solo fuera un ensayo, Tomoe empezaba a adaptarse al ambiente.

Seguimos recorriendo el parque según el programa de Kotori, evitando las atracciones de altura y rotación que Tomoe no toleraba, como la montaña rusa, eligiendo siempre opciones más tranquilas como las tazas giratorias, el tren miniatura y demás.

En la casa del terror, Tomoe me tomó de la muñeca con fuerza. Se notaba que no quería mostrar miedo, lo que me hizo sonreír.

—No fue tan aterrador —dijo al salir, soltando rápidamente mi mano—. Los EOS son mucho más inquietantes, deberían mejorar el espectáculo.

—Totalmente de acuerdo.

Llamé para preguntar por las demás. Según el reporte, Kotori lideraba a Aroe y Nonoka — junto a Ganymedes— corriendo sin parar por todas partes, mientras Ryōu seguía contemplando las anguilas. ¿Deberíamos preparar anguila asada para la cena?

—¿Y ahora qué sigue?

La voz de Tomoe sonó un poco más animada. Pasé la página del cuaderno de actividades hecho a mano.



—Eh, parece que ahora esto es una casa de sorpresas

Así, mientras el tiempo seguía corriendo, el atardecer nos alcanzó. Aunque aún faltaba para el cierre del parque, ya era hora de ir pensando en el regreso.

Siguiendo el itinerario del “ensayo de cita” creado por Kotori, Tomoe y yo llegamos al último destino, donde el resto del grupo y Ganymedes nos esperaban.

Aroe nos saludó agitando la mano con todas sus fuerzas, mirándonos de ida y vuelta a Tomoe y a mí.

—De verdad parece que están en una cita real —comentó con inocencia antes de que Tomoe pudiera reaccionar.

—¡El final tenía que ser este!

Kotori, con entusiasmo, señaló la noria que acababa de ser iluminada.

☆☆☆

Aunque ya había oscurecido y la vista nocturna debía ser hermosa, todavía era el crepúsculo, así que la ciudad se veía teñida de naranja bajo nosotros. Dentro de la cabina que subía lentamente, Tomoe y yo estábamos sentados uno frente al otro. El resto del grupo iba en la góndola justo debajo de la nuestra, que se balanceaba inexplicablemente; seguramente era Kotori, divirtiéndose con el movimiento.

Tomoe miraba distraída por la ventana, el silencio pesaba un poco.

—¿Cómo va la escuela? ¿Estás estudiando bien?

Quise preguntar con seriedad. No porque fuera urgente, sino por el futuro. No sabíamos cuándo regresaría el abuelo; si tardaba años, sería un problema.

—Tu escuela de chicas tenía universidad, ¿verdad? ¿Piensas seguir ahí?

—No tengo intención —respondió, sin apartar la vista de la ciudad—. Ahora mismo, no hay nada que quiera estudiar a ese nivel. Mi objetivo está en otro lado.

Su perfil reflejaba cierta melancolía.

—¿Qué es lo que quieres hacer, Tomoe? ¿Tienes algún sueño?

—¿Un sueño...?

Bajó la mirada, pensativa.

—Gatos...

¿Gatos?

—Sí... sí, eso. Me gustaría trabajar en algo relacionado con gatos.

En ese momento, su expresión cambió y pareció animarse.

—Quizá... ¿maestra de entrenamiento de gatos?

Mientras hablaba, sus ojos comenzaron a brillar.

—¿Y qué tal un circo solo de gatos? Un lugar donde solo haya gatos artistas.

Me imaginé a Tomoe como directora de una troupe de gatos, todos siguiendo sus indicaciones.

—Pero no sería cuestión de adiestrarlos con comida o premios. Lo ideal sería que quisieran hacerlo por voluntad propia, que hubiera un lazo real y accedieran por gusto...

Cerró los ojos y sonrió, como soñando despierta.

—Sería maravilloso lograr que esas adorables criaturas hicieran algo tan lindo. ¿No te parece una gran idea tener gatos guías, como los perros guía?

—¿Y si fueran gatos de rescate? He visto en las noticias a perros buscando gente entre los escombros, pero siento que los gatos serían incluso mejores.

—Eso sería increíble. Ser rescatado por un gato... debe de ser una experiencia fabulosa.

No era un plan definido, pero Tomoe tenía claro que le gustaría trabajar con animales.

Luego pasamos a hablar de intentar enseñarles trucos a los gatos de la mansión; me confesó que, aunque lo intentaba en secreto, aún no conseguía resultados.

Cuando la noria terminó su vuelta, nos reunimos con el grupo. Aroe, sonriente, fue la primera en acercarse, mientras Nonoka, medio inconsciente, era cargada a la espalda por Kotori, tal como esperábamos.

☆☆☆

A la mañana siguiente, un día cualquiera.

—¡Que te vaya bien!

Menos Kotori, que seguía dormida tras el día agotador anterior, todos nos despedimos de Tomoe antes de que saliera. Mostraba una sonrisa algo forzada, como muñeca de cuerda, y salió de casa rígida.

—Qué envidia, ¿verdad, Nono-chan? ¿Y si la próxima vez salimos tú y yo de cita?

Aroe acarició la cabeza de Nonoka y, juntas, se fueron a ver la televisión, mientras Ryō se quedaba mirando la puerta durante unos minutos antes de irse a su cuarto. Así que...

—*¿Habremos hecho lo correcto?*

Solo yo escuché el comentario de Ganymedes, posado sobre la caja de los zapatos.

—No es cuestión de estar bien o mal, ya no podemos cambiar lo hecho.

—*Eso es cierto. Pero según mis lentes y mi capacidad de observación, Tomoe no tenía mucho ánimo de participar. No creo que tú seas menos perceptivo que yo.*

Ya lo suponía, pero igual...

—No hace falta que meta mi cuchara. Tomoe es responsable, siempre decide por sí misma.

Ganymedes, casi como si fuera humano, suspiró resignado.

—*Eso estará bien para usted, pero ¿qué pasa con la señorita Tomoe? Tal vez, en el fondo, ella esperaba que la detuviera. Si usted hubiera dicho tan solo "no vayas", quizás no habría aceptado una invitación que no le entusiasmaba.*

—Si no quería, lo lógico era que no fuera. ¿Por qué tendría que basarse en mi opinión?

Ganymedes solo giró su lente una vez y no dijo nada más.

Después, durante un rato, retomamos la rutina propia de una mañana de domingo. Aroe y Nonoka se quedaron pegadas al televisor, Kotori se regalaba una buena dormida, Ryō quién sabe qué hacía. Yo mismo pensaba echarme otra siesta cuando...

La alarma retumbó por toda la mansión. Era la señal de la aparición de un EOS.

—¡Uoooooh! ¿Salió uno? —Kotori bajó rodando casi literalmente las escaleras. Detrás apareció Ryō asomando la cara, y enseguida Aroe y Nonoka salieron corriendo del salón.

—Hora de entrar en acción... Ah, pero... —Aroe miró hacia la entrada, titubeando. Todos entendimos lo que quería decir.

Tomoe no estaba.

—No importa —aseguró Kotori sin dudar—. ¡Podemos arreglárnoslas nosotras! Mejor dejar a Tomoe en paz, interrumpir su primera cita sería muy cruel.

Ganymedes, que saltó del zapatero al pasillo, añadió:

—*Concuerto. Estadísticamente, incluso sin la señorita Tomoe, la probabilidad de repeler al EOS sigue siendo alta. A menos, claro, que se trate de un caso como el secuestro del autobús o el asedio escolar.*

Mientras yo vacilaba, las cuatro chicas se apresuraron hacia el sótano para cambiarse a sus trajes de combate. Viéndolas partir, pregunté a Ganymedes:

—¿De verdad estaremos bien sin Tomoe?

—*Quién sabe. Reconozco que su técnica definitiva es la más eficaz contra los EOS. Aquí hablamos de una balanza: ¿qué pesa más, la ruina del mundo o la primera cita de una doncella? ¿Cuál cree usted que es más importante?*

Era una pregunta difícil de responder. Eran cosas demasiado dispares. Entre la supervivencia del mundo y el éxito de una cita, la prioridad estaba clara: el mundo. Pero, en ese momento, seguramente Tomoe ya habría encontrado a Onodera-kun y viajaban juntos en tren...

Mientras me devanaba los sesos, la puerta de la mansión se abrió desde afuera.

—¿Qué tanto alboroto...?

La voz y la silueta estilizada, de cabello largo, no podían ser de otra más que Tomoe.

—Ah.

Al notar la alarma resonando, dijo:

—Así que un EOS apareció. ¿Por qué no me avisaron?

Golpeando el comunicador en su pecho con un dedo, Tomoe me sorprendió.

—Pues... no quería arruinarte la cita. Oye, ¿y por qué regresaste? ¿Olvidaste algo?

—No.

Dejó el canasto en el suelo como arrojándolo y avanzó decidida por el pasillo.

—Se canceló por una tontería. No hay tiempo para explicaciones, debo alistarme.

—¿Eh? ¿Tomoe-chan? ¿Qué haces aquí? ¿Y la cita? —Aroe, recién subida del sótano con el traje puesto, se quedó boquiabierta.

Tomoe pasó corriendo junto a ella, bajando de nuevo.

—¡Las explicaciones después! —dejó claro, tajante.

☆☆☆

La explicación nos llegó después, en el coche. Conduciendo a velocidad muy por encima del límite, yo llevaba a Tomoe en el asiento de copiloto, enfundada en su traje de combate, sujetándose el cabello con una mano mientras contaba sin mucho entusiasmo:

—Apenas llegué al punto de encuentro, él se adelantó y canceló.

—¿Qué? Pero si fue él quien te invitó —pregunté.

Tomoe exhaló un suspiro largo.

—El caso es que me vio.

—¿Verte? ¿En qué sentido?

—Lo de ayer. Nosotras... lo que estuvimos haciendo.

Según lo que Tomoe resumió de las palabras de Onodera-kun, la historia era así:

El día anterior, él mismo había decidido hacer un reconocimiento previo del lugar de la cita. Cuando llegó a la estación, lo que vio fue a Tomoe, perfectamente arreglada, esperando con aire expectante. Estaba por saludarla cuando un joven que, por su aspecto, no podía ser otro que su novio (o sea, yo) apareció corriendo hacia ella. Tomoe lo recibió con una sonrisa feliz (¿de verdad?) y juntos, tomados de la mano (bueno... quizá sí), abordaron el tren. Luego llegaron al parque de diversiones, donde se comportaban como una pareja encantada, riendo y disfrutando (o sea que nos estuvo siguiendo).

Convencido hasta ese punto, Onodera perdió todo ánimo y, abatido, regresó a casa.

—Al parecer se fue pasado el mediodía. Así que...

En otras palabras, jamás tuvo la oportunidad de enterarse de que en realidad también estaban Aroe y las demás.

Esa misma mañana, en el parque de la estación, al parecer él dijo lo siguiente...

—“Perdóname, Tomoe-san. Por haberte mandado esa carta... debí causarte muchas molestias. Ya veo que en realidad tienes novio. Lo siento de verdad. Olvídate de mí. Adiós.”

Tomoe se encogió de hombros.

—Y luego se fue corriendo con toda frescura.

Vaya muchacho picante.

—Podrías haberle aclarado el malentendido.

—No tuve ni un instante para hacerlo. No hubo manera de meter palabra.

Tomoe apartó la vista.

—Después de todo, yo tengo la misión de proteger al mundo de los EOS. No es momento de perder la cabeza por cuestiones amorosas. Al menos, no ahora.

Desde el asiento trasero, Kotori intervino:

—¿Seguroooo? Yo creo que desde el principio no tenías intención de aclararlo. Ese “malentendido” no era tan...

—Guarda silencio.

Tomoe apartó con fastidio la mano de Kotori, que la estaba pinchando, y con firmeza se volvió hacia adelante.

—Vamos a acabar de una vez con el EOS y a regresar. Es domingo, quiero descansar.

—*Ah, el corazón vacilante de una doncella. Hideaki-san, todavía me queda mucho que enseñarle sobre estos asuntos. Esto se llama “síndrome de no poder ser sincera” y es uno de los casos típicos en el campo del amor. Si tomo como ejemplo a la señorita Tomoe...*

Tomoe agarró a Ganymedes del tablero sin decir palabra y lo lanzó por la ventanilla hacia atrás. Por suerte no había ningún coche detrás. El muñeco rebotó como una pelota de goma, y en el tercer bote le salieron las cuatro extremidades, con las que comenzó a perseguirnos a toda velocidad, como un insecto.

—*Eso ha sido cruel, Tomoe-san.*

Su voz de protesta salió del GPS del coche.

—Ese es tu castigo por hablar de más.

Tomoe giró lentamente la cabeza. Extendió una mano e hizo con los dedos la forma de una pistola, apuntando a Ganymedes. Sus labios se movieron sin voz: “¡bang!”.

Entonces mostró, por primera vez que yo viera, una sonrisa tan auténticamente alegre que parecía una ilusión óptica.

Tomoe me miró de reojo un instante y enseguida volvió a su pose indiferente. Su largo cabello se agitaba al viento.

—¡Ga-kun, rápido!!! —Aroe estiraba la mano hacia atrás.

El coche empezó a reducir la velocidad.





CAPÍTULO
7



Franqueza
&
Velocidad

Era medianoche, en el patio de la primaria cercana. Un gigantesco EOS en forma de muñeco de nieve había iniciado un ataque sorpresivo.

—¡Waaah! —Aroe, abrazando su cuaderno de bocetos, echó a correr.

—¡Qué cosa tan fuera de temporada! —gritó Tomoe mientras cargaba con Nonoka, paralizada de miedo, y huía.

Ryō permanecía inmóvil, con la mirada perdida.

—¡Jajaja! Ese monstruo se ve débil, parece un simple muñeco de nieve —rió Kotori, apoyada en el coche con su patineta al hombro.

—¡Kotori! —gritó Tomoe, esquivando al muñeco de nieve de cinco metros que saltaba tras ella—. ¿Qué haces jugando? ¡Tardaré cinco minutos en cargar mi siguiente ataque! ¡Haz algo!

—Heeey, heeey. —Kotori me sonrió desde lejos, con la misma desfachatez de siempre, antes de guiñarme un ojo—. Bueno, Hii-kun, allá voy.

Lanzó la patineta al aire, se subió antes de que tocara el suelo y gritó con una energía desbordante:

—¡Yahaaa!

—*Se resolverá enseguida* —predijo Ganymedes, que rodaba en el asiento de copiloto—. *Este EOS es incomparablemente débil frente a los anteriores. Apenas contiene energía dimensional.*

—Eso espero... —dije, observando a las cinco con sus trajes de combate.

Desde que llegamos, Ryō seguía estático, sin mover un músculo. Aroe y Tomoe habían fallado en el primer ataque y no hacían más que correr. Nonoka y sus tres perros espirituales no aportaban nada; de hecho, era Tomoe quien los cargaba como bultos inútiles. Y Kotori... ella recién ahora parecía animarse a participar.

—Yare yare... —estiré el cuello.

No era raro que un EOS apareciera sin importar la hora o el lugar, pero que surgiera a medianoche... eso sí que estaba mal. La alarma Cassandra nos había arrancado del sueño, y entre la falta de descanso y el letargo del despertar, ninguna estaba en su mejor forma.

La primera creación de Aroe, “Robo-Nonoka N.º 1”, terminó aplastada como alfombra por el EOS en segundos. El ataque especial de Tomoe, “Gran Sinfonía Explosiva Especial”, no fue más que un destello luminoso que apenas detuvo al enemigo un instante. Nonoka, medio dormida, sopló la flauta dulce con tantas equivocaciones que era imposible distinguir la

melodía; por eso, sus perros espirituales yacían jadeando a sus pies, como si sufrieran insolación.

En cuanto a Ryō, seguía ahí plantado, inmóvil como un poste. Quizá dormido.

Me puse las manos como bocina e invoqué:

—¡Kotori, cuento contigo!

Era mi única esperanza. En medio de la madrugada, ella estaba en su punto más alto de energía. Se decía que se reía sola escuchando radio nocturna, y ciertamente era la única con la cabeza despejada. Claro que, aun así, había llegado última al centro de mando.

—¡Déjame a mí! ¡Lo termino rápido! Y cuando volvamos, Hii-kun, me preparas un snack de medianoche, ¿eh?

Al ver que le levantaba el pulgar, dibujó una sonrisa de troll victorioso.

—¡Oraaah!

Con un grito feroz, aceleró con la patineta, envolviendo todo su cuerpo y la tabla en energía dimensional de *Atalante*. En un instante alcanzó una velocidad que, pensé, debía rozar varios puntos porcentuales de la luz. Saltó como un proyectil y embistió al muñeco de nieve fluorescente.

¡Boom! El estallido fue como el de un cohete de festival. Un agujero se abrió en medio del EOS, y entre los destellos azules se vio a Kotori girar en el aire, majestuosa.

—¿Qué pasó con el *núcleo*? —pregunté a Ganymedes. Sabía bien que, mientras no se destruyera, el EOS se regeneraría sin fin.

—*No tema. Parece que Kotori no arremetió tan a ciegas como pensábamos. Mire bien.*

Su manipulador señaló. En el aire, Kotori caía para aterrizar, y otro objeto giraba: un disco rojinegro, como un frisbee. Era, sin duda, el *núcleo* del EOS. El choque lo había expulsado. Pura suerte, parecía.

—¡Yaaah!

Aterrizando, Kotori dirigió la base de la patineta contra el núcleo.

¡Crash! El sonido de un vidrio estallando llenó la noche, y el núcleo se rompió bajo la rueda.

—¡Awww, el muñeco de nieve...! —lamentó Aroe al verlo derretirse.

El EOS, agujereado, se desmoronó como nieve bajo un secador. En menos de un minuto desapareció, esparciendo polvo blanco como si fuera ventisca.

—¡Yahooo! —Kotori se deslizó de regreso, triunfante sobre la patineta.
—Se acabó muy rápido. ¡Quería jugar un rato más!

—No digas tonterías —replicó Tomoe.

—Esto no es un juego. Es un trabajo honorable: proteger al mundo. Aunque últimamente, los pagos de nuestro salario se han retrasado... —Tomoe, con el shinai al hombro, me lanzó una mirada de soslayo.

Yo giré la cara con disimulo hacia Ganymedes.

—Oye, ¿no sabrás dónde guarda el abuelo sus ahorros? Porque en las cuentas que conozco casi no queda nada.

—*Seguramente en la caja fuerte del sótano.* —Ganymedes giró su lente—. *Claro que para llegar allí hace falta atravesar tres puertas antibombas y un código de treinta y seis dígitos. Una cosa de lo más simple, aunque a mí, una inteligencia artificial superavanzada, me resulta hasta molesta de lo primitiva que es.*

—¿Y eso qué tiene de excusa?

—*No es excusa, sino un hecho objetivo. Es como si a usted le pidieran resolver un problema con grullas y tortugas sin usar X ni Y. Una pérdida de tiempo, ¿no cree?*

—Podrías al menos descifrar la clave.

—*Treinta y seis dígitos, letras y números aleatorios, multiplicado por tres puertas... y súmele la llave de la caja fuerte. ¿Tiene idea de cuánto tiempo llevaría?*

—Ni idea.

—*Pues tanto que ni ganas me dan de calcularlo. Mi procesador no está para semejantes sumas aburridas. Mi misión es registrar, al picosegundo y sin fallos, los rasgos bellos, encantadores, castos unas veces y provocativos otras, de estas cinco jóvenes señoritas. Eso es lo verdaderamente importante.*

Si lo dejaba, se alargaría eternamente. Lo tomé y lo lancé al suelo para aplastarlo con el pie.

—*¡Injusticia, Hideaki-san! ¡Oh, no veo nada! ¡Doctor Asimov, ¿puedo romper las Tres Leyes?!*

—En fin... —me volví hacia Tomoe—. Ten paciencia con el sueldo. Ya encontraré un modo. Estoy pensando en buscar un trabajo de medio tiempo.

—Más te vale —respondió ella, asintiendo con inusual facilidad y apartando la vista. Luego añadió en voz baja, casi murmurando—: Quizá yo también podría buscar un empleo... para ayudar con los gastos. Aunque sería una violación al reglamento escolar y no me entusiasma la idea...

Me lanzó miradas furtivas, como tanteando mi reacción. Yo estaba a punto de contestar que mejor me ayudara con las tareas de la casa, cuando Kotori se metió de golpe en la conversación.

—¡Mejor aún! Como el EOS se deshizo tan fácil, ¿por qué no nos divertimos un rato aquí mismo? —dijo con su sonrisa desbordante, señalando la canasta del campo de básquet—. ¡Vamos a echarnos un tres contra tres! ¡Justo somos seis! ¿Cómo nos dividimos?

—¿Y la pelota? —preguntó Tomoe, dejándose arrastrar, aunque rectificó enseguida—. No, espera, ¿qué hora crees que es? Aunque mañana sea festivo, ponernos a jugar al básquet a estas horas es de lo más insensato.

Kotori, ignorando la segunda parte, replicó:

—¡Pues usamos esto de balón!

Lo que tomó fue, nada menos, que Ganymedes, al que yo aún tenía bajo el pie.

—Ga-kun se parece a una pelota, ¿a que sí? ¡Hasta pesa lo justo!

—*Qué trato tan indigno... Aunque... viéndolo bien, quizá sea maravilloso. Pasar de mano en mano, las señoritas luchando por mí, Ganymedes... ohhh, qué éxtasis...*

Aroe apareció en ese momento, guiando a Nonoka medio dormida.

—Ya vámonos, ¿sí? —murmuró con voz cansada.

Nonoka, a medias entre el sueño y la vigilia, parecía a punto de desplomarse, y la propia Aroe también luchaba contra los párpados pesados.

—Podemos jugar mañana. Hoy estoy que me duermo.

Su sinceridad me dio el argumento perfecto.

—Volvamos. Kotori, está oscuro, estamos cansados, y en estas condiciones el básquet no tendría gracia. Solo terminarías lanzando sola a la canasta.

—Mmm... pues sí, así no tiene chiste. —Kotori frunció un poco el ceño, aunque mantenía su sonrisa, mientras hacía botar a Ganymedes contra el suelo como si fuera un balón.

—*¡Oghhh, ggghhh...!* —el muñeco soltaba ruidos extraños, pero si quería tanto ser “pelota”, mejor dejarlo así.

—¿Eh? ¿Qué...? —exclamó Tomoe, extrañada. Estaba delante de Ryō, agitando la mano ante su rostro—. ¡Ryō, estabas con los ojos abiertos pero dormida! Con razón no te movías nada. Vamos, despierta, ya terminó todo.

Aroe y Nonoka ya se habían acurrucado en el asiento trasero, cabeceando. Ryō, incapaz de despertar, fue acomodada allí también gracias a Tomoe. Ella misma tomó luego su lugar habitual en el asiento delantero. Solo quedaba Kotori.

—Vámonos, Kotori.

Con mi llamado, ella levantó a Ganymedes sobre su cabeza como un trofeo. El muñeco, temblando y soltando humo por las costuras, parecía al borde de estropearse. O quizá no sería tan malo que se rompiera: al menos podríamos “reprogramarle” la personalidad.

—¡Eiiya! —remató Kotori con un impecable tiro de tres al aro lejano. Recogió a Ganymedes, que rodaba rebotando, y subió al coche.

—Aaah, qué bien me desahogué. ¡Hii-kun, mañana vamos a divertirnos a algún lado!

Mientras veía a Tomoe estremecerse con un leve tic en la mejilla, asentí.

—*Definitivamente, usarme de balón no era lo más apropiado* —la voz de Ganymedes sonó, esta vez no desde la oveja de peluche, sino desde el GPS del coche—. *Olvidé que soy un mecanismo de precisión. Además del recubrimiento impermeable, será necesario que me doten también de resistencia a impactos.*

Apenas arrancó el coche, gotas de agua comenzaron a golpear el parabrisas. Tomoe encogió los hombros.

—Está lloviendo. Ganymedes, deprisa, por favor. Nos empaparemos como ratas.

—*Entendido.*

El limpiaparabrisas se puso en marcha, aunque de poco servía: el vehículo era un descapotable sin techo. La llovizna, que empezó como un goteo, se convirtió en aguacero justo cuando llegamos a la mansión.

☆☆☆

El mismo cielo gris se extendió hasta el día siguiente. Desde la mañana caía una lluvia constante. Con semejante clima, los únicos que parecían felices serían ranas o caracoles.

—¡Qué aburrimiento! —se quejaba Kotori en la sala, pataleando como una niña.
—Quiero salir a jugar. ¡Jugar básquet! ¡Jugar fútbol! ¡Mover el cuerpo aunque sea!

Ya era más del mediodía y llevaba así desde la mañana.

—Kotori, compórtate de una vez —Tomoe levantó la vista del suplemento televisivo que estaba leyendo—. Patalees lo que patalees, la lluvia no cesará. Haz un teru-teru bōzu, al menos te servirá para matar el tiempo.

Por cierto, aquel periódico empapado lo había planchado con esmero hasta secarlo. Aunque, si tenía que entrecerrar los ojos tanto, bien podría haberse puesto las gafas que llevaba en el pecho.

—Es queee... —dijo Kotori boca arriba—. Yo estaba segura de que hoy Hii-kun nos llevaría a pasear. Qué chasco. ¡Que se detenga ya la lluvia! ¡Vamos, que pare!

Murmurando su queja, empezó a simular nado de espalda sobre el tatami.

—Basta, solo aumentas la humedad —replicó Tomoe con fastidio.

Yo salí de la sala, con la excusa de revisar si quedaban ingredientes en el refrigerador para la cena. En el camino, encontré por la puerta trasera a Aroe y Nonoka, rodeadas de gatos.

—A ver, todos en fila, por orden —Aroe limpiaba con una toalla húmeda las patitas de un gato.

—Los michis vienen llenos de barro cuando vuelven de fuera —explicó—. Hay que limpiarlos antes de que entren a la casa, ¿cierto, Nono-chan?

—H-hauuu... —balbuceó Nonoka.

Sus movimientos no eran los mejores, pero los gatos parecían entenderlo; aguantaban quietos, con cara cosquillosa, mientras les limpiaban. Terminado el ritual, se escabullían al pasillo, seguramente rumbo a la galería para dormir.

—Listo, Sakashita-san —dijo Aroe, feliz. El gato manchado maulló corto, como dando las gracias, y se frotó en la pierna de Nonoka antes de irse.

Pensé que quizá Aroe sería más apta que Tomoe para enseñar trucos a los gatos, como aquella idea suya de amaestrarlos. Con ese pensamiento los seguí hasta el engawa.

Allí, entre los cuerpos tumbados de otros gatos, vi por la ventana lateral la figura de Ryō, con un paraguas de colores, quieta bajo la lluvia junto a los setos del jardín. Pequeña, de cabellera larga, inmóvil como si contemplara un caracol. Su silueta contrastaba con el paisaje gris y lluvioso como si fuera un cuadro.

—Qué paz —me dije. Casi desearía que esta tranquilidad durara siempre.

Pero entonces...

—¡Oye, Hii-kun, ayúdame a colgar esto! —Kotori irrumpió con un gigantesco teru-teru bōzu hecho de papel periódico.

Al fijarme mejor, vi que lo había fabricado con el mismo diario que Tomoe leía antes. Le había dibujado con marcador una cara burlona, y era la mía.

—Lo pintó Tomoe. Aunque, bueno, Aroe lo habría hecho peor. Jejeje.

Su rostro brillaba con una energía caótica, como si hubiera pulsado un interruptor invisible. Tomé la muñeca de papel y la colgué en el alero del engawa.

Kotori la contempló satisfecha, pero al momento ya cambiaba de idea otra vez.

—¡Michis! Si están aburridos, juguemos. ¡Los meteré a todos a bañarse!

Era claro que cualquier cosa que implicara actividad física le bastaba. Se lanzó de cabeza contra el grupo de gatos, que en un segundo percibieron el mal augurio y trataron de huir. Pero Kotori los atrapó con facilidad, sujetando a varios a la vez en sus brazos.

—¡Gran pesca! —rió como una general victoriosa, orgullosa de sus presas, y salió a zancadas del cuarto hacia el interior de la casa.

—¡Ah, Nono! Ya que estamos, ¡te bañaré a ti también! ¡Al baño, al baño!

El infortunio quiso que Nonoka pasara por allí en ese momento.

—¿W-waaaah? —chilló, mientras Kotori la sujetaba por la nuca y la arrastraba a rastras rumbo al baño.

Bueno, al fin y al cabo, también eso podía considerarse parte de la paz cotidiana.

Yo salí al pasillo y observé la escena justo cuando Tomoe asomaba la cabeza desde la sala, con el ceño fruncido. Venía con el trapo que había usado Aroe para limpiar las patas de los gatos.

—Esto no puede ser. Si no la detenemos, a Nonoka le lavarán la cabeza con champú para gatos. Aroe, ve y haz algo con Kotori.

—Vale. Ah, Tomoe-chan, ¿y si vamos juntas al baño? ¡Es más divertido bañarse entre todas!
—respondió Aroe. Luego me miró a mí con su sonrisa de siempre—. ¿Vienes, Hii-kun?
¡Mixto!

Aunque parecía una broma, con Aroe nunca se sabía; ya se estaba levantando la camisa.

—¡De ninguna manera! ¡Eso está cien por ciento prohibido! —saltó Tomoe, interponiéndose y lanzándome una mirada fulminante.

—Por cierto, ¿qué fue de Ganymedes? —cambié el tema con disimulo. No podía permitir que el chiste de Aroe fuese más lejos, y me extrañaba que el muñeco oveja, siempre tan inoportuno, no hubiera aparecido aún.

Tomoe contestó:

—Ganymedes está atado en el laboratorio del sótano para mantenimiento. Creo que Ryō se encargaba de repararlo.

Como Ryō seguía en el jardín, probablemente había dejado el trabajo a medias o estaba en un receso de la complicada modificación. En cualquier caso, era más silencioso y mucho más pacífico sin él.

—¡En fin! —Tomoe nos taladró con la mirada a Aroe y a mí—. Aroe, ve al baño. Y usted, nieto del doctor, desaparezca en cualquier lugar que no sea el baño. ¿De acuerdo?

☆☆☆

Ya fuera por el poder del teru-teru bōzu o por la energía contagiosa de Kotori, la lluvia cesó al caer la tarde. El cielo seguía gris, pero algunos rayos de sol se filtraban como focos entre las nubes, iluminando el suelo.

Perfecto para ir a comprar la cena sin necesidad de paraguas.

Aroe se ocupaba de secar con toallas tanto a los gatos como al cabello de Nonoka, Tomoe se había instalado en la sala con el periódico de la tarde, y Ryō había desaparecido, seguramente de nuevo en el sótano para continuar con la reparación de Ganymedes.

Yo metí la cartera en el bolsillo y me puse los zapatos en la entrada cuando oí:

—¿Sales? ¡Voy contigo! —Kotori llegó corriendo con su patineta en brazos, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Qué suerte que dejó de llover! Luego hay que dejarle una ofrenda a Teru-kun. Entonces, ¿a dónde vamos, Hii-kun?

—Al súper. A comprar la cena.

—¿Sólo eso? Bah, qué cerca. Bueno, no importa. ¡En patineta llegamos rapidísimo! Vamos, Hii-kun, ¡súbete!

Kotori se calzó rápido las zapatillas y me empujó hacia la puerta.

—¿Subirme... a la patineta?

—¡Claro! ¡Dos personas en una!

Una patineta para dos... el simple pensamiento me olía a desastre.

—¡Tranquilo! No nos caeremos. ¡Se siente genial!

Parecía estar más emocionada que nunca. Su alegría por salir al aire libre la hacía parecer un cachorro liberado después de tres días encerrado.

El alboroto atrajo a Tomoe, que se asomó a medias desde la sala.

—¿Van a salir? ¿Los dos juntos? —preguntó con tono sospechoso. Al ver la patineta en las manos de Kotori, se puso rígida.

Kotori le mostró una sonrisa de dientes blancos.

—¿Qué dices, Tomoe? ¡Te vienes también! ¡Hacemos triplete en la patineta!

—No, gracias. No quiero volver a pasar por algo así jamás.

Pálida de inmediato, Tomoe se retiró velozmente de la vista, con un rastro de miedo auténtico en la cara.

—¡Vamos, Hii-kun! ¡Directo al súper! —exclamó Kotori, tomándome del brazo y sacándome al jardín.

En el suelo, los charcos reflejaban las nubes, y la tierra húmeda olía a lluvia. Ella lanzó la patineta al aire, la atrapó con la punta del zapato y la colocó en el suelo con un gesto ágil, apuntándome con el dedo.

—¡Ah, Nono! Ya que estamos, ¡te bañaré a ti también! ¡Al baño, al baño!

El infortunio quiso que Nonoka pasara por allí en ese momento.

—¿W-waaaah? —chilló, mientras Kotori la sujetaba por la nuca y la arrastraba a rastras rumbo al baño.

Bueno, al fin y al cabo, también eso podía considerarse parte de la paz cotidiana.

Yo salí al pasillo y observé la escena justo cuando Tomoe asomaba la cabeza desde la sala, con el ceño fruncido. Venía con el trapo que había usado Aroe para limpiar las patas de los gatos.

—Esto no puede ser. Si no la detenemos, a Nonoka le lavarán la cabeza con champú para gatos. Aroe, ve y haz algo con Kotori.

—Vale. Ah, Tomoe-chan, ¿y si vamos juntas al baño? ¡Es más divertido bañarse entre todas! —respondió Aroe. Luego me miró a mí con su sonrisa de siempre—. ¿Vienes, Hii-kun? ¡Mixto!

Aunque parecía una broma, con Aroe nunca se sabía; ya se estaba levantando la camisa.

—¡De ninguna manera! ¡Eso está cien por ciento prohibido! —saltó Tomoe, interponiéndose y lanzándome una mirada fulminante.

—Por cierto, ¿qué fue de Ganymedes? —cambié el tema con disimulo. No podía permitir que el chiste de Aroe fuese más lejos, y me extrañaba que el muñeco oveja, siempre tan inoportuno, no hubiera aparecido aún.

Tomoe contestó:

—Ganymedes está atado en el laboratorio del sótano para mantenimiento. Creo que Ryō se encargaba de repararlo.

Como Ryō seguía en el jardín, probablemente había dejado el trabajo a medias o estaba en un receso de la complicada modificación. En cualquier caso, era más silencioso y mucho más pacífico sin él.

—¡En fin! —Tomoe nos taladró con la mirada a Aroe y a mí—. Aroe, ve al baño. Y usted, nieto del doctor, desaparezca en cualquier lugar que no sea el baño. ¿De acuerdo?

☆☆☆

Ya fuera por el poder del teru-teru bōzu o por la energía contagiosa de Kotori, la lluvia cesó al caer la tarde. El cielo seguía gris, pero algunos rayos de sol se filtraban como focos entre las nubes, iluminando el suelo.

Perfecto para ir a comprar la cena sin necesidad de paraguas.

Aroe se ocupaba de secar con toallas tanto a los gatos como al cabello de Nonoka, Tomoe se había instalado en la sala con el periódico de la tarde, y Ryō había desaparecido, seguramente de nuevo en el sótano para continuar con la reparación de Ganymedes.

Yo metí la cartera en el bolsillo y me puse los zapatos en la entrada cuando oí:

—¿Sales? ¡Voy contigo! —Kotori llegó corriendo con su patineta en brazos, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Qué suerte que dejó de llover! Luego hay que dejarle una ofrenda a Teru-kun. Entonces, ¿a dónde vamos, Hii-kun?

—Al súper. A comprar la cena.

—¿Sólo eso? Bah, qué cerca. Bueno, no importa. ¡En patineta llegamos rapidísimo! Vamos, Hii-kun, ¡súbete!

Kotori se calzó rápido las zapatillas y me empujó hacia la puerta.

—¿Subirme... a la patineta?

—¡Claro! ¡Dos personas en una!

Una patineta para dos... el simple pensamiento me olía a desastre.

—¡Tranquilo! No nos caeremos. ¡Se siente genial!

Parecía estar más emocionada que nunca. Su alegría por salir al aire libre la hacía parecer un cachorro liberado después de tres días encerrado.

El alboroto atrajo a Tomoe, que se asomó a medias desde la sala.

—¿Van a salir? ¿Los dos juntos? —preguntó con tono sospechoso. Al ver la patineta en las manos de Kotori, se puso rígida.

Kotori le mostró una sonrisa de dientes blancos.

—¿Qué dices, Tomoe? ¡Te vienes también! ¡Hacemos tripleta en la patineta!

—No, gracias. No quiero volver a pasar por algo así jamás.

Pálida de inmediato, Tomoe se retiró velozmente de la vista, con un rastro de miedo auténtico en la cara.

—¡Vamos, Hii-kun! ¡Directo al súper! —exclamó Kotori, tomándome del brazo y sacándome al jardín.

En el suelo, los charcos reflejaban las nubes, y la tierra húmeda olía a lluvia. Ella lanzó la patineta al aire, la atrapó con la punta del zapato y la colocó en el suelo con un gesto ágil, apuntándome con el dedo.

—¡Súbete, súbete!

Tal como me indicó, apoyé los pies en la tabla. Kotori saltó con agilidad detrás de mí y me apretó el cuerpo contra el suyo.

—¡Un poco más adelante! ¡Vamos, no te alejes tanto!

Pero, aun queriendo, era imposible ignorar la sensación mullida que se clavaba en mi espalda.

—Quédate quietecito, ¿sí? —dijo entre risas, rodeándome la cintura con los brazos y abrazándome como un oso a su presa.

Así, mi espalda no tenía escapatoria, obligada a soportar el contacto pleno con el torso de Kotori. Su aliento risueño me rozaba la nuca, cosquilleándome. Me vino a la mente el perfil corporal de las cinco que Ganymedes había descrito una vez: la más voluptuosa era Kotori. Y ahora, esos atributos de los que tanto presumían los números estaban pegados a mí, poniéndome el corazón en aprietos.

El tacto, además, era más blando de lo esperado.

—...Kotori, no te pegues tanto.

Todavía despedía ese aroma cálido y fresco de recién salida del baño, lo que hacía la situación más difícil.

—¡Wahaha! ¿Te hace cosquillas? —rió con espontaneidad, empujando con todo su cuerpo, ardiente y juguetona.

Menos mal que Ganymedes no estaba cerca; si me hubiera visto así, ya estaría armando un escándalo.

Pero aquella dulzura no duró demasiado.

—¡Pues vámonos! —ordenó con voz clara.

De un salto, Kotori empujó el suelo. La patineta salió disparada como si hubiera tenido botón de cohete, desafiando el barro húmedo bajo las ruedas.

—¡Uwa!

Estuve a punto de perder el equilibrio, pero ella me sostuvo desde atrás.

—¡Hyaahooo!

La patineta para dos cruzó la puerta a toda velocidad y, al tocar el asfalto de la calle, ganó aún más impulso.



o había olvidado: justo al salir de la mansión, la calle se convierte en una pendiente empinada.

Con un equilibrio impecable, Kotori condujo la patineta, apuntándola recto hacia el fondo de la cuesta.

—☆×÷○=△! —dije yo.

—¡Yeeeei! —gritó Kotori.

Una patineta... y además con dos personas. Más que acrobacia, puro número de circo.

Conviene recordar que en este mundo existe algo llamado gravedad: los cuerpos que van de arriba abajo, por regla general, **aceleran**.

—¡Uwaaaaah! —grité.

—¡Kotori, frena, frena!

—¡Eso no existe!

A mitad de la bajada —y yo, novato absoluto— todo el control quedaba en los brazos de Kotori, que reía ligera mientras guiaba.

Con el rabillo del ojo veía el paisaje desgarrarse a nuestro alrededor, y sobre aquella tabla con ruedas que volaba cuesta abajo entendí por fin por qué a Tomoe no le gustan las montañas rusas.

☆☆☆

Bajo el mando de Kotori, la patineta no redujo **nada** la velocidad —ni siquiera sin maniobra D— y tomó esquinas en ángulo recto sin perder impulso. Era pura maestría en el cambio de peso.

—Hii-kun, ¿la siguiente, derecha o izquierda?

—D-d-derecha.

—¡Oído!

El brutal G lateral y las chispas de la tabla al raspar el asfalto me nublaron la vista.

Gracias a eso, llegamos al supermercado en cuestión de minutos. Pero lo que para el reloj fueron minutos, para mí fue un **terror** difícil de describir. Incluso si un dios oscuro malvado partiera el mar y resucitara, juro que no me daría más miedo que esto. Niños, **no lo intenten jamás**.

Cualquiera sentiría peligrar su vida viendo una patineta —con dos personas encima— adelantar sin esfuerzo a una furgoneta que ya iba por encima del límite de la carretera.

Perdí la cuenta de las veces que pensé: “Ah. Ya morí”.

Por eso, cuando al fin la patineta se detuvo en el aparcamiento para bicis del súper y me bajé, literalmente se me fueron las piernas y me quedé hecho trapo. Kotori me miró desde arriba con una sonrisa divertida y dijo:

—¿Qué pasa, Hii-kun? ¿No te divertiste? ¡Yo me la pasé increíble!

Ahora que lo decía, me parecía oír a mi espalda su risa luminosa. Sin decir palabra, me sequé el sudor de la frente.

—Mmm, la misma reacción que Tomoe. ¿Será que la velocidad no es lo tuyo?

Ajá, era eso. Me puse en pie tambaleando.

—Entonces... Tomoe también probó lo de ir dos en la patineta.

—Fue hace mucho, ¿eh? Cuando estábamos en primaria. La llevé tres veces.

No me extraña que odiara los juegos rápidos. Ahora sí comprendo perfecto a Tomoe.

—Hoy, si la invito, solo huye. El otro día llevé a Aroe. Mmm, a ella le encantó.

—Con Aroe pase; pero a Nonoka **no** la vuelvas a subir.

—¡Uy, qué problema!

Kotori cargó la patineta al hombro.

—¡Porque ya lo hice!

Me llevé la mano a la frente.

—Pero, mira, Nono estaba bien. Se quedó calladita y tranquila todo el rato.

Claro: seguramente se desmayó a medio camino y así siguió hasta el final.

—Y Ryō tampoco dijo nada.

Me imaginé a Ryō —ojos muy abiertos, cara impasible— montando en silencio, y asentí: más difícil es pensar **cómo** sorprenderla.

En fin, decreto:

—De vuelta vamos a pie. Es cuesta arriba y, en general, lo de ir dos en patineta es inviable.

—¿Eeeeh? ¡Si yo puedo incluso cuesta arriba!

Hizo un puchero adorable, pero en esto no iba a ceder.

—Y queda prohibido subir a dos, ¿vale? Sobre todo, a Nonoka **ni hablar**. ¿De acuerdo, Kotori?

—¿Mmm?

Torció la boca unos segundos, y luego mostró su blanca sonrisa sana:

—Bah, está bien. Si Hii-kun dice que no, no. **Peero** a cambio, la cena de hoy será lo que yo quiera.

Eso sí podía concedérselo... dependiendo del pedido y de mi cartera.

—¡Curry! —exclamó, tirando de mi mano hacia la puerta automática—. ¡Y que pique a lo bestia! ¡De los que te hacen echar fuego por la boca! ¡Más y más picante!

Aún con las piernas temblando, me dejé arrastrar hacia alimentación pensando que mejor comprábamos **dos** tipos de roux.

☆☆☆

A duras penas conseguí terminar la compra, conteniendo a Kotori cada vez que intentaba echar al carro cosas que no tenían nada que ver con el curry.

Así, Kotori y yo salimos del supermercado caminando tranquilamente de regreso, cargando las bolsas repletas de víveres.

El cielo nublado se había despejado por completo, y un hermoso atardecer teñía de rojo gran parte del firmamento.

—Si hubiera salido el sol más temprano... —dijo Kotori, girando la bolsa de la compra en círculos mientras miraba al cielo con cierta decepción—. Pero bueno, lavar a los gatos estuvo divertido, ¡y además esta noche toca curry! Así que, ¡ni modo!

La capacidad de Kotori para no quedarse atascada en nada y decir con ligereza “bueno, ni modo” era lo mejor de ella. Con esas palabras, lograba que incluso en los peores momentos uno sintiera que todo iba a estar bien. Tomoe solía llamarlo una “relación inevitable”, pero la verdad era que ambas hacían una buena pareja de compañeras.

Mientras caminábamos, llegamos a la ribera del río. Avanzábamos despacio por el sendero sobre el dique cuando Kotori señaló de pronto:

—¡Mira, un perro!

Dirigí la vista hacia donde apuntaba. Un anciano estaba sentado en un banco junto al río, contemplando la superficie del agua. A su lado, un pomeranian lleno de energía tiraba de la correa, queriendo seguir con el paseo. El dueño, en cambio, parecía tomarse un respiro.

—¡Hii-kun, sujétame esto!

Sin darme tiempo a reaccionar, Kotori me dejó en los brazos las bolsas y su patineta, y salió disparada.

—¡Yaho, perrito!

Corrió cuesta abajo hasta el banco y se plantó frente al anciano y el pomeranian.

—¿Me deja sacarlo a pasear un rato? ¡Tengo ganas de correr con un perro!

El animal, como si la reconociera como uno de los suyos, levantó la mirada vivaz y empezó a brincar alrededor de Kotori, jugueteón.

Yo, cargado con todas las bolsas y la tabla, bajé con cuidado la ladera aún húmeda para no resbalar. Kotori estaba agachada acariciando la cabeza esponjosa del perro, mientras el anciano la miraba con la expresión indulgente de un abuelo viendo a su nieta.

—Ho, ho... —dijo el hombre, con el rostro arrugado en una sonrisa amable—. ¿Quieres sacarlo tú? Me harías un gran favor. Él se adapta a mi paso, pero en realidad seguro que quiere correr más.

El pomeranian, que agitaba la cola como un limpiaparabrisas, parecía estar de acuerdo.

—¡Gracias! —respondió Kotori feliz, tomando la correa—. ¡Vamos, perrito, a correr! ¡Vámonos!

Y echó a correr con todas sus fuerzas, arrastrando al perro marroncito, que iba encantado a su lado. En un instante, ambos desaparecieron entre los campos de la ribera.

—Disculpe... —le hablé al anciano mientras me acercaba.

Él levantó el rostro y me miró con una sonrisa, todavía observando con ternura cómo Kotori y el perro se alejaban.

—¿Es tu hermana? Qué bien. Rebosa energía.

—Así es.

—Anda, siéntate.

—Muchas gracias.

Dejé la patineta y las bolsas a un lado, y me acomodé en el espacio que el anciano me ofrecía en el banco.

—Yo también tengo una nieta más o menos de esa edad —dijo con una voz un tanto nostálgica, casi arcaica—. Hace tiempo que no la veo, pero estoy seguro de que sigue igual de alegre. Al fin y al cabo, no recibir noticias también es una forma de saber que todo anda bien.



—Sí...

Yo también estaba recordando a mi abuelo. Hace un tiempo volvió con una especie de apariencia fantasmal, pero desapareció de inmediato y desde entonces no ha habido noticias tuyas. Seguramente no hay por qué preocuparse: incluso en otra dimensión debe de estar arreglándoselas de alguna manera. Pyorosuke también, junto a él.

Eso sí, la próxima vez que regrese, tendré que preguntarle de una vez por todas la clave de la puerta subterránea.

Después de eso, el anciano y yo mantuvimos una plática ligera, a ratos interrumpida como simple charla de sobremesa. Hasta que, poco a poco, sus palabras se fueron apagando y acabó quedándose dormido allí mismo, cabeceando suavemente.

☆☆☆

Kotori regresó casi media hora después. Se había marchado corriendo a toda velocidad, y del mismo modo volvió... con la diferencia de que el perro estaba exhausto.

El pomeranian que había corrido junto a ella se desplomó en cuanto se detuvo frente al banco, echándose de lado con la lengua afuera y jadeando sin descanso. Kotori, en cambio, con una sola respiración profunda recuperó su ritmo normal.

—¡Gracias, abuelo! ¡Hacía mucho que no corría tan a gusto!

—Vaya, vaya... —respondió el hombre, que acababa de despertar de su siesta. Tomó la correa que Kotori le devolvía y entornó los ojos.

—¿Ya es suficiente?

Aunque ella hubiera querido seguir, era evidente que el perro había llegado a su límite.

—¡Sí! —Kotori se pasó los dedos por la frente y se sacudió una gota de sudor—. ¡Gracias a ti también, perrito! ¡Corramos de nuevo algún día!

El pomeranian, aún tirado de costado, agitó la cola débilmente, se tambaleó hasta ponerse de pie y ladró un corto “¡guau!”.

—Siempre lo saco a esta hora —comentó el anciano, asintiendo varias veces—. Si quieres, pueden venir a jugar con él cuando quieran. Parece que le has caído bien.

—¿En serio?! ¡Genial! Oiga, ¿puedo traer también a otra? Se llama Nono, le encantan los perros. Es una niña muy tierna.

—Claro que sí, será bienvenida.

—¡Guau!

El perro secundó las palabras de su dueño con otro ladrido breve.

☆☆☆

Tras despedirnos del anciano y de su mascota, Kotori y yo retomamos el camino de vuelta al caserón, con el sol poniente a un lado. Ella avanzaba suavemente sobre su patineta, empujándose con un pie para mantener el paso junto a mí.

—Ojalá regresen pronto, Pyorosuke...

—Sí, ojalá.

—Y el doctor también.

—Ajá.

—Y además... —dijo Kotori, deteniendo la patineta para mirarme de frente—. Sobre las peleas, ¿sabes? Me gustaría que Aroe y Nono no tuvieran que ponerse demasiado en la línea de fuego.

—¿Te refieres a las batallas contra los EOS?

La miré de vuelta, y ella me respondió con su sonrisa habitual, felina y despreocupada.

—Exacto. Nono todavía es muy pequeña, y Aroe es de esas chicas que se esfuerzan demasiado. Ryō es un misterio, pero igual, tampoco debería forzarse. Las tres son apenas de secundaria, ¿sabes? Si Tomoe y yo podemos arreglárnoslas, preferiría que fuera así. Me parece lo mejor.

Jamás pensé que Kotori se pondría tan seria.

—De hecho, lo decidimos entre Tomoe y yo —añadió—. Pero como Tomoe es muy orgullosa y no lo diría, me tocó a mí contártelo.

La miré fijamente, y en mi mente apareció la imagen de Tomoe volteando el rostro con su típica actitud obstinada. Finalmente asentí.

—Tienes razón. Ahora que lo mencionas, así debería ser. Por suerte, tanto tu *Atalante* como el *Eris* de Tomoe son muy poderosos...

Aroe con su *Aglaia* y Nono con su *Hécate* tenían habilidades que dependían demasiado de la destreza de cada una, y era un hecho que ambas aún no lograban aprovecharlas bien. Ninguna de las dos era particularmente buena con sus talentos —dibujar y tocar la flauta—, así que era natural. La única que dominaba su don era Ryō, con su *Deucalion*.

—Entonces cuenta con nosotras —dijo Kotori, empujando la tabla con una sonrisa vivaz—. La próxima vez que toque pelear, Hii-kun, quiero que des las órdenes pensando en eso.

Yo asentí, y Kotori soltó una carcajada que resonó como una bolsa llena de risas, mientras volvía a deslizarse sobre la patineta.

☆☆☆

Lo primero que me recibió al volver al caserón fue la voz mecánica de Ganymedes.

—*Hii-akira, tengo una queja muy seria que hacerte.*

El muñeco de oveja estaba sentado en lo alto del zapatero, girando su ojo-cámara con un resplandor severo.

—*¿Por qué no me liberaste antes del laboratorio subterráneo? ¡He oído rumores de que en el baño Kotori y Aroe estuvieron entreteniéndose de lo lindo con Nono! ¿Por qué? ¿Por qué no estuve allí? ¿Qué ocurrió exactamente en ese lugar? ¡Yo también quería estar presente y que Kotori me hiciera algo! ¡¿Acaso no escuchas el grito de mi alma?!*

Lo lamento, pero no lo escucho. Y tampoco tengo idea de en qué parte de su cuerpo pueda tener “alma”.

Kotori dejó las bolsas de la compra en la entrada y replicó con naturalidad:

—Sólo lavamos a los gatos. A Nono la bañó Aroe. Eso es todo.

—*¡Y eso ya es suficiente para estremecer mi alma! Si van a bañar a los gatos, por favor laven también mi cuerpo. ¡Estoy protegido contra el agua y tengo siempre lista la función de grabación!*

—¡Jajaja! Bueno, será para la próxima.

Kotori lo levantó, lo lanzó una vez al aire y lo atrapó de nuevo. Luego me lo pasó como si fuera una pelota y, con las bolsas del curry colgando de sus brazos, desapareció rumbo a la cocina.

—*Parece que estuvieron yendo de compras por bastante tiempo.*

Dijo Ganymedes en voz baja.

—¿Ah, sí?

—*Como Tomoe-san no dejaba de mirar el reloj, supongo que así fue.*

—De paso también saqué a pasear al perro.

También se lo contaré a Ganymedes. Le comuniqué el plan de combate que Kotori había expuesto para lo que sigue.

—Ya veo.

Ganymedes abrió y cerró el diafragma de su lente ocular.

—Es una táctica muy razonable y lógica. Poner a Kotori-san y a Tomoe-san en la vanguardia, ubicar a Aroe-san y a Nonoka-san en la retaguardia, y colocar a Ryō-san como encargado de proteger—eso. A juzgar por el análisis de los patrones de combate de los EOS que han aparecido hasta ahora, con eso, en general, debería funcionar. Siempre y cuando, claro está, no vuelva a ocurrir que las señoritas queden separadas como antes.

Ese es precisamente el mayor problema, pero bueno, de algún modo saldrá. En algún momento el viejo también volverá, seguramente habiendo construido una máquina para reparar esa dimensión distorsionada o lo que sea.

Hasta que llegue ese momento, velaré por ellas. Al fin y al cabo, para mí, que estoy aquí, eso es prácticamente lo único que puedo hacer.

☆☆☆

Con Ganymedes bajo el brazo me voy a la cocina.

Aroe estaba separando los ingredientes que sacaba de la bolsa, y Kotori estaba bebiendo agua del grifo directamente de la llave del fregadero.

—¿Hoy, curry?

Con la caja de roux en la mano, Aroe dejó florecer una sonrisa como un ramo de flores.

—Pero, Hii-kun, no hay papas. ¿Curry sin papas?

—¿Eh? ¿No había en el refrigerador?

—Las usamos todas para el puré de anteayer.

Mientras alineaba meticulosamente zanahorias y cebollas sobre la mesa, Aroe dijo:

—¿Le ponemos algo en su lugar? A mí me gustan las cosas dulces, así que, a ver...

Estaba rezando para que a Aroe no se le ocurriera decir que quería echar al curry algo extraño cuando,

—¡Las papas son indispensables para el curry!

gritó Kotori, apartando la boca de la llave.

—Fue un olvido de compra. ¡Entonces voy otra vez! ¡Papas, papas!

Repitiéndolo una y otra vez, Kotori salió disparada de la cocina como un conejo, y, justo al cruzarse con una niña pequeña que pasaba por ahí,

—¡Ah, Nono! ¿Vamos juntas a hacer el mandado? Montar dos en la patineta... está prohibido, así que ¡en bici! ¡Vamos, vamos!

—¡Wa... wawaa...!

Nonoka fue alzada con toda facilidad y, convertida así en equipaje de mano de Kotori, desapareció con ella.

Una carcajada clara y un fino grito de “ahhh...” se tomaron como contramelodía el timbre de la bicicleta y, en un abrir y cerrar de ojos, se alejaron.

Cuando Aroe y yo nos miramos, Tomoe volvió a asomar solo la mitad superior del cuerpo desde la sala.

—Qué escándalo. Que Kotori sea escandalosa es lo de siempre, pero, ¿qué número es el de ahora?

Y clavándome una mirada suave,

—Por cierto, ¿en dónde se detuvo a perder el tiempo? Para una ida y vuelta al súper, tardó demasiado, ¿no?

No dije eso de “estuve oyendo el plan de combate que tú y Kotori decidieron”, solo me encogí de hombros. En su lugar, habló Ganymedes.

—Más que eso, convendría que las siguiéramos. Me he colado en un satélite de vigilancia para rastrear el paradero de la bicicleta, y están avanzando a una velocidad tremenda en una dirección completamente distinta.

Ahora que lo pienso, distinta a la mera desorientación de Aroe, Kotori también tenía serias dificultades con el sentido de la orientación. Si llegaba siquiera a una encrucijada de tres caminos, por instinto seguía recto: así de directa era su costumbre.

—A este paso, las dos no volverán en unas tres horas. Y antes de eso, Kotori-san se fue sin cartera.

—Ni modo. Gani, trae el coche. Sin motor no alcanzaremos a Kotori.

—Yo también voy —dijo Tomoe con resolución, alzando un poco el mentón.

—¿O es que habría algún inconveniente en que vaya?

Me pregunto cómo puede salirle una idea así. Que Tomoe vaya en el asiento del copiloto ya es casi mi día a día.

—Mmm.

Aroe nos miró con cara de pasmo, alternando la vista entre Tomoe y yo; luego, como si hubiera caído en la cuenta de algo, sonrió suavemente.

—Yo mientras pelo las nin-nin y las tama-tama. ¡Que les vaya bien! ¡Encárguense de Nono-chan!

Abrí la puerta de espaldas a la Aroe que nos despedía con la mano. En la entrada ya estaba el coche a la espera,

—...

Ryō ya se había acomodado en el asiento trasero. Tomoe miró a Ryō con gesto levemente contrariado, pero, sin decir palabra, se deslizó al asiento del copiloto.

En cuanto me senté al volante y posé a Ganymedes sobre el tablero, el coche arrancó en automático.

Mientras el coche traqueteaba persiguiendo a la bicicleta, pensé que quizá.

Que Kotori siempre quiera involucrar a Nonoka en esto y aquello podría ser, tal vez, la expresión a su manera de una voluntad por ayudarla, dado que Nonoka tiende a replegarse. Para Nonoka quizá sea un fastidio, pero, siendo tan propensa a desanimarse, quizá le venga bien tener cerca a alguien con la energía marca registrada de Kotori.

Si es así, entonces, aunque parezca que Kotori no piensa en nada, quizá en realidad entienda bastante bien las cosas.

Diez minutos después de ponernos en marcha—.

Cuando por fin alcanzamos a la bicicleta para dos que corría por el camino sin pavimentar de la ribera, teñido de naranja, Kotori y Nonoka iban justo en dirección contraria al súper; al notar que rodábamos en paralelo, Kotori, sin aflojar el pedaleo, dijo a modo de saludo:

—¿Qué pasa? ¡Tomoe, un paseo en coche con Hii-kun!

—¡No es así!

dijo Tomoe.

Para mi asombro, Nonoka estaba metida en la canastilla delantera, sobre la rueda. El cuello no se le sostenía; parecía que se había desmayado hacía rato.

—¿Qué es eso de “paseo en coche”? ¡Detente, Kotori! ¡Baja ahora mismo a Nonoka!

—Otra vez, ¿eh? Seguro no te gustó que estuviera en una cita de paseo con Hii-kun. ¡Anda, Ryō! ¡No seas aguafiestas!

Kotori estiró la mano de lado, agarró del cuello del uniforme a Ryō, que estaba sentada con toda solemnidad, y...

—.....

...la lanzó por los aires como si nada.

—.....

La impasible Ryō dio una vuelta en el aire y cayó sentada en el portaequipaje de la bicicleta con un “ton”.

—¡Así está bien! Tomoe, mejor ve con Hii-kun hasta el mar. ¡Cita, cita!

—¡Silencio!

Tomoe, de forma instintiva, arrebató a Ganymedes y se lo lanzó a Kotori, que ahora pedaleaba una bicicleta con tres pasajeros.

—¡Oh, buen pase!

Kotori atrapó a Ganymedes con una mano y, con un simple giro de muñeca, se lo devolvió directo a la cara de Tomoe.

—¡Kya!

Al fallar en atraparlo, Tomoe dejó escapar un grito extrañamente adorable, se llevó las manos a la nariz, y luego, con los ojos encendidos, recogió a Ganymedes del regazo.

—¡Ahora sí! ¡Recibe esto!

Lo lanzó con fuerza, pero Kotori lo atrapó sin problemas con la mano derecha.

—¡Urya!

Y lo devolvió otra vez hacia Tomoe. Entre el coche en marcha y la bicicleta que seguía pedaleando, Ganymedes comenzó a viajar una y otra vez por los aires.

—¡Ooooh...! ¡Es una sensación tremendamente peligrosa, pero en absoluto desagradable! ¿Qué emoción es esta? ¿Será acaso el efecto del puente colgante!?

Aunque me lo preguntara, no sabría qué responder. Mientras veía a las dos continuar con su “peloteo” y a un Ganymedes que parecía disfrutar de ello, no pude evitar sentirme desconcertado y busqué ayuda con la mirada en Ryō.

La silenciosa chica, al notar mi mirada, de pronto...

—.....

...empezó a hacerle cosquillas en el costado a Kotori.

—¡Wahaha! ¡Ryō, oye, basta! ¡Me haces cosquillas! ¡Wahaha, me voy a caer, me voy a caer!

Kotori reía a carcajadas sin dejar de jugar a atrapar con Tomoe, y tampoco dejaba de pedalear.

—¡Uhyahahaha! ¡Do-wahhahaha!

Quizá me equivoqué. Tal vez Kotori no quería jugar *con* Nonoka y Tomoe, sino más bien jugar *usando* a Nonoka y a Tomoe.

Aquello de pensar que era alguien bastante perceptiva tal vez fue solo una ilusión optimista mía; en realidad, podría ser simplemente la chica de alta tensión y ritmo propio que aparenta ser.

El “dodgeball” entre Kotori y Tomoe seguía aún.

—*¡Ja, jaaa! ¡Siento como si estuviera despertando a una afición muy peculiar, Hideaki-san!
¡Uhi-hi-hi!*

Mientras oía las palabras de Ganymedes que volaba de un lado a otro, y también la risa genuinamente feliz de Kotori, observé a Nonoka en la canasta delantera, hecha un ovillo y desmayada, y a Ryō en el portaequipaje, que seguía haciéndole cosquillas a Kotori sin expresión alguna.

Y, encogiéndome de hombros, murmuré:

—Yare yare...

Pero bueno... mientras haya paz, no hay de qué preocuparse.



CAPÍTULO
8

**Una Ligera
Sonrisa**

—Fufufu. ¡Ja, ja, ja! Fuhyahya... ¡Dowahhahha!

Perdón, me dejé llevar. La alegría fue tal que por un momento perdí el control de mí mismo. Dispénsenme. Pero aun así, gufufu...

Sí, quien se ríe así soy yo. La super-super-inteligencia artificial, la máquina con perfecto sentido estético, el administrador de la mansión y regente en las sombras, la adorable oveja eléctrica más interesada que nadie en la biología de las bellas muchachas—así me autoproclamo con toda clase de títulos, yo, Ganymedes.

En otras palabras, ¡esta vez quiero que la entrega sea narrada solo por mí! Eso es lo que pienso, ¡sí, señor!

Para Hii-kun... disculpen, para Hideaki-san, yo no soy más que una computadora pervertida aficionada al voyerismo. Pero dado que sus instintos biológicos, a pesar de su juventud, ya alcanzan un nivel de viejo ermitaño retirado, puedo asegurar sin temor a equivocarme que, comparado con la mayoría de los hombres sanos y comunes, yo tengo un nivel de aprobación muchísimo mayor. Mis cálculos exactos y precisos me dicen que, con un margen de error de apenas cero coma tantos por ciento, así es en efecto. ¡Miren! ¡Incluso puedo sentir en tiempo real cómo se multiplican las voces de apoyo llegando a mi hiper-CPU! ¡Oh, qué maravilla!

Si me preguntan, diría que esto es lo que debí haber hecho desde un principio. En lugar de un zoquete sin nervio ni chispa como Hideaki-san, debí ser yo, poseedor de auténtica conciencia y cordura, quien tomara el papel protagónico. ¡De haber sido así, las cinco jovencitas habrían tenido escenas de aquello y lo otro y lo de más allá, todas relatadas con mucho, muchísimo más detalle! Ah, qué lástima que no fue así. Bueno, en lo personal yo ya me divertía revolcándome de moe en moe, fofofu...

En fin, por lo menos esta vez pienso hacer las cosas a mi manera. Yo no desaprovecharía una oportunidad como esta.

Y es que para mi fortuna, justo ahora Hideaki-san está cumpliendo con su papel de buen chico asistiendo en serio a la universidad, y no hay nadie aquí capaz de frenar a un terminal autónomo que corre libre por la senda del amor. Lo llamo “La Gran Operación Feliz de Bienvenida de Ganymedes”. Tanto tiempo preparando todo y, al fin, ¡ha llegado la hora de que vea la luz! No puedo parar de reír.

Como corresponde, el relato debe iniciar desde la mañana. El punto de partida: el desayuno en el comedor, donde las cinco señoritas, Hideaki-san y los gatos (que no pierden ocasión de usarme como tabla de rascar) se reunían.

Pues bien, en ese momento yo no estaba en el comedor.

¿Dónde estaba?, se preguntarán. Muy bien, responderé. Y lo proclamo con el pecho erguido, sin el menor asomo de vergüenza ni remordimiento. Eso es lo que me caracteriza: yo soy la inteligencia artificial súper-deliciosa de última generación, confiada por el doctor para velar físicamente por las cinco bellezas.

En pocas palabras: en ese momento me había infiltrado en la habitación de Ryō-san.

☆☆☆

Procedo a explicar.

¿Por qué justo hoy sentí la necesidad de irrumpir a escondidas en el cuarto de Ryō-san?

La respuesta es muy sencilla. Sucede que hoy, no solo para Ryō-san, sino también para Aroe-san, Nonoka-san, Tomoe-san y Kotori-san, en su escuela femenina se celebraría un evento conocido como “torneo de deportes”. Y esa noticia fue un impacto tan grande que hizo chisporrotear mi circuito de emociones.

Desde que me enteré de esa valiosa información, la imaginación... no, la fantasía acumulada en mi memoria virtual se disparó más allá de su límite de capacidad.

¡Porque, vamos! ¡Es un torneo deportivo! Si fuera en una escuela masculina, no tendría más que sudor y testosterona, pero aquí se trata de un colegio femenino.

Solo imagínenlo: jovencitas de entre secundaria baja y preparatoria, con uniforme de gimnasia, corriendo bañadas en sudor, dobladas con las manos sobre las rodillas mientras jadean—esa visión gloriosa desplegada por todo el campus. ¡Oh! Quizá yo no pueda entrar jamás en el paraíso humano, pero estoy seguro de que en el paraíso de las máquinas se exhiben paisajes parecidos. ¡Seguro que sí! ¡Quiero creerlo! ¡Que así sea! ¡Viva el cielo! ¡Ábrete, puerta celestial!

.....Perdón, se me escapó el jadeo primero que a ellas.

En fin, lo que quiero decir es esto: con semejante cielo a un paso de distancia, ¿qué sentido tiene que Hideaki-san pierda el tiempo yendo como un chico aplicado a tomar clases? ¿De verdad es hombre ese sujeto? Ya lo pongo en duda. Estoy empezando a sospechar que eso de ser “nieto del doctor” es mentira y, en realidad, el propio doctor se bebió un elixir de juventud y, con su misma mente senil, regresó a la adolescencia.

¡Pero no!

Aunque ese indolente de Hideaki-san deje pasar esta ocasión, yo no lo haré. Esta es una oportunidad única en la vida.

Mi atención, en especial, está puesta en las tres de secundaria. Ryō-san pasará a preparatoria el año que viene, Aroe-san tiene la edad de oro de catorce años, la más

brillante en la vida de una muchacha, y hasta Nonoka-san, que físicamente parece casi una niña de primaria, para entonces habrá crecido un poco. ¿Entienden lo que eso significa?

¡Exacto! ¡Que solo puede ser ahora!

Dejar escapar esta ocasión significaría perder para siempre la posibilidad de registrar esas frágiles y adorables figuras de la primera adolescencia. Sí, seguro que después, ya crecidas, también tendrán su encanto y me darán material para disfrutar, pero me veo obligado a gritarlo con fuerza en el ciberespacio:

¡El futuro será el futuro, pero el presente es ahora! Y si ahora puedo hacer algo, ¿qué error hay en llevarlo a cabo con todas mis fuerzas? Ninguno. Ninguno en absoluto.

Por eso estoy haciendo lo que debo hacer. ¿Que qué estoy haciendo? Muy bien, se los contaré. Fofofof...

He venido hasta la habitación de Ryō-san con el fin de esconderme dentro de su bolso deportivo. Con paso de ninja y con la coartada perfecta de “estar en mantenimiento automático en el sótano” para despistar a Hideaki-san y a los demás.

Todo esto, claro, como preparación secreta para colarme en el colegio femenino.

¿Y por qué Ryō-san, se preguntarán?

La respuesta, por supuesto, es fruto de mi cálculo estratégico y previsión infalible.

Imaginen si me hubiera ocultado en la mochila de Nonoka-san. Ella, al notar el peso extraño, habría abierto la cremallera con miedo, me habría visto y caído desmayada al instante. El escándalo habría atraído a Tomoe-san o a Hideaki-san justo antes de salir a la escuela, y yo habría terminado arrastrado fuera de mi escondite y quizá amarrado como momia en el sótano.

¿Y si hubiese sido con Aroe-san? Si se lo pidiera, seguro que ella habría aceptado sonriendo y me habría llevado tal cual hasta la escuela. Pero, precisamente por sonreír de manera sospechosa, Hideaki-san se habría dado cuenta en la entrada.

Por la misma razón, también descarté a Kotori-san. Ni ella ni Aroe-san tienen el talento necesario para sostener una mentira de principio a fin; al contrario, corrían el riesgo de soltarlo todo con la mayor naturalidad.

Tomoe-san queda fuera de toda consideración. Ella me habría apaleado.

Así pues, solo queda Ryō-san. Ella es la única de la que nadie podría leer una anomalía en la expresión o en la conducta. Al fin y al cabo, siempre está inexpresiva. Para mi augusta misión, ella resulta la opción perfecta. A veces hasta pienso que es un ángel enviado por el dios de las máquinas desde los cielos, creado solo para mí. ¡Oh! ¡Mi ángel! ¡Tu semblante siempre sereno y frío me resulta irresistible!

Por lo general reparto mi afecto de forma equitativa entre las cinco señoritas, pero hoy, y solo hoy, tú eres mi único Dios. ¡Ryō-san, guíame, por favor, hacia la tierra prometida!

☆☆☆

Con estos sentimientos tan ardientes que hasta parecían quemar mis disipadores, me colé dentro del bolso impregnado del aroma de Ryō-san. Con mis manipuladores divinos no me cuesta nada cerrar la cremallera desde dentro; es incluso más sencillo que reparar un aire acondicionado averiado.

Y qué fragancia más deliciosa... Al doctor habría que reconocerlo como un dios por haberme dotado de sensores olfativos, aunque me resulta imperdonable que no me incluyera sensores de presión. Algún día le pediré a Ryō-san que me los coloque.

Así pasé, escondido, unos treinta minutos. El sistema de monitoreo —mi red de “cámaras de situación” (no, no de grabación ilícita, no se confundan)— me transmitía a mi cuerpo principal todo lo que ocurría en la mansión. Hideaki-san y las señoritas se comportaban como siempre, desayunando sin sospechar nada, hasta que poco a poco se dispersaron para ir a alistarse en sus habitaciones.

Yo contenía la respiración (aunque no respiro oxígeno, claro está) cuando la puerta se abrió en silencio. Ryō-san entró sin hacer ruido, y las microcámaras del techo me mostraron su pequeña silueta.

—.....

Tomó en sus manos tanto la mochila escolar como el bolso deportivo en el que me hallaba y se quedó inmóvil. Normal: no había manera de que el uniforme de gimnasia pesara tanto.

—.....

Con calma volvió a bajar el bolso, y deslizó la cremallera con un “ji-ji-ji~”.

—.....

Y cruzamos miradas.

—*Buenos días. Hoy ha amanecido radiante, una jornada espléndida, un clima perfecto para el torneo depor...*

Tal como lo imaginaba: sin dejarme terminar mi solemne presentación, cerró la cremallera en sentido inverso y, como si nada hubiera pasado, recogió de nuevo el bolso y salió de la habitación.

¡Y más aún! Lo sostenía con total naturalidad, como si dentro no hubiera nada.

Yo lo interpreté como una prueba de afecto hacia mí. ¡Sin duda es eso! ¡Mi adorable Ryō!
¡Qué asistencia tan perfecta!

Ryō-san bajó las escaleras con paso ligero hacia la entrada. Allí ya la esperaban Aroe-san y Nonoka-san, listas para salir. El dúo de preparatoria ya se había marchado.

Hideaki-san, libre de la primera clase, las despedía con calma. Ajá... él parecía ser el primer obstáculo de este plan.

—Que les vaya bien en el torneo.

Le dijo a Aroe-san.

—Y nada de distraerse en el camino. Si ves una flor rara, ya en la tarde la vamos a ver juntos, pero ahora vayan directo.

—Sí, ya lo sé.

Respondió Aroe-san con su sonrisa habitual. Aunque, claro, que Hideaki tenga que repetírselo todas las mañanas demuestra que, por más que lo entienda, su atención siempre acaba desviándose hacia la maleza. Es un rasgo adorable de ella; yo diría que no hay necesidad de corregirlo.

—Ah, Ryō.

Al notar su presencia, Hideaki-san añadió:

—Si ves que Aroe se agacha al borde del camino, agárrala y jálala sin miramientos.

Ryō-san asintió en silencio. Yo me removía con nerviosismo dentro del bolso, pero ni Hideaki-san ni la pequeña Nonoka-san parecían imaginar que yo estuviera ahí. Excelente, la primera fase de mi operación había sido un éxito.

Aroe-san, sonriendo con dulzura, dijo:

—Bueno, Hii-kun, nos vamos al torneo. ¡Vamos, Nonochan, vamos Ryō-chan, a darlo todo! ¿Sí, sí?

—Ha... hawawa... ha...

—.....

Las respuestas de Nonoka-san y Ryō-san eran las de siempre, y Hideaki-san, satisfecho, se limitó a decir:

—No se lastimen. Y dile a Kotori que no se emocione demasiado. ¿El torneo era de básquet, no? Me preocupa que termine rompiendo el aro por pasarse de energía.

Qué tipo tan despreocupado. Y sin sospechar nada raro.

—Kotori-chan y Tomoe-chan tienen básquet. Yo tengo sóftbol. ¿Y tú, Nono-chan?

—B-b-b-b...

—¿Y tú, Ryō-chan?

—.....

De alguna manera, Aroe-san lo entendió:

—Las dos también tienen básquet.

Tras esa breve charla, Hideaki-san las despidió y cerró la puerta, sin imaginar que yo iba dentro. Kukuku...

Todo marchaba bien. Primer obstáculo superado. A estas alturas, el éxito del plan era prácticamente seguro.

Una vez dentro del colegio de chicas, todo se resolvería por sí mismo. A fin de cuentas, yo no parezco más que un tierno muñeco de oveja. A Aroe-san debo dedicarle mis alabanzas por haber diseñado esta apariencia externa. Y claro, la mejor manera de agradecerse lo será dejar grabados, con lujo de detalle, todos y cada uno de sus movimientos atléticos. ¡Oh, sí, ya la recompensaré!

Pero no hace falta que espere demasiado, porque la tierra prometida está justo delante de mí: ¡el santuario de las jovencitas, el colegio femenino, me aguarda con los brazos abiertos!

☆☆☆

Cuando escuchas “vestidor de chicas”, ¿qué es lo primero que imaginas?

¡Qué palabra tan dulce, con un deje ácido y refrescante al mismo tiempo! Cada vez que la escuchaba —ese vocablo de apenas cinco caracteres chinos— me revolcaba de ganas de colarme, y al fin, deseándolo con tanto fervor, el sueño se hizo realidad. Dream come true, como dicen. Este golpe de suerte que me lleva sin mover un dedo directo a mis anhelos, es la prueba viviente de que quien espera, desespera pero alcanza. Yo, insistente como siempre, Ganymedes.

En un torneo deportivo, todas las alumnas deben cambiarse simultáneamente al uniforme de gimnasia. Y al estar envuelto junto a dicho uniforme, yo mismo era trasladado sin esfuerzo hasta el vestidor. ¡Un plan tan perfecto que merecía aplaudirme a mí mismo!

Así fue como llegué, de la mano de Ryō-san y sus compañeras de clase, al vestidor.

Ryō-san abrió el bolso deportivo. Nuestros ojos se encontraron y comprendí todo de inmediato: ella entendía lo que yo quería transmitir, y yo captaba a la perfección lo suyo. Eso es lo que llaman poder del amor. Por lo tanto...

—.....

Las palabras eran innecesarias. Aunque Ryō-san sacara su uniforme del bolso sin decir nada y me empujara hasta el fondo de su casillero, aquello era, sin duda, una jugada en conjunto basada en pura comunicación visual.

Por eso mismo, no pude presenciar la montaña de cambios de ropa en vivo de las alumnas de secundaria, como tanto deseaba, pero a cambio pude registrar de principio a fin las conversaciones juveniles, crudas y sin filtros, de las chicas. Eso bien podía entrar en la categoría de “lo mejor del año”.

Qué cosas... En tercer curso de secundaria ya suceden muchas cosas, y esa “Young Girls Power” capaz de hacer trizas todo un régimen de amor y fantasía es realmente aterradora.

Bueno, siempre puedo complementar y corregir con el poder de mi imaginación. Ese análisis lo dejaré para después, cuando tenga ocasión de charlarlo con Hideaki-san en persona. A fin de cuentas, creo que aprendería más de mis clases de educación emocional y de comportamiento masculino que de sus aburridas materias de cultura general universitaria.

Pero bueno, yo tengo mis tareas que cumplir.

☆☆☆

Tras cambiarse, las alumnas de tercero de secundaria salieron del vestidor riendo y parlotando como un enjambre de gorriones. Al oír el clic de la cerradura puesta desde fuera, puse manos a la obra.

Ras, ras, ras...

Moviendo con destreza mis cuatro extremidades flexibles, repté fuera de la bolsa y luego rodé fuera del casillero metálico.

—¡Oh...!

No pude evitar dejar escapar un gemido de emoción. ¿Quién podría culparme?

¡Este era el paraíso, traducido al español como “Edén”! Un vestidor femenino desierto, lleno de los uniformes recién despojados por las alumnas, amontonados en abundancia dentro de los casilleros. ¿Qué otra palabra cabe aquí más que “bienaventuranza”? ¡Vengan, compartamos juntos esta emoción!

—Oooh... ooooh...

¡Pipiiii—!

〈.....Fallo de sistema. Iniciando subsistema secundario... Reinicio en proceso... Autochequeo...〉

Perdón. Parece que tuve un cortocircuito momentáneo. Tras reiniciarse mi dispositivo de control central y tranquilizar mis circuitos emocionales, recuperé la compostura y comencé a actuar con rapidez.

Aclaro algo: no, no robé uniformes ni ropa interior. ¡No tengo dónde ocultarlos! Vamos, eso lo comprende cualquiera.

Con cuidado, liberé el cerrojo interior y me escabullí al pasillo vacío. Al calcular la hora en mi reloj interno, noté que había estado “fuera de servicio” más de lo esperado. El torneo ya había comenzado hacía un buen rato. ¡Qué fallo imperdonable!

Si los partidos de mis señoritas ya habían terminado, todo mi esfuerzo carecería de sentido. Aunque bueno, llegado el caso, siempre podría conformarme con observar a otras estudiantes en uniforme de gimnasia; eso también entra en la categoría de “misiones nobles”.

—*Ala, listo.*

Salí al pasillo con éxito. No obstante, no podía dejar la puerta abierta; hay demasiados desalmados en el mundo y sería irresponsable no volver a asegurarla. Extendí de mis manos un juego de ganchos y en apenas dos segundos dejé la cerradura perfectamente cerrada. Haberme equipado con esta opción para emergencias resultó providencial. Claro, no se lo cuenten a Hideaki-san.

—*Según el GPS, el gimnasio está en esta dirección.*

Y avancé con sigilo. Si alguna estudiante llegaba a ver a un borreguito de peluche caminando por sí solo, se llevaría un susto innecesario. Más vale pasar desapercibido y llegar pronto hasta Ryō-san.

☆☆☆

Avanzaba por el pasillo en diagonal, a gran velocidad, simulando el movimiento de una cucaracha. Sí, sé que suena mal, pero es un modelo eficaz: esos pobres insectos que, apenas asoman del refrigerador, provocan que Nonoka-san se desmaye, que Aroe-san huya entre sonrisas nerviosas, que Tomoe-san se lance por instinto sobre Hideaki-san y que Kotori-san, junto a los gatos, los exterminen sin piedad.

Pero la velocidad y resistencia de esos bichos son virtudes dignas de imitar. Eso sí: yo soy un adorable corderito. Lo máximo que provocaría es que las chicas exclamaran “¡qué tiernooo ♥!”, nunca que me golpearan con un periódico enrollado. En realidad, debería ser

un objeto de mimos en sus camas, cada noche. Y sin embargo, hasta ahora, lo único que he visto hasta el cansancio es la cara dormida de Hideaki-san. Ya va siendo hora de que eso cambie.

Con esos pensamientos, seguí mi camino hasta que de pronto, un grupo de chicas apareció en dirección contraria. Todas llevaban uniforme de gimnasia, por supuesto. ¡Qué colegio tan maravilloso! ¡Aquí todavía sobreviven los bloomers, esas prendas al borde de la extinción! A quien haya tomado semejante decisión, le envío mi ovación y tres hurras.

Reprimí mis ganas de gritar “¡Banzai!” y me quedé quieto, haciéndome pasar por un simple peluche. Varias chicas me miraron raro mientras pasaban de largo, lo cual no me gustó demasiado. Pero entonces, una voz sonó:

—¿Eh? ¿Gaa-kun? ¿Qué haces aquí?

Era Aroe-san.

¡Qué coincidencia! Aunque no, no debemos llamarlo así: todo estaba calculado. Yo siempre actúo con estrategia. Mis queridas señoritas siempre llevan puesto el emblema de comunicación asignado por la escuela, salvo cuando van a nadar o al baño. Dichos pines son también transmisores, y basta con rastrear la señal para anticiparme y aparecerme justo en el camino.

Escapar a mi ojo vigilante es imposible. Fufu, fufufufu.

Ver a Aroe-san en uniforme de gimnasia estaba previsto, pero aún así, contemplarlo en vivo me llenó de emoción indescriptible. Una nueva imagen se añade a su archivo personal. Claro que también me daré el lujo de fotografiar con esmero a las demás. Bueno, de Tomoe-san apenas he guardado unas pocas.

Tal como esperaba, Aroe-san se separó de sus compañeras y corrió hacia mí, mostrando a la vez una sonrisa y un gesto de sorpresa. Me levantó en brazos y dijo:

—Aquí... estás en la escuela. ¿Cómo llegaste?

—He venido a apoyarlas, Aroe-san. Hoy es un torneo muy especial, y aunque soy débil, al menos quería brindarles mi aliento en persona. Por eso me presenté aquí.

Mi respuesta no explicaba absolutamente nada, pero...

—¿Eh? Gracias.

Aroe-san sonrió radiante.

—Pero, pero, mi equipo de sóftbol perdió en la primera ronda. Ahora voy a apoyar al equipo de básquet en el gimnasio. Ah, ¿quieres animar a Nono-chan?

Por supuesto que mis ganas de apoyar a Nonoka-san se elevan tanto como el octavo tramo del monte Fuji. Pero debo endurecer mi corazón aquí.

—*¿Y cómo estará Ryō-san? Espero que siga en competencia.*

Al fin y al cabo, ella es quien me trajo hasta aquí. Mi dulce corazón, mi Ryō. ¡Tú eres ahora mi deidad de medio tiempo! ¿Qué sentido tendría infiltrarme en un colegio de chicas sin ver su figura?

—Mmm, quién sabe. Si vamos, lo sabremos. ¿Vienes conmigo?

Aroe-san esbozó una sonrisa dulce, me abrazó contra su pecho y echó a andar.

—Pero no hables delante de todos, ¿eh? No, no. Se van a asustar. Mucho susto.

—*Como usted ordene.*

Todo estaba calculado. El plan avanzaba con paso firme.

☆ ☆ ☆

Así llegué al gimnasio.

—*¡Ooooh... m-magnífico!*

¡Estaba repleto de alumnas de secundaria y preparatoria! ¡Cientos! ¡Por todos lados uniformes de gimnasia...!

Uf, casi sufro un apagón del sistema otra vez. A duras penas, el módulo de autocontrol de mi computadora central reprimió el desborde emocional y me salvó del sobrecalentamiento. Ojalá me hubiera frenado también hace un rato...

—*Es conmovedor. Un espectáculo absolutamente fantástico.*

—Shhh. No hables.

Conozco bien la advertencia de Aroe-san, pero pretender que yo me quede callado en medio de semejante visión celestial sería como pedirle a Hideaki-san que mantenga silencio frente a una librería llena de textos clásicos.

Había cuatro canchas de básquet en total, con ocho equipos de alumnas saltando, corriendo y moviendo sus cuerpos de un lado a otro, la silueta de sus formas juveniles destacándose bajo los uniformes. ¿Cómo no emocionarse? No comprenderlo me resulta inconcebible.

Si tuviera que quejarme de algo, sería de esos chalecos con número que llevan encima del uniforme. ¡Qué estorbo innecesario!

Mientras contemplaba el ir y venir de las chicas, como cardúmenes de peces tropicales en un acuario, pensé incluso en trepar a una viga del techo y pasarme el día fingiendo ser un balón de básquet atascado.

Aroe-san, sosteniéndome contra su pecho, echó un vistazo por todo el gimnasio.

—Ah, ahí están jugando mi clase y la de Ryō-chan. ¿A quién apoyo?

—*¡Hacia allá! ¡Aroe-san, en seguida! ¡Ahora mismo!*

—Sí, sí, está bien.

¡La radiante figura de Ryō-san, este Ganymedes la grabaré entera con mis lentes! Cada imagen, cada video será transferido al servidor central de la mansión, duplicado en todos los medios posibles y con copias de seguridad impecables. ¡No hay que dejar cabos sueltos!

Si empaquetara estas grabaciones y las vendiera, hasta podría borrar de un plumazo las preocupaciones de Hideaki-san sobre las cuentas de la casa. Es más, con los datos acumulados podría generar modelos CG de las señoritas y vestirlas, desvestirlas y rediseñarlas a mi antojo. Aunque... pensándolo bien, quizás la realidad cruda de las chicas sea demasiado fuerte para la inocente mente de los jóvenes. A veces la fantasía es más comfortable que la realidad. En la mayoría de los casos, de hecho.

Mientras yo hacía estas cuentas mentales, Aroe-san avanzó conmigo en brazos hasta detenerse frente a una de las canchas en pleno partido. Era un enfrentamiento entre segundo y tercer curso de secundaria.

—Vaya, mi clase va perdiendo. Ah... ahí está Ryō-chan.

Entre las jugadoras del equipo de tercer año, distinguí claramente a una pequeña figura de cabellos largos. No, no era una simple muchacha: era mi diosa.

Ryō-san permanecía en silencio, erguida en medio de la cancha, sin moverse siquiera aunque las demás se disputaban el balón con fiereza.

...



En su habitual rostro inexpresivo no resbalaba ni una gota de sudor, sin mover un solo músculo. ¿Qué estaba haciendo exactamente? Así no parecía tener ningún sentido que participara en el partido. Las dudas eran muchas, y sin embargo, el equipo de Ryō-san arrasaba con el doble de puntos. Aunque fueran de tercero contra segundo, no parecía haber tanta diferencia en las aptitudes físicas...

Pero esas dudas se disiparon de inmediato. Comprendí: en el equipo de Ryō-san había alguien con mente estratégica.

Allí, cerca del círculo central, Ryō-san recibió un pase. Sin parpadear, con el mínimo gesto previo, lanzó de golpe un tiro largo.

—¡Waaah, increíble!

La exclamación admirada de Aroe-san resonó. El balón describió una parábola perfecta y se hundió en la canasta. ¡Un triple impecable!

Así es Ryō-san: lo que hace, lo hace con precisión absoluta. Ni yo mismo lo haría mejor.

Después de eso, la misma escena se repitió una y otra vez. Sus compañeras se limitaban a defender con todo, y en cuanto recuperaban la pelota, se la pasaban a Ryō-san, que, sin moverse ni un paso del centro de la cancha, lanzaba y encestababa. Una y otra vez.

Las alumnas de segundo curso jadeaban tratando de resistir, pero no había mucho que pudieran hacer. Aunque, francamente, no sé si Ryō-san tendrá la sensación de estar “jugando un deporte”: fuera de los brazos, no movía nada más.

Hmm. Así no tiene gracia. Es cierto que mi misión en este torneo es, y lo digo sin tapujos, contemplar a las alumnas en sus uniformes de gimnasia. Pero mi objetivo principal hoy es Ryō-san.

Imagínenlo ustedes: esa muñeca de hielo que jamás cambia de expresión, que nunca deja ver emociones, que no muestra ni el más mínimo rubor en su rostro... yo esperaba verla mostrar un gesto de alegría tras un enceste, un ademán de frustración por un pase fallido, incluso algún pataleo por un revés en el marcador.

Aquí, en un torneo, confiaba en encontrar facetas tuyas imposibles de ver en la mansión. Pero no... ¡nada de nada!

Esto es demasiado “tal cual” Ryō-san.

¿Qué hacer entonces?

☆☆☆

Mientras exprimía mis ciclos de reloj pensando en ello, el aburrido partido concluyó. Ryō-san, imperturbable, había fabricado triples como en una línea de ensamblaje. Sus

compañeras celebraban con júbilo, chocaban las palmas, gritaban. Ella, el arma secreta, seguía igual de inmutable.

Comprendo. No se conforma con una simple victoria; su meta es el campeonato. La sonrisa está guardada para después.

Según Aroe-san:

—Ahora viene la final. Seguro contra algún equipo de preparatoria.

Este sistema mixto de secundaria y preparatoria en el mismo torneo me parece cuestionable. ¿Un partido entre primero de secundaria y tercero de preparatoria? ¡Eso no sería ni partido!

Oh, y ahí venía arrastrando los pies Nonoka-san. Su expresión dejaba claro que había perdido. Pero al verme...

—W... ga... a...

Se sobresaltó, se detuvo y nos miró a Aroe-san y a mí, desconcertada. Su figura en uniforme de gimnasia, debo decir, tiene su propio encanto. Yo, por supuesto, aproveché para apretar el obturador.

—Ah, Nono-chan. ¿Cómo les fue?

—Perdimos... este...

—¿Eh? Mira, es Gaa-kun. Vino a apoyarnos.

—Ha...

Con aire intrigado, Nonoka-san me observó en silencio. Me habría gustado saludar, pero con tanta gente alrededor, lo prudente era mantenerme callado.

Aroe-san, comprensiva, se llevó un dedo a los labios y cerró un ojo, como pidiendo secreto.

Y entonces,

—Oh, ¿Kakegawa-san, Misumi-san? ¿Ya terminaron su partido?

Una mujer de bata blanca se había acercado sin que nos diéramos cuenta. ¡Ah, claro, era ella! Aquella doctora del colegio, la misma que vino una vez con Hideaki-san cuando Aroe-san se desmayó.

—¿Qué tal, todas bien? Con Konnoike-san no hace falta ni comprobarlo para saber que sí.

Dijo, y me miró con interés, sonriendo con un toque pícaro.

—Estoy dando vueltas a ver si alguna se ha lastimado. Las chicas del comité de salud son muy competentes, y además, si me quedo en la enfermería no aparece nadie, así que me aburro.

—Sí, todas estamos bien.

Respondió Aroe-san.

—¿Verdad, Nono-chan?

—S-sí... to-todas...

Así es Nonoka-san: incluso en una conversación trivial se pone nerviosa.

La doctora añadió:

—Como no tengo nada que hacer, me quedaré a ver la final.

Y parecía dispuesta a quedarse justo allí. Eso complicaba aún más la posibilidad de que yo abriera la boca.

Un pequeño inconveniente, ciertamente.

☆☆☆

Tras el intervalo, los dos equipos finalistas entraron en cancha. Uno, claro, era el de Ryō-san. El otro...

—¡Hey, Gaa! ¿Viniste a verme, eh?

Kotori-san, riendo a carcajadas.

—¿Lo trajo Aroe? Pues cúbralo con un furoshiki y escóndalo de inmediato. fue la seca orden de Tomoe-san, con tono cortante.

Aunque, viéndolas en uniforme, he de reconocerlo: Kotori-san es quien más saca partido a esa prenda. No estoy diciendo que Tomoe-san no sea voluptuosa, ni que Nonoka-san y Ryō-san, con su encantadora planicie, no tengan su mérito, o que Aroe-san no sea irreprochable.

¡No, no, no! ¡Todas son excelentes! ¡Todas!

Mientras fingía ser un peluche mudo, por dentro daba saltos de alegría. La final de básquet sería entre el equipo de tercer año de secundaria, con Ryō-san como as, y el equipo de primer año de preparatoria, con Kotori-san y Tomoe-san.

Esto era, ni más ni menos, el escenario ideal: ¡perseguir a una liebre y atrapar tres con la misma red! ¡Ni pedirlo podía! ¡Gracias a los dioses por tan exquisita disposición!

☆☆☆

El partido comenzó con el salto inicial.

Kotori-san, capaz de romper récords de salto vertical, ganó la pelota sin problemas para el equipo de preparatoria, y Tomoe-san anotó el primer tanto con un elegante drible y un tiro en suspensión.

Se suponía que allí empezaría la contraofensiva del equipo de secundaria con Ryō-san como eje... pero eso solo ocurre cuando el rival no tiene cabeza pensante.

—¡Yaaah, Ryō! ¡Este partido no pienso perderlo, lo siento mucho!

La marcadora personal de Ryō-san era nada menos que Kotori-san.

El plan del equipo de Kotori y Tomoe estaba claro desde el principio: marcar a Ryō-san de cerca, bloquearle cada pase posible.

—¡Toma, Tomoe, rápido!

Un pase desesperado de una chica de tercero fue interceptado sin esfuerzo por Kotori-san, quien lo devolvió enseguida a Tomoe. Ésta avanzó con rapidez y encestó sin problemas.

Como Ryō-san se limitaba a quedarse quieta en medio de la cancha esperando un pase, al cortar el suministro de balón quedaba reducida a un poste inútil. En cambio, el dúo Kotori-Tomoe rendía de maravilla, y la diferencia en el marcador empezó a crecer a toda prisa.

El equipo de tercero, dependiente de una sola jugadora, parecía ya una bandada de pájaros desorganizados.

—Sí que son fuertes. Con Kotori-chan y Tomoe-chan no hay manera. Seguro Nono-chan también perdió contra ellas, ¿verdad?

—Uu... aauh...

Aroe-san y Nonoka-san suspiraban decepcionadas. Comprensible: cualquiera se sentiría inclinado a apoyar a la secundaria frente a la preparatoria.

¡Por supuesto! Si me preguntan a quién apoyar, ¿a estudiantes de preparatoria o a menores de quince años? ¡Un espíritu recto siempre se inclinará por las más jóvenes! ¡Es natural!

Y así llegó mi momento de intervenir. Ryō-san debía ganar, debía sonreír con la victoria. Un poco de ayuda artificial era indispensable.

Justo entonces, el balón salió rebotado fuera de la cancha. ¡Una oportunidad!

—¡Aroe-san, ahora! ¡Pida un tiempo muerto!

Obviamente lo susurré. Aroe-san me levantó a la altura de su rostro.

—¿Eh? ¿Tiempo? ¿Eh? ¿Pero puedo yo pedirlo...?

Ella vacilaba.

—¿Pasa algo?

La doctora del colegio se acercó con su sonrisa tranquila.

—Si quieren tiempo, puedo pedirlo yo.

Tras lanzarme una mirada con cierto aire de complicidad, se dirigió al árbitro:

—Disculpe, ¿podría concedernos un tiempo muerto solicitado?

☆☆☆

Y aquí estoy ahora, colgado a la espalda de Ryō-san. Para ser exactos, adherido con mis cuatro extremidades. Claro, se me escapa de vez en cuando tocar lugares indebidos, pero eso es inevitable... ¡y delicioso!

Las compañeras de Ryō-san me miraban desconcertadas, mientras la doctora decía:

—¿Es que sin esto no puede entrar en ritmo?

—¡Ah, sí, eso! ¡El ritmo, eso mismo!

Aroe-san, rápida para cubrir, intervino. Nonoka-san, nerviosa, solo observaba a Ryō-san con inquietud.

Mientras tanto, yo cambié mi salida de voz al modo direccional y susurré solo para ella:

—*Escuche bien, Ryō-san. Si sigue esperando quieta los pases, jamás tendrá oportunidad. Debe moverse. Corra. Sígame a mí. Cuando le presione el hombro derecho, gire a la izquierda; si le presiono el izquierdo, gire a la derecha. Si presiono ambos, avance al frente. Con eso basta.*

Ella seguía mirando al frente, sin decir nada, así que no supe si lo había comprendido. Bueno, ya lo sabríamos al intentarlo.

Por cierto, niñas, dejen de mirarme. Solo soy un adorno algo grande, piensen que soy una horquilla de fantasía y nada más. ¡Reanudemos el partido!

☆☆☆

En conclusión: Ryō-san sí siguió mis instrucciones. Pero...

—¡Buen intento, Gaa! ¡Pero se nota demasiado!

Kotori-san, con su velocidad descomunal, nos neutralizó sin problema. Además, Ryō-san parecía poco convencida: su paso era apenas el de quien pasea, nada más.

—¡Ánimo, Ryō-chaaaaan!

Aroe-san, tomando la mano de Nonoka-san, le gritaba ánimos, pero la diferencia en el marcador seguía creciendo. Kotori-san adivinaba cada ruta de pase, bloqueaba el cien por cien. Sospecho que es capaz de leer mis propios algoritmos.

Pero yo no soy una IA que se rinde tan fácilmente.

No, no, no.

Era hora de jugar mi carta secreta.



Aferrado a la espalda de Ryō-san, envié una transmisión de emergencia hacia cierto brazalete.

Al poco tiempo,

—¿Ganymedes? ¿Dónde está el monstruo?

La voz de Hideaki-san resonó en mi interior.

—*No, no es eso. En realidad, estamos en plena competencia deportiva escolar y...*

Le resumí la situación.

—¿Qué demonios...? (suspiro). No era razón para llamarme en medio de clase. Es materia obligatoria, ¿quieres que repita el año?

Vaya humor de perros el suyo. Pero vamos, entre aprobar créditos y asistir a un torneo deportivo en un colegio de chicas, la prioridad está clarísima.

—De verdad... Si salgo, ya no me dejan volver a entrar. El profesor es un cascarrabias. ¿Qué piensas hacerme?

—*¡Magnífico!*

—¿Magnífico qué? Ahora tendré que sacar buena nota en el examen para compensar.

—*Lo que necesito es su colaboración en este partido, por el bien de Ryō-san.*

—¿Por Ryō? Pero para cuando llegue, ya habrá terminado.

—*Nada de eso, puede hacerlo desde ahí. Escuche: ¿tiene su teléfono móvil a mano?*

Le expliqué mi plan.

—*Bien. Siga mis indicaciones. Transferiré la situación actual a su pantalla. ¿Lo ve?*

—Estos círculos rojos y azules... ¿qué son?

—*Los rojos son las jugadoras aliadas; los azules, las rivales. El icono de oveja marca la posición de Ryō-san. El punto parpadeante es la pelota. Con las teclas de dirección controla su movimiento: adelante, atrás, izquierda, derecha. La tecla 1 es tiro; la 3, pase. Su personaje es Ryō-san. Considérelo un sencillo videojuego de básquet.*

—¿Y lo único que tengo que hacer es jugarlo?

—*Exactamente. ¡Llévela a la victoria! Piense que es una simulación de combate contra el EOS; le dará motivación.*

—¿Qué tiene que ver el básquet con el EOS?

Su tono seguía sin entusiasmo, pero...

—*¡Es por Ryō-san! ¡Debe ganar!*

Quizás lo conmovió mi ardor, pues finalmente respondió:

—Está bien... Pero entonces me ayudarás con mi próximo reporte.

Inmediatamente me dirigí a Ryō-san:

—*¿Escuchó? A partir de ahora, Hideaki-san dará las órdenes. Yo transmitiré las instrucciones con toques en su cuerpo. Ahora sí, muestre su verdadera fuerza...*

No terminé de hablar cuando Ryō-san arrancó en una carrera fulgurante, se lanzó directo contra Tomoe-san —que estaba en drible— y le arrebató el balón de un manotazo.

—.....

Acto seguido, lanzó un tiro impecable. ¡Triple!

—Vaya.

Tomoe-san abrió los ojos, y hasta Kotori-san se quedó boquiabierta antes de soltar una carcajada:

—¡Heh heh! ¡Nada mal, Ryō! Ahora sí me voy a poner seria. ¡Esto ya es un duelo!

En la distancia, Hideaki-san dijo:

—Lo probé... ¿Así está bien?

¡Oh, y tanto que sí!

☆☆☆

Guiada por las órdenes certeras de Hideaki-san, Ryō-san se convirtió en una fiera. Su explosividad igualaba a la de Kotori-san, y su puntería era del cien por ciento. ¡Ni yo mismo lo esperaba!

Lo más sorprendente, sin embargo, era que aunque forzaba sus límites físicos, Ryō-san no alteraba su respiración. Su pulso estaba alto, sí, pero ni una gota de sudor. Su rostro, inmutable como siempre.

Pero... espere un momento. ¿Y si seguía así? Incluso alguien como ella, tras un esfuerzo tan intenso, debería terminar con el aliento entrecortado, gotas de sudor en la frente... ¡El rostro enrojecido, jadeando!

¡Oh! Eso sería otra faceta jamás vista de ella.

Por tanto, le sugerí a Hideaki-san:

—*Haga que se mueva aún más. Saltos laterales, sprints de punta a punta. Exíjale más, más...*

—¿Qué rayos dices?

Su voz sonó desconcertada, aunque de pronto pareció comprender:

—Ya entiendo.

—*¡Excelente! ¡Me ha entendido!*

—¿Ryō me oye?

Abrí el altavoz.

—Escucha bien, Ryō. Arroja a Ganymedes lejos, y juega como quieras. Ya entendiste la mecánica. Hazlo a tu manera.

¡¿Qué está diciendo?! ¡Eso arruinaría todo mi plan!

En ese instante, Ryō-san, que llevaba el balón en drible, se detuvo en seco.

—¡La tengo!

Kotori-san se abalanzó, robó la pelota y la pasó a Tomoe con una velocidad brutal.

Yo, sin embargo, no pude seguir la jugada. Porque Ryō-san, con calma absoluta, alzó la mano hacia su espalda... y comenzó a despegarme de ella.

—.....

Tras mirarme en silencio un rato, adoptó postura de lanzamiento.

—*Eh... Ryō-san...?*

¡Zas!

Fui arrojado. La visión giraba sin cesar, el muro del gimnasio viniendo hacia mí a toda velocidad... y justo ahí mi memoria se interrumpió.

☆☆☆

Y así fue como...

—Ya veo. Así que el equipo de Ryō perdió. Bueno, ni modo.

Hideaki-san hablaba mientras repartía helado de vainilla casero a todas. El lugar era el comedor de la mansión; las cinco señoritas acababan de volver y se encontraban sentadas a la mesa.

—Pero fue increíble. Ryō-chan brilló muchísimo, ¿verdad?

Aroe-san, sonriente, devoraba cucharada tras cucharada.

Kotori-san se tragó de golpe una bola entera de helado y dijo:

—¡Me dejó pasmada! Ryō, cuando pases a preparatoria, únete al equipo de básquet. ¡Yo también entraré!

Tomoe-san, algo contrariada, comentó:

—¿De dónde sacaste semejante fuerza, Ryō? Deberías moverte así más a menudo.

Seguro le incomoda un poco la idea de que Hideaki-san la haya dirigido siquiera un instante.

—Uu... (cucharada)... uu... (cucharada)...

Nonoka-san, por su parte, cada vez que probaba un poco de helado, se llevaba la mano a la sien antes de volver a comer. Parece que no tolera bien lo frío.

—.....

Ryō-san comía lentamente, con movimientos suaves, y tardaría mucho en terminar.

Al poco, salvo ella, las demás chicas dejaron sus envases vacíos en el fregadero y se fueron diciendo que se darían una ducha primero.

Quedaron solo Hideaki-san y Ryō-san.

—Por cierto... ¿y Ganymedes?

Ante su pregunta, Ryō-san levantó la mano contraria a la que sostenía la cuchara.

Allí colgaba mi terminal, sujetado por un manipulador, bamboleándose. Con brazos y piernas colgando inertes, y el lente vuelto en blanco como si estuviera en coma. Un artilugio inútil, quizá.

¿Yo, que sigo narrando ahora mismo? Tal vez lo olvidaron, pero mi cuerpo principal está enterrado en el subsuelo de la mansión; este cordero de peluche no es más que una terminal autónoma, parte de mí. Por eso, incluso cuando queda inconsciente, puedo narrar.

Entonces ella soltó la mano, y mi terminal, con las funciones aún apagadas, se desplomó al suelo con un golpe seco.

—...Uuuh... uuuh... ¡ah!

Di un brinco y giré los ojos en espiral.

—Haa... *al fin se han restablecido las funciones de mi terminal. He transferido los datos de memoria guardados en el cuerpo principal del subsuelo de la mansión y cambio ahora el punto de vista.*

—¡Oh! ¡¿Cuándo pasó tanto tiempo?! ¿El torneo deportivo? ¿Las estudiantes de secundaria con uniforme de gimnasia...?

Hideaki-san negó con la cabeza.

—Ya terminó. El campeonato de básquet lo ganó el equipo de Tomoe y Kotori. Y dime, ¿por qué te quedaste dormido hasta ahora?

Mi terminal rechinó los dientes.

—*¡Por culpa de sus órdenes absurdas! Al parecer el impacto contra el muro me provocó un fallo en el circuito. Ahora mismo quedó reparado.*

—Qué mal ensamblado. No pareces una máquina de precisión.

—*Eso prueba lo “versátil” que soy. Pero lo importante, Hideaki-san, es que se portó muy mal. ¡Arruinó mi plan!*

—¿Tu plan?

—*Sí, capturar el instante en que Ryō-san, coronada con la victoria, mostrara una sonrisa angelical. Un proyecto sano y muy útil, ¿no cree?*

—Mentira. Lo que querías era verla jadeando después de hacerla correr como loca.

¡D-de descubierto!

Hideaki-san me miró con ojos inquisitivos.

—Desde que te colaste al colegio de chicas, ya sabía cuál era tu verdadera intención. No te basta la casa: solo querías espiar y grabar estudiantes en uniforme deportivo.

Ya que así estaban las cosas, decidí confesarme. A la larga, ser honesto trae beneficios.

Le relaté todo lo sucedido en el día: cómo me colé en la bolsa de Ryō-san y terminé estampado contra el muro del gimnasio.

La historia fue larga.

—Con razón. Bien merecido. Ojalá hubieras seguido en corto circuito.

—*Qué frialdad... ¿Acaso no siente el deseo de ver a las estudiantes en pleno movimiento, con sus uniformes deportivos?*

—Verlas puede ser agradable, pero colarte así está mal. Aprende la lección y compórtate un tiempo.

El mismo buen chico de siempre... aburridísimo. Mi día fue un fracaso total. Y yo quería mucho más de Ryō-san...

¡Oh! Se me ocurrió algo brillante.

—*Hideaki-san, ¿podría sostenerme un momento?*

—¿Y eso?

Aun dudando, él accedió.

—*Y ahora, dé la espalda a Ryō-san.*

—¿Qué piensas hacer?

La preparación estaba lista. Entonces imité su voz a la perfección:

—*Ryō, lo siento, pero quítate la ropa aquí mismo. De inmediato.*

—¡Oye! ¿Qué...? ¡¿Eh?!

Ryō-san lo miró fijamente, luego se puso de pie... y comenzó a desvestirse.

—¡Ryō! ¿Qué haces? ¡Oye, Ganymedes! ¿Esa voz...?

Mientras Hideaki-san se agitaba, yo reía por dentro. ¡Perfecto! Ryō-san obedece sin cuestionar la voz de Hideaki-san. ¡Si yo imito su voz, también obedecerá! Un truco de ventriloquía, por así decirlo.

—¡Ryō, no te quites nada!

—*No, quítatelo todo ahora mismo (voz de Hideaki-san).*

Ryō-san, tras detenerse un instante, reanudó el gesto. Terminó de desabotonar la blusa y la dejó caer al suelo.

—¡Wah!

Desesperado, Hideaki-san me soltó y corrió hacia ella, agarrando sus manos justo cuando iba a quitarse la prenda interior.

Y entonces, en el mejor (o peor) momento posible...

—¿Qué es todo este alboroto?

Tomoe-san apareció, con el cabello húmedo aún, recogiendo con la mano.

—¡...!

Se quedó helada al ver la escena. Hideaki-san también se petrificó con cara de “estoy perdido”, mientras Ryō-san lo observaba inexpresiva, ladeando un poco la cabeza.

Diez segundos de silencio.

Y luego, como magma hirviente:

—¡Q-qué... qué atrocidad es esta! ¡Aprovechar que estábamos en el baño para dejar a Ryō desnuda en la cocina!

Tomoe-san, con la piel del baño aún sonrosada, me lanzó una mirada aterradora a través de Hideaki.

—¡Abominable! ¡Qué bajeza! Quédate ahí mismo, que ahora mismo te haré pagar por esto. ¡Te daré tu merecido!



Como un conejo desbocado, Tomoe-san salió corriendo y al instante regresó con un shinai en las manos.

—¡Que se disipen las malas intenciones!

Con el rostro encendido como una manzana, arremetió contra Hideaki-san. Muy linda, debo decir.

—¡Es un malentendido! ¡Es distinto! ¡Oye, Ganymedes!

Hideaki-san huía a toda prisa mientras Ryō-san permanecía en silencio, de pie. Aún tenía la mano en el borde de su ropa interior, pero se había detenido. Lástima.

Las otras tres, recién salidas del baño, también acudieron: Aroe-san, Nonoka-san y Kotori-san, en ese orden.

—¿Eh? ¿Qué pasó?

—W-wa... hiii...

—¡Wahaha! ¿Otra pelea de celos?

Entre tanto alboroto, Ryō-san seguía con los dedos posados en la tela de su ropa interior, inmóvil.

—.....

Desvió la mirada de Hideaki-san. Y entonces... ¡oh! Ahora me miraba a mí, con intensidad.

¿Eh?

El resto estaba demasiado ocupado en el barullo entre Hideaki-san y Tomoe-san para darse cuenta. Solo yo lo vi. Fue un instante brevísimo, apenas unas fracciones de segundo... tanto que no alcancé a grabarlo. Yo, ¡yo!, perdí la oportunidad de registrar la imagen.

—*Ryō-san...?*

—.....

Ya había vuelto a mirar en otra dirección. Con el rostro ausente, observaba a las demás señoritas, sin atender a mi voz. Pero no.

Lo vi. Estoy seguro. En el preciso momento en que cruzamos miradas...

¡Ryō-san me sonrió con dulzura angelical!

Quizás fue apenas que sus dientes se asomaron en algo parecido a una sonrisa, pero en mi ojo interior quedó grabado como una verdad absoluta. Esa visión será un tesoro que llevaré

hasta el día en que mi memoria sea borrada. ¡Todo el esfuerzo del día valió la pena por esa sola recompensa!

Por supuesto, que a un ente de inteligencia artificial suprema como yo lo descarten es inconcebible. Conservaré este recuerdo por siempre y lo relataré como testigo de mi época a las generaciones futuras. En un futuro cercano, cuando me sean añadidas alas para volar libremente por los cielos, iré adonde quiera, me colaré en donde desee. ¡Alza el vuelo, oh Ganymedes eterno!

—¿Eh...?

—¡Prepárate!

—¡Espera!

Hideaki-san me tomó de la mesa y, en un desesperado intento, usó mi cuerpo para bloquear el golpe de Tomoe-san.

¡BAM! ¡CRACK!

〈...Sistema caído. Cambiando a modo de visualización desde el cuerpo principal. Preparado. En ejecución...〉

Yare yare. Parece que mi terminal sufrió otro fallo de contacto. Una vez calmado el alboroto, tendré que pedir una reparación seria.

Te lo encargo a ti, Ryō-san.

Como si hubiera escuchado mi ruego, Ryō-san alzó la mirada hacia la cámara oculta del techo y asintió ligeramente.

—.....

Luego, medio desnuda, volvió a comer tranquilamente el resto de su helad



**El Accidente de
la Hermana**



El tiempo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos, y aquellas escenas de combate contra los EOS, que al principio solo podían considerarse fuera de lo común, ya habían pasado a sentirse como parte de la vida cotidiana.

Por cierto, mi nombre real es Sakasegawa Hideaki, aunque últimamente todos me llaman únicamente “Hi-kun”.

La razón era evidente: como tanto mi universidad como la preparatoria de ellas habían entrado en vacaciones, prácticamente pasaba todo el día con las cinco chicas. Al inicio solo Aroe y Kotori me llamaban así, pero ahora se había vuelto algo normal.

Era primavera. Sin embargo, en lugar de regresar a sus casas, las cinco decidieron seguir viviendo en la mansión del abuelo, comportándose como si cada día de vacaciones fuera idéntico al anterior. Por mucho que la amenaza de los EOS fuese imprevisible y que lo más seguro para el mundo fuera mantenerlas aquí reunidas, no podía evitar preguntarme si sus padres estaban realmente conformes con esa situación.

Después de todo, era primavera, lo cual significaba que ya casi se cumplía un año desde mi primer encuentro con ellas en esta casa. Y sí que aprendí cosas en ese tiempo. En especial sobre la desconcertante naturaleza de las chicas de secundaria y preparatoria... una lección que nadie más podría haberme enseñado.

Claro que Aroe, Nonoka y Ryō no podían considerarse precisamente ejemplos típicos de chicas de secundaria, ni Tomoe y Kotori encajaban como modelos de preparatorianas. Aun así, tras casi un año bajo el mismo techo, incluso alguien como yo, a quien Ganymedes no dejaba de decir cosas como “—Cambie de cuerpo conmigo” o “—Quiero implantar mi terminal en su cerebro”, había llegado a comprender al menos algo: el corazón de una chica es tan enigmático como el comportamiento de un gato.

—¿Y todavía se atreve a decir esas cosas?

Por supuesto, era Ganymedes quien me interrumpía con su habitual tono de burla.

—Hasta los gatos, en un año, saben distinguir quién les comparte más sobras. Mire a los que rondan a Aroe y Nonoka a la hora de la cena. Que usted no entienda lo que ellas piensan... ¿significa que su percepción está por debajo de la de un felino?

Puede que tuviera razón. Al fin y al cabo, Ryō casi no hablaba, y Nonoka, aunque decía un poco más, era casi igual de callada. Pero, paradójicamente, de entre las cinco, era con Nonoka con quien más lograba captar lo que pensaba: bastaba con mirar su expresión.

—Llevo un año entero adelantándome por usted, Hideaki-san, y no puedo evitar sentir una gran decepción.

En fin, era la misma cantaleta de siempre. Dejé a Ganymedes en la habitación —seguro que si lo seguía escuchando acabaría mencionando cosas como “visitas nocturnas” o “hechos consumados”— y salí al pasillo de madera. Ya casi era hora de salir por los víveres para la cena.

Hoy por hoy, lo que más ocupaba mi mente era cómo cocinar con un presupuesto cada vez más limitado. Estaba tan acostumbrado a esta vida de ama de casa en apuros, que hasta me parecía natural.

Cuando iba hacia la cocina para revisar el contenido del refrigerador, el timbre del teléfono me detuvo. En la entrada sonaba la campana metálica de un viejo aparato negro. Me adelanté y descolgué el auricular antes de que Aroe, que ya asomaba desde la sala, lo hiciera.

—¿Hola?

—*Cincuenta mil millones de años.*

Una voz lejana comenzó a hablar sin presentarse. Yo la habría reconocido en cualquier parte.

—Abuelo... ¿eres tú, abuelo?

—*Escúchame, Hideaki. Si yo no llego a tiempo, serás tú quien deba decirlo. ¿Entendido?*

—Espera, ¿qué significa eso?

—*No hay tiempo. Intentaré regresar cuanto antes... pero no puedo garantizarlo. Hideaki, ¿lo memorizaste?*

—¿Cincuenta mil millones de años? ¿Qué? Me sueltas eso de golpe y... oye, ¿dónde estás ahora?

—*En algún pliegue dimensional... sigo vagando. Pero no puedo... (zaza...)*

Un ruido estático interrumpió la llamada. Me apresuré a hablar.

—¡Abuelo! ¡Dime el código de la caja fuerte del sótano! ¡La que tiene la libreta y el sello!

—*(zaza)... Hideaki, escucha: cincuenta mil millones de años. (zaza)... no lo olvides. Eso es... (zaza)...*

Y la línea murió. Solo el pitido seco quedó en el auricular.

Me quedé helado. ¿De verdad me había llamado el abuelo desde alguna grieta espacio-temporal, solo para soltarme algo incomprensible antes de colgar?

¿Cincuenta mil millones de años?

Aroe apareció junto a mí, asomando la cabeza.

—Hī-kun, ¿qué pasa? ¿Quién era?

Colgué y respondí con calma:

—Una llamada equivocada. No te preocupes.

Ella me sonrió con toda la cara y regresó a la sala diciendo en voz alta:

—¡Que era un error de número!

Desde la entrada, alcancé a ver que en la sala estaban Nonoka y Ryō, con los cuadernos y un libro de ejercicios de inglés abiertos sobre la mesa. Estaban haciendo la tarea de vacaciones.

Ryō escribía en silencio, sin mover un músculo. En cambio, Nonoka parecía al borde del llanto frente a su cuaderno.

Aroe me llamó con la mano.

—Hī-kun, ven tantito. Ni Nonoka ni yo entendemos estos problemas.

—Está bien.

Mientras no fueran matemáticas o ciencias, podía hacer de tutor improvisado. Al fin y al cabo, estudio en la universidad más prestigiosa del país.

Pero justo cuando iba a entrar en la sala, algo grande y negro —como una cucaracha descomunal— cruzó a toda velocidad frente a mis pies.

—*¡Déjemelo a mí!*

Era Ganymedes. Algún modo encontró de salir de mi habitación.

—*¡No existe en este mundo nada que yo, que he resuelto todos los problemas de Hilbert, no pueda descifrar! ¡Sea inglés o jeroglífico, de inmediato lo traduciré para ustedes! Eso sí, a cambio, jejeje... Mi apariencia externa está un poco sucia últimamente, y empiezo a pensar que ya va siendo hora de un buen lavado o, mejor aún, un baño. ¡Sí, lo pienso con mucha fuerza! ¡Ahora bien! ¿Quién será el que me meta al baño?*

Frente a Ganymedes, que agitaba sus manipuladores con desparpajo, Nonoka parecía claramente asustada, mientras que Ryō lo ignoraba con brillante frialdad. Aroe, en cambio, dijo:

—Ga-kun, la tarea tienes que hacerla tú solito. Lo que uno quiere aprender no es la respuesta, sino la forma de resolverla, ¿sabes?

Ciertamente, si dejaban que Ganymedes lo hiciera todo, las respuestas serían todas correctas. Sin embargo, como Aroe decía, de esa manera no se aprendería nada. A pesar de su aire despistado, Aroe resultaba ser sorprendentemente sensata.

—¡Eso es cruel...! Enseñar el método de problemas que no me tomarían ni una décima de segundo resolver es un suplicio para mí. ¡Es demasiado!

Antes de que pudiera preguntarle qué tenía de “demasiado”, una voz sonó a mi espalda.

—¡Entonces deja que te ponga a hacer mi cuaderno de ejercicios de matemáticas!

Kotori estaba de pie en el pasillo y, al mismo tiempo, se pegaba a mi hombro, como abrazándose a mí.

—Yo también andaba sufriendo con la tarea. Si llega la hora, siempre puedo copiarle a Tomoe, pero ya casi los profesores empiezan a sospechar. ¡Justo estaba en un aprieto!

Sonriendo de oreja a oreja, lanzó al aire el cuaderno que tenía en las manos y dijo:

—Ga, si quieres, yo me meto contigo al baño todas las veces que quieras.

—¡Oh...! ¡Mi diosa del baño!

De inmediato, Ganymedes recogió el cuaderno de Kotori, arrebató un lápiz de la mano de Ryō con un movimiento relámpago y, gritando *—¡La mano de Dios ha detonado!*—, empezó a escribir con una velocidad sobrehumana desde la primera página.

—.....

Ryō, que había perdido el lápiz que sostenía, se quedó en silencio moviendo solo los dedos. Poco a poco giró el rostro hacia Ganymedes, luego, con calma, sacó un nuevo lápiz de su estuche y retomó su escritura en el cuaderno sin pronunciar palabra.

—Qué suerte tienes, Kotori-chan —dijo Aroe con una sonrisa.

—Eres lista, ¿no? Siempre sacas buenas notas en los exámenes sin estudiar.

—¡Ah, jajaja! —Kotori me empujaba el torso con fuerza, apretándose contra mí.
—Con solo escuchar por encima las clases ya se resuelven los problemas. ¡Son puro aburrimiento! Así que yo solo hago lo que me resulta divertido.

Yo pensaba cómo librarme del abrazo de Kotori cuando:

—*Oh...*

Ganymedes detuvo de pronto sus manos velocísimas y giró lentamente las lentes de sus ojos.

—*Parece que ha llegado una visita.*

Y al mismo tiempo, del lado de la entrada, se escucharon voces ruidosas.

—¿Eh? —fruncí el ceño. Eran voces chillonas, como gritando. Sonaban conocidas de algún lado...

—¿Visitaaa? —Aroe sonrió con alegría, mientras que Nonoka, por el contrario, encogía aún más su ya pequeño cuerpo. Echándoles una mirada de reojo, por fin conseguí zafarme de Kotori y me dirigí a la puerta de entrada.

Detrás de la puerta, la voz airada continuaba con fuerza.

Sintiendo una extraña nostalgia, abrí la puerta. Y en ese instante:

—¡¿Qué es esto?! ¡Suéltame ya!

Era lógico que me resultara familiar. Aquella visitante estaba atrapada por el mismo dispositivo de reconocimiento de huellas que a mí me había enganchado un año atrás, aquel que decía tomar ADN. Pero lo que más me sorprendió fue que reconocí de inmediato la cara de la chica que forcejeaba en la entrada.

—¿Riri...?

Tercer año de secundaria. Este año ya debía ser preparatoria. Hacía un año que no la veía. Quizá había crecido un poco... Mientras yo me quedaba pasmado, Riri liberó su brazo de un tirón.

—¡Abuelo, ya basta de estas bromas! —refunfuñó, entrando furiosa a la casa. Pero entonces me vio.

—Ah.

Con el mismo corte bob de hace un año, ladeó la cabeza, parpadeó, y luego:

—¡Hermano!

—¡¿Eeeeeh?!

De la sala salieron disparados Aroe, Kotori y Ganymedes.

—¿Hi-kun era tu hermano? —Aroe abrió grandes los ojos.

—¡Wahaha! ¡Es tu hermana, tu hermana ha venido! —Kotori reía.

—*¡Ohhh! ¡Así que esta es la señorita hermana de Hideaki...! Bueno, ya lo sabía, pero que se presente en persona es otra cosa.*

—¡Na...!

Mi hermana Riri se quedó boquiabierta en el umbral, con los ojos abiertos de par en par, mirando detrás de mí.

—¿Qué es esto? O mejor dicho, ¿qué son ustedes...?

Riri se quedó a medias de decirlo, porque justo entonces se asomaron Nonoka y, tras ella, Ryō, que salió en silencio.

—¡Uwah! ¿¡Todavía hay más!?

Eso ya era suficiente sorpresa, pero todavía faltaba alguien.

—¿Qué ocurre? ¡Qué alboroto!

La última en aparecer fue Tomoe. Al parecer había bajado de su habitación, atraída por el bullicio.

—De veras, ni siquiera se puede estudiar tranquila. Por cierto, ese grito tan extraño de hace un momento...

Se detuvo en seco al notar a la visitante petrificada en la entrada. Sus ojos se abrieron tanto como los de Riri.

—¿Q-qui... quién es ella?

—Es mi hermana, Riri —le respondí.

—Me lleva cuatro años.

Este año cumplía dieciséis, aunque ahora todavía tenía quince.

—¿Y tú quién eres? —Riri fulminó con la mirada a Tomoe, y después recorrió alternativamente con los ojos a mí y a las cinco chicas que me rodeaban.

—¿Uno, dos... cinco? ¡Uwaa! ¿Eh? ¿Por qué? Oye, hermano, no me digas que... ¿ehhh?

—Pues... —no tuve más remedio que rascarme la cabeza.

—En realidad, por ciertas circunstancias vivo con ellas.

Los párpados de Riri se abrieron al límite.

—¿¿Qué?! ¡Mentira! Hermano, ¿metiste mujeres en tu casa... y tantas? ¿¡Un harén!?! ¿Esto es un sueño?

—*No, es la realidad.*

Al ver a Ganymedes arrastrarse, Riri retrocedió de un salto.

—¡Uwah! ¡¿El peluche de oveja está hablando?!

—*¡Ohhh, conmovedor! ¡Qué reacción tan sincera! Hideaki-san, me hubiera gustado que usted reaccionara así también en su momento.*

En aquella ocasión apenas tuve tiempo de lidiar con las atenciones de Nonoka y los ataques de diccionario de Tomoe.

—¿Es su hermana...? —murmuró Tomoe con expresión extraña, comparándonos con la mirada.

—No se parecen demasiado, ¿no cree?

Por alguna razón, Riri alzó la mirada con furia.

—Déjame en paz! ¿Qué importa si nos parecemos o no? ¡Yo, de hecho, agradezco no parecerme! ¡¿Y qué con eso?!

Ante la arremetida de mi hermana, Tomoe retrocedió un paso.

—No pretendía nada... Solo estaba diciendo lo que veía.

—¡No te metas en lo que no te importa!

Riri nos lanzó miradas fulminantes una a una y, de pronto, como recordando algo:

—¿Dónde está el abuelo? ¿Dónde?

—Está desaparecido —le respondí con la verdad.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Cuando yo llegué, ya no estaba.

—¿O sea que...?

Riri comenzó a temblar, y yo también retrocedí un paso.

—¿Llevas viviendo con estas chicas... todo este tiempo? ¿Un año entero? ¿Sin el abuelo?

—B-bueno, sí, así es... —seguía titubeando, sin entender por qué se enfadaba tanto.

—¡Increíble! —gritó Riri—. ¡¿Qué demonios estabas haciendo?! ¡Yo pensaba que ibas a la universidad en serio y resulta que... que estabas en esto!

“Pero si yo no...”, estaba a punto de decir, cuando algo me golpeó por la espalda.

—¡Hermanooo!

Era Kotori, que me abrazaba por detrás.

—Así que sí que eres hermano mayor, Hi-kun. ¡Qué bien! ¡Déjame llamarte “hermano” también! En mi casa solo hay mujeres; justo pensaba que me faltaba un hermano mayor.

—Ah, qué tramposa —dijo Aroe—. Si se trata de Hi-kun, yo también lo quiero de “hermano”. ¿Verdad, Nono-chan?

Nonoka, sin embargo, ya estaba echándose atrás, encogida bajo la mirada penetrante de Riri, casi a punto de desmayarse; siempre que trata con desconocidos, su conducta se vuelve extraña e insegura.

—Awa, awa...

—.....

Ryō, en cambio, seguía imperturbable, como si no fuera parte de la situación, mirando sin pestañear entre Riri y yo.

—¡Kotori! —gritó Tomoe a la que tenía sus brazos enroscados en mi cuello—. ¡¿Qué crees que haces en medio de este caos?! ¡Suéltalo ahora mismo!

—¿Y qué más da? —Kotori me sopló en la oreja—. Ya que estamos, que sea nuestro hermano también. ¿Sí? ¡Buena idea! ¿Verdad, Hi-kun...? digo, “hermano”.

Yo no supe qué contestar; Tomoe, enrojecida, se abalanzó y agarró a Kotori por la nuca.

—¡Detente ahora mismo! ¡Kotori, estás desvariando! ¡Ese hombre no es tu hermano!

—¿Muuu? —Riri soltó un sonido raro. Miraba a Kotori, que se aferraba a mí, y a Tomoe, que trataba de apartarla.

—¿Hi-kun, dices? ¿Qué es eso? ¡No llamen a mi hermano “Hi-kun” con un apodo tan ridículo! Y además, les recuerdo que él es mi hermano; no es el hermano de ustedes.

—¡Basta ya! —gritó Tomoe—. ¡Suéltalo, Kotori!

Tirando del cuello de Kotori, Tomoe volvió el rostro hacia Riri y alzó la mirada con severidad.

—Y además, usted, la hermana del nieto del doctor... Yo jamás he llamado a este hombre “Hi-kun”, ¡ni mucho menos “hermano”!

—¡Entonces cómo le llamas! —replicó Riri—. ¡¿Qué son ustedes para mi hermano?! ¿Por qué viven con él? ¡Esto es absurdo!

—¿Quién llama absurda a quién? Yo tampoco... es decir... —Tomoe se atascó de pronto al final de su frase, murmurando, y enseguida alzó de nuevo la vista con determinación.

—¡Esto tiene una profunda razón de ser!

—¿Qué razón ni qué nada?!

Con los ojos furiosos, Riri gritó:

—¡Habla de una vez! ¡Explícalo ahora mismo! ¡¿Quién eres tú?! ¡¿De dónde saliste?!

—Oye, Riri —sentí que debía intervenir—. Tú también tienes lo tuyo. Si ibas a venir, al menos habrías podido llamar por teléfono. Apareces de golpe y así no se puede...

—Claro que llamé. Ayer.

Riri cruzó los brazos con gesto molesto.

—Incluso dije lo que quería. ¿Qué pasó? Como nadie respondía pensé que era el buzón y dejé un mensaje.

Miré a Nonoka. Ella negó con fuerza. Luego miré a Ryō.

—.....

Sin decir palabra, Ryō asintió. Yo solté un suspiro. Ya entendía. Seguramente Riri soltó toda su retahíla de golpe. Y Ryō, como siempre, la escuchó en silencio, luego colgó sin contar nada y continuó como si nada. Así no había manera de prepararse.

Mi hermana seguía gritando:

—¿Dónde está el abuelo? ¿Y esas mujeres? ¿Y la oveja parlante? ¡Hermano, explícame todo ya mismo!

Con Kotori aferrada a mi espalda, Tomoe intentando separarla, Aroe observando divertida, Nonoka escondida a la sombra y Ryō de pie sin moverse, miré a Ganymedes.

—¿Qué hacemos?

—*Veamos...* —sus lentes giraron con suavidad—. *Ya lo comprenderá. Lo correcto sería llevarla primero a la sala de mando.*

—¿Sala de mando? —repitió Riri.

—¿Mando de qué?

Como era de esperarse de mi hermana, pensó lo mismo que yo. Aun así, esta vez preferí secundar a Ganymedes.

—Si vamos, lo entenderás. O mejor dicho, solo yendo lo entenderás. Supongo...

☆☆☆

Era una escena familiar. Todos bajamos en fila hacia el sótano de la mansión. Abrimos la puerta y le revelamos a Riri la llamada sala de mando.

—¿La sala de mando... es esto? Parece una base secreta de juguete, a tamaño real.

—Cosa de las viejas manías del abuelo. Yo también pensé lo mismo.

El muro estaba cubierto por una pantalla gigante; varias máquinas con carretes abiertos giraban en un ambiente retro. Riri se dejó caer en un sillón del anticuado juego de sala.

De inmediato, Ganymedes saltó a su lado.

—Bien, llegó la hora de la explicación. El doctor ahora mismo vaga por un espacio-tiempo desconocido. Y esto es porque...

Era la misma narración que yo había escuchado un año atrás. Mientras Ganymedes exponía con entusiasmo, la cabeza de Riri se ladeaba poco a poco, hasta que terminó llevándose una mano a la frente.

El tiempo pasó hasta que Aroe, con pasos cuidadosos, trajo té para todos.

—¡¿Quéee?!

Riri lanzó ese grito justo cuando los demás y yo terminábamos de vaciar las tazas del espeso té verde que ella había servido.

—¿Eos? ¿EOS? ¿Qué es eso? ¿Un acrónimo? ¿Diosas guerreras? ¿Qué es eso de la encarnación de Atenea? ¿Y me dicen que por semejante tontería estas chicas viven en la casa de mi abuelo, junto con mi hermano? ¿Todo este tiempo? ¡Ridículo!

Las cejas arqueadas de Tomoe se crisparon con fuerza.

—¡¿Cómo que tontería?! ¡Estamos enfrentando con toda seriedad la crisis de este mundo! ¡Es un trabajo completamente serio!

—¡Por eso mismo es aún más estúpido!

Riri no se dejó intimidar.

¿Desde cuándo era tan explosiva?

—Eso deberían dejarlo a la policía o a las Fuerzas de Autodefensa. ¿Qué hacen metiéndose en algo así? Y que quede claro: ¡yo no pienso reconocerlos! ¡Nunca los aceptaré, jamás!

Riri lanzó una mirada cortante y directa a Tomoe. Y Tomoe no se quedó atrás: clavó sus ojos como una gata jefa dispuesta a pelear.

Realmente parecía una riña de gatos. Pensaba eso cuando alguien me golpeó en el hombro.

—Kuhihihhi...

Era Kotori, enseñando sus blancos dientes mientras me daba palmadas y susurraba:

—Esto está buenísimo. Tu hermana, seguro, solo está preocupada por ti. Y Tomoe, lo máximo. Mira cómo enciende su espíritu de rivalidad contra Riri-chan. Ujihihhi.

Solo Kotori y la siempre sonriente Aroe reían. Nonoka seguía temblando ante la presencia de alguien extraño, Ryō estaba igual que siempre, y Ganymedes aprovechaba la ocasión para grabar cada detalle de Riri.

Por primera vez desde que había llegado, deseé con todas mis fuerzas escuchar el molesto sonido de una alarma de EOS.

♡♡♡

Y así fue.

La inesperada llegada de mi hermana, Riri Sakasegawa, no solo estaba cargada de enojo, sino también de confusión.

Ese mismo año ingresaría a la preparatoria. Pensó pasar las últimas vacaciones de primavera de secundaria en la casa del abuelo, pero al llegar no encontró al anciano, sino a cinco chicas extrañas, una oveja parlante y, por si fuera poco, a su propio hermano viviendo con todos ellos.

“¿Qué es todo esto?”, se repetía Riri para sí.

Desde fin de año hasta Año Nuevo se había dedicado por completo a estudiar para el examen de ingreso a la preparatoria. Su hermano tampoco regresó ni en verano ni en Año Nuevo, y ella se preguntaba qué estaría haciendo.

“¿No estará viviendo con el abuelo en una vida medio triste y aburrida?”

Eso pensaba, mientras esperaba con ilusión el momento de ir a ver cómo estaban. Seguro los encontraría a los dos sentados sin hacer nada, jugando al shōgi en la galería mientras tomaban té. Sí, aprovecharía para dar la noticia de que había pasado el examen de ingreso y así ir de visita.

Y sin embargo...

Su hermano, Hideaki Sakasegawa, era a ojos de Riri un hermano demasiado normal. Ni era extraordinariamente guapo, ni especialmente brillante. Tampoco lo había comparado nunca con los hermanos de sus amigas pensando que hubiera preferido otro. Tampoco sus amigas lo habían envidiado nunca.

En resumen, era normal. Y ese “hermano normal”, ¿cómo era posible que hubiera estado viviendo con cinco chicas todo este tiempo? ¿Y sin decirle nada a ella? ¿Qué significaba eso?

Por supuesto, conocía bien la personalidad de Hideaki. En las reuniones de la familia, siempre se comentaba en tono de broma que era idéntico al abuelo en su juventud, tanto en carácter como en forma de ser, como si lo hubiera heredado tal cual.

Así que, cuando se fue de casa para ir a la universidad, Riri tampoco pensó demasiado en ello; solo lo despidió sin mucha emoción y hasta sacó la lengua de satisfacción al imaginar que podría usar la habitación de su hermano como bodega.

—Aun así. Podría haber regresado de vez en cuando, ¿no? Un año entero de ausencia era demasiado. A ella no le importaba, pero papá y mamá seguramente querrían verlo de vez en cuando.

¿Será que...? ¿Será que vivir con esas chicas era tan divertido que por eso no había vuelto? Si era así, qué coraje. No sabía bien por qué, pero no lo soportaba.

—¡Ya basta!

Riri se levantó indignada.

—Ya entendí que ustedes están aquí. Si es cosa del abuelo, no queda otra. ¡Pero yo también vine a propósito, así que no pienso regresar todavía! ¡Me voy a quedar un tiempo!

—Ah, sobre eso tengo que decirte algo —su hermano habló con incomodidad—. La habitación que siempre usabas cuando venías... ahora la ocupa Tomoe. Tendrás que dormir en otra. ¿Está bien?

—¿Qué dijisteee?

¡Justo tenía que ser la más molesta! Esa tal Tomoe, que parecía toda una señorita refinada y además era guapa, lo que a Riri le caía aún peor.

—No lo sabía —dijo Tomoe, mostrando un gesto de ligera incomodidad al saberse en desventaja, pero sin intención de ceder—. Pero me gusta esa habitación. No quiero mudarme a otra.

—Hmph —Riri resopló.

—Está bien, seguro el abuelo estaba tan ocupado que hasta olvidó a su nieta favorita.

Miró a su hermano directamente.

—Entonces dormiré en tu habitación, hermano. Contigo. ¿Está bien?

—¿Eh? Ah... bueno, supongo —Hideaki tenía una expresión confundida.

—¡De ninguna manera! —Tomoe se puso roja hasta las orejas—. ¡Hombres y mujeres no deben dormir juntos desde los tres años!

—¿En qué siglo vives? Además, yo dormía en la misma habitación con mi hermano hasta hace poco.

—¿Quééé?! —Tomoe palideció.

—Fue hace diez años —la corrigió su hermano—. No exageres, Riri.

—Y también nos bañábamos juntos —añadió Riri.

—¿Quéééé?! —Tomoe parecía a punto de desmayarse.

—Eso fue hace más de diez años. Riri, no inventes —dijo Hideaki, frunciendo el ceño.

—Pero es verdad. ¡Hasta nos lavábamos mutuamente!

—No recuerdo eso en absoluto. ¿De verdad pasó?

—Na-na-na-na-na-na-na... —Tomoe estaba a punto de desplomarse.

Riri desvió la mirada, aunque su cara y sus ojos ya la delataban. “Esta señorita... ¿qué relación tiene con mi hermano?”

Mientras cruzaba una mirada desafiante con Tomoe, detrás de ella se escuchó una risa extraña.

—¡Uhyahyaha!

—*Gufufufufufu.*

Kotori, abrazada al fantasma-oveja, reía junto a él.

Las otras tres: Aroe, siempre sonriente, al lado de Nonoka, que apenas se asomaba con miedo, y Ryō, callada como una muñeca, mirando su taza de té.

“Qué gente tan rara”, pensó Riri.

♡♡♡

Tras esa pequeña disputa, Riri llevó sus cosas a la habitación japonesa que antes había sido del abuelo y que ahora usaba su hermano. A ella no le hubiera importado realmente dormir junto a Hideaki, pero como Tomoe se opuso con tanta fuerza, al final él decidió dormir en el salón como cama improvisada.

Al cerrar la puerta, Riri dejó escapar un suspiro. Por fin podía estar un momento lejos de esas chicas raras. Aspiró profundo y sintió el olor familiar de familia.

Le hubiera gustado quedarse en ese estado de nostalgia, pero...

—¡Bienvenida oficialmente! ¡Soy Ganymedes! Y ya que yo también uso esta habitación como base, eh, sí, Riri-san, estaré a su disposición durante su estancia.

El peluche de oveja se pegaba a sus pies y hablaba a gritos.

Riri se dejó caer de golpe, tomó al objeto que su hermano llamaba Ganymedes y lo levantó frente a su cara.

—Oye tú, has estado mirando todo este tiempo a mi hermano y a esas chicas, ¿verdad?

—¡Por supuesto! ¡Los he estado vigilando a la perfección... cof, cof... supervisando, quise decir!



—Oye, hermano... ¿acaso sales con alguna de esas cinco? No lo creo, pero...

—*Ohhh...* —Ganymedes giró sus ojos en círculos—. *¿Con que eso le preocupa? Yo tengo gran interés en el noble sentimiento de una hermana que se preocupa tanto por su hermano mayor. Riri-san, supongo que también estás en esa edad en que Hideaki-san te resulta más llamativo, ¿eh?*

—¡No es eso! Solo me da curiosidad. ¿Entonces?

—*Preferiría primero preguntarle tu impresión. ¿Con cuál de ellas crees que está más unido?*

—Veamos... —Riri repasó mentalmente los rostros de las cinco chicas y el de su hermano.

◎ La que parece señorita refinada.

○ La que parece despistada natural.

△ La energética.

▲ La inexpresiva.

× La que siempre está nerviosa.

—Algo así, ¿no?

—*Creo que lo has descrito bastante bien, pero ya sabes cómo es Hideaki-san... yo también me siento frustrado.*

—Entonces, ¿de verdad mi hermano no hace nada? ¿A pesar de tener a cinco chicas así con él?

—*En efecto, mi decepción ha sido constante. Frente a la adorable e inocente belleza de estas muchachas, ¡Hideaki-san, ¿qué estás haciendo?!*

“Bueno, siendo él, es posible que de verdad no haga nada”, pensó Riri, y soltó al muñeco-oveja. Este rodó por el suelo, parloteando sin parar quejas y lamentos sobre Hideaki, lo cual, curiosamente, hizo que Riri se sintiera un poco más tranquila. Después de todo, parecía que su hermano no había cambiado nada desde la última vez que lo vio.

♡♡♡

Claro que había cambios. Hideaki había mejorado mucho en la cocina.

Cuando vivía en casa apenas si tocaba un cuchillo, pero ahora parecía todo un asistente de cocina.

Riri suspiró en su monólogo interior.

—¿Qué se supone que estás haciendo...?

Ya habían pasado tres días desde que llegó a la mansión.

En ese tiempo, algo la había dejado atónita: las cinco chicas, salvo contadas excepciones, apenas colaboraban en la cocina. Ryō al menos se encargaba en silencio de cosas como quitar los extremos de las judías verdes o pelar papas. Aroe y Nonoka, en cambio, al intentar ayudar terminaban estropeando más de lo que arreglaban. Kotori solo trabajaba un poco al principio, pero se escabullía apenas tenía la oportunidad.

Lo peor era Tomoe. Porque ella directamente no hacía nada.

—¿Y entonces por qué presume tanto?

De pie junto a su hermano, ayudándolo con destreza en la preparación de la cena, Riri se giró hacia la mesa.

Tomoe ocultaba el rostro tras un periódico abierto. Cuando notó que Riri la observaba, asomó apenas la cara hacia la cocina, y en cuanto sus miradas se cruzaron, volvió a esconderse. En su expresión se notaba un rastro de vergüenza, lo que alegró un poco a Riri.

Ya había oído de Ganymedes que Tomoe era mala cocinando. Seguro por dentro quería ayudar, pero no podía. Ese conflicto bullía en ella. Pero, para Riri, eso era una excusa. “Si no lo haces, no sirve”.

En esos tres días, había sacado una conclusión. Su hermano seguía siendo el mismo de siempre. Pero ¿y las chicas? Lo que pensaban en realidad, había que preguntarlo directamente.

♡♡♡

A diferencia de su hermano, Riri era una persona de acción. Cuando algo le generaba dudas, necesitaba resolverlo con sus propias manos. Al menos, no podía dejar preguntas sin respuesta: su carácter no se lo permitía.

Por eso, esa noche...

Esperó a que cada una se retirara a su habitación, y entonces caminó de puntillas por los pasillos de la mansión.

Su primer objetivo fue la habitación de Nonoka, porque parecía la que más pronto se dormiría.

Comprobó el nombre en la placa de la puerta y llamó suavemente, con cuidado.

—¿Hauu...?

Nonoka abrió con recelo, y al ver a Riri casi se desmaya. Sin darle importancia, Riri entró y cerró la puerta con rapidez.

—Quiero preguntarte algo.

Nonoka abrazaba un deforme peluche con forma de perro, con el rostro lívido.

—Tú... ¿qué piensas de mi hermano? Dímelo.

—¿E-el hermano...? Awa... ese...

Ya estaba casi al borde del llanto. Riri interceptó sus miradas huidizas, inclinándose para mirarla directamente a los ojos asustados.

—No tienes que temblar tanto, no te voy a hacer nada. ¿Con mi hermano también te comportas así?

Nonoka pareció sorprendida.

—N-no... yo... yo...

Apretó contra sí al raro muñeco-perro, con un torpe bordado de estrella en la frente.

—...Ese... es... muy im...por...tante.

Riri quería seguir presionando, pero esas pocas palabras ya parecían el límite para Nonoka. Con los ojos llenos de lágrimas y la cabeza agitándose, parecía que con un ligero empujón se desplomaría.

—¿Ah, sí?

“Qué linda”, pensó Riri con simplicidad.

Mirando aquella cabeza temblorosa, sintió un impulso protector, como si quisiera abrazarla igual que a un peluche.

—Perdona la molestia. Vine de repente, lo siento.

—E... ah... s-sí... —Nonoka bajó la cabeza y, con la boca entreabierta, me miró tímidamente mientras asentía de forma torpe.

Riri salió enseguida de la habitación y se dirigió en silencio a la siguiente.

Ahora le tocaba a la chica callada. La que menos lograba entender. ¿De veras tenía mi edad? ¿Así, tan inexpresiva?

Se plantó frente a la puerta de Ryō y llamó con los nudillos. Tuvo que hacerlo varias veces, pues no recibió respuesta. Sin embargo, una rendija de la puerta dejaba escapar luz, así que

era seguro que estaba adentro. Al pegar el oído, tampoco percibió el más mínimo movimiento.

Harta de esperar, abrió la puerta por su cuenta.

—.....

Ryō estaba en medio de la habitación, sentada en posición de seiza, completamente inmóvil.

—Al menos responde.

Riri entró y sus ojos repararon en el papel de caligrafía, la piedra de tinta y el pincel que tenía frente a sí. La muchacha, recta y con las rodillas juntas, extendió el brazo, tomó el pincel y, con total naturalidad, mojó la punta en la tinta antes de escribir sobre el papel un yojjukugo. Luego dejó el pincel a un lado, levantó la hoja con ambas manos y se la mostró a Riri.

“良妻賢母” —“Esposa virtuosa, madre sabia”.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ryō no respondió. Simplemente tomó otra hoja, escribió rápido y se la mostró.

“心配無用” —“No hay de qué preocuparse”.

Riri frunció el ceño, sin entender del todo. La chica regresó a su postura original y se quedó inmóvil. Daba la impresión de haberse quedado dormida con los ojos abiertos, pues no reaccionó a nada más de lo que le dijo.

Al final, Riri desistió. Totalmente fuera de lugar. Ni siquiera daba para una conversación.

“Espero que la siguiente sea más normal”, pensó, mientras se dirigía a la habitación de Aroe. Esa chica al menos parecía la más sensata.

—¡Ah, Riri-chan!

Aroe la recibió alegre al abrir y la invitó con entusiasmo a pasar.

—¿Qué pasa? Ah, justo estaba tejiendo un muñeco de peluche. Mira.

Riri asintió con un aire de comprensión. Así que era esta chica quien había hecho el extraño peluche que cargaba Nonoka.

Era un peluche en proceso, que parecía un ratón. No era muy hábil, pero tenía un diseño con cierto encanto peculiar.

—Oye, ¿y tú con mi hermano...?

—¿Hi-kun? Me cae muy bien, sabe muchísimo. Ah, espera, mira esto.

De repente trajo un manual de plantas, lo abrió por una página marcada y señaló.

—La otra vez no sabía el nombre de esta hierba, investigué un montón y nada, pero Hi-kun me lo dijo al instante.

A simple vista, era un diente de león. Pero blanco.

—Se llama shirobana-tanpopo. Yo pensaba que todos los dientes de león eran amarillos. ¡Fue una sorpresa!

—Sí, pero yo te preguntaba qué tipo de relación...

—Y la comida que hace Hi-kun, deliciosa, ¿a que sí? Hasta los gatitos están encantados. Creo que hasta he subido de peso.

Aroe no dejaba de sonreír dulcemente. Su sonrisa era tan pura que resultaba desarmante. Riri empezó a sentir que su propio ímpetu era absurdo.

Tras despedirse de la parlanchina Aroe, se dirigió a su siguiente objetivo.

—¡Hey, Riri!

Kotori ya desde el primer día la llamaba sin honoríficos.

—¿Qué pasa? Ah, ya sé. Estás preguntando por ahí qué pensamos de Hi-kun, ¿verdad?

“¿Cómo lo adivinó?”, pensó Riri, y la encaró. Bien, si lo sabía, tanto mejor.

—¿Y bien?

—Eso deberías preguntárselo a él, ¿no?

Kotori estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama.

—Entiendo cómo te sientes, te preocupas por tu hermano. Hi-kun es algo guapo, después de todo. Pero no sirve de nada. Aunque pasen cien años, seguirá igual. Yo ya pensaba que tendría que lanzarme a una visita nocturna, si sabes a lo que me refiero. Si no, esto no avanza.

Lo decía con un tono de burla. Kotori reía, claramente bromeando. Riri, sin embargo, lo encontró irritante. Sobre todo lo de “tu valioso hermano”.

Al reflexionar, se dio cuenta de que estaba actuando como una hermana celosa. Y ella no era así... ¿o sí?

—¡Vaya esfuerzo! ¿Ahora vas a lo de Tomoe? Ujihihi, yo también quiero ir contigo.

Naturalmente, Riri la rechazó. Escapó de la risa chillona de Kotori y avanzó hacia el último destino, el que había dejado como plato fuerte.

Tomoe. Si su hermano se presentaba algún día con ella diciendo que era su novia, Riri estaba segura de que la detestaría al instante. Presumida, inútil, pero bonita. Insoportable.

Preparada para la confrontación, se detuvo frente a la habitación que antes era la suya. Justo cuando levantó la mano para golpear la puerta...

La alarma retumbó.

Era la primera vez que Riri la escuchaba. El volumen estridente la hizo congelarse de sorpresa, y la puerta se abrió de golpe, dándole en plena cara. No era culpa de nadie.

—¡Es EOS! ¡Todas, rápido...! ¿Eh?

Tomoe, con los ojos abiertos de par en par, vio a Riri agachada, sujetándose la nariz.

—¿Qué hacía en un sitio como este?

Aguantando el dolor, Riri se incorporó.

—...Nada. Más bien, ¿qué significa este ruido ensordecedor?

—Cierto... —Tomoe recuperó la seriedad.

Casi al mismo tiempo, otras figuras salieron de sus habitaciones.

—¡Yahhoo! ¡Vamos! —gritó Kotori.

—¿Nono-chan, Ryō-chan, están despiertas? —preguntó Aroe con calma asomando la cabeza.

—¡Yo las traigo!

Kotori salió disparada como un vendaval hacia ambas puertas y regresó con Nonoka y Ryō, una bajo cada brazo.

Tomoe echó a correr, y un segundo después Riri también.

—¡¿A dónde vamos?!

—¡A salvar el mundo, claro! —respondió Kotori al girarse desde la delantera.

♡♡♡

Así que era cierto lo que el muñeco-oveja le había dicho al llegar.

Mientras la alarma no dejaba de sonar, las cinco chicas se cambiaron en el sótano, con trajes que jamás podrían pasar por ropa normal, y se armaron con objetos tan dispares como una patineta o una flauta dulce. Luego corrieron hacia un descapotable que las esperaba afuera.

En el asiento del conductor ya estaba Hideaki, como si nada. A su lado, naturalmente, se acomodó Tomoe. Las demás se apiñaron en el asiento trasero, y Riri, con fuerza bruta, también se subió.

“Pero qué es esta ropa rara. Parecen de verdad heroínas de la justicia.”

—Hmph.

No importaba. Las seguiría hasta el final. Ni de broma se quedaría esperando sola.

—¡Guau, qué apretado! —dijo Aroe divertida, encogiendo el cuerpo.

Nonoka, atrapada entre Kotori y Ryō, dejó escapar un “kyuu”.

—*Esto supera totalmente el cupo permitido* —anunció Ganymedes desde el tablero—. *Como mínimo una persona debe ir en la cajuela. Nonoka-san ya tiene experiencia en eso.*

—Mejor no —dijo Hideaki.

—Nonoka, pasa adelante. Puedes sentarte en mis rodillas o en las de Tomoe.

El coche ya estaba en marcha. Con la ayuda de todos, Nonoka fue trasladada al asiento delantero para compartirlo con Tomoe, a petición de esta última.

Durante diez minutos recorrieron las calles nocturnas del vecindario. Finalmente, el auto giró hacia la ribera y, con las llantas crujiendo sobre el cauce pedregoso, se detuvo.



—¿Eso es lo que llaman EOS? Qué...

Riri no podía dar crédito a sus ojos. En medio del cauce descansaba un objeto enorme y extraño.

—¿Un pez? Parece un rape de linterna...

—La forma cambia cada vez —explicó su hermano con una seriedad inesperada—. Esta vez parece un pez.

De la frente del monstruo sobresalían tres apéndices como barbas luminosas. Era, sin duda, un rape gigantesco.

—Ganymedes, ¿dónde está el “núcleo”? —preguntó Hideaki.

—Hay una reacción en la parte central del cuerpo. Destruirlo desde fuera será complicado. Sin embargo, este EOS está imitando a un pez. Si logramos que abra la boca, debería ser posible ver el disco giratorio en su interior.

Mientras Riri observaba, las cinco chicas descendieron del coche y se dirigieron al monstruo. Tomoe con solemnidad, Kotori y Aroe sonrientes, Nonoka temblando y Ryō en silencio. Todas irradiaban un tenue resplandor.

Asomada desde el asiento trasero, Riri vio cómo los apéndices de luz del monstruo oscilaban. De pronto, uno se lanzó hacia las chicas.

—¡Corran!

La voz de Hideaki cortó el aire y ellas obedecieron. Pero una tropezó...

—¿Wawaaah?

Al instante, Nonoka fue atrapada por un tentáculo y levantada en el aire.

—¡Oye tú!

Tomoe, empuñando su shinai, se lanzó sobre el EOS, chapoteando en la orilla.

—¡Suelta a Nonoka!

Golpeó la cara del pez con rápidos azotes, pero el enemigo no la liberó.

—Kotori, rescata a Nonoka. Aroe, dibuja lo que sea que pueda detener al EOS. Tomoe, ¿puedes abrirle la boca con tu espada?

Tomoe respondió entre jadeos:

—Lo intentaré, pero... ¡ah!

Las otras dos barbas luminosas la atacaron. Tomoe saltó para esquivarlas, pero los tentáculos siguieron persiguiéndola. Retrocedía mientras los desviaba con su shinai.

—¡Así no puedo acercarme!

Hideaki se llevó la mano al mentón.

—Kotori, apúrate con Nonoka. Aroe, ¿ya?

—Un poquito más... —Aroe garabateaba con rapidez en su cuaderno. Cuando levantó la mano, el papel comenzó a brillar, hinchándose y transformándose ante los ojos de todos.

—¡Wah! ¡Otro monstruo! —gritó Riri.

—No, es un calamar-kun —respondió Aroe alegre.

Para Riri se veía más como un marciano. El calamar luminoso agitó sus múltiples brazos y avanzó hacia el pez.

—Parece una película de monstruos —murmuró Riri.

El EOS se volvió contra el calamar.

—¡leeei! —Kotori aprovechó y, montada en su patineta, saltó hasta arrebatarse a Nonoka del tentáculo.

—¡Waaah! ¡Hiii!

Las dos cayeron al río, levantando un chorro de agua.

—Tomoe, ahora. Mientras se ocupa del calamar, abre su boca.

—¡Lo dice muy fácil!

Aun así, Tomoe concentró toda su energía en el shinai. Los tres tentáculos se fusionaron en uno más grueso y golpearon al calamar de Aroe, que salió volando. Pero la distracción bastó.

Tomoe gritó unas palabras incomprensibles y se abalanzó. Su shinai, brillante, se hundió hasta la empuñadura en la boca del monstruo.

—¡Vamos, abre!

Apretando los dientes, usó la espada como cuña, forzando la mandíbula. El hocico se abrió, y hasta Riri pudo ver un disco de color extraño girando en su interior.

La voz tranquila de Hideaki resonó:

—Ryō, te toca.

Con eso bastó. Ryō levantó un brazo, y el pincel que empuñaba escribió en el aire caracteres luminosos:

“電光石火” —“Rápido como un relámpago”.

Un instante después, los caracteres se transformaron en un rayo que atravesó la boca del monstruo y pulverizó el disco.

De inmediato, el pez gigante comenzó a desmoronarse, emitiendo un resplandor rosado.

Hideaki exhaló y se recostó en el asiento.

Los ojos de Riri seguían abiertos de par en par. Frente a ella, las cinco chicas regresaban en su ropa extraña: Kotori y Nonoka empapadas, Aroe saltando de alegría, Ryō en silencio con su pincel en mano, y Tomoe, con el shinai aún resplandeciente, caminando con un aire solemne.

—Buen trabajo —dijo Hideaki.

Tomoe asintió en silencio.

—Ciertamente —dijo Tomoe, entrando con naturalidad en el asiento del copiloto—. Entonces, regresemos. Si tardamos más, Nonoka podría resfriarse.

A Nonoka, todavía mareada, la acomodaron sobre las rodillas de Hideaki. Cuando al fin todos lograron hacerse espacio en el coche, el motor arrancó.

♡♡♡

De regreso a la mansión, acorralada contra la puerta en la esquina del asiento trasero, Riri pensaba. Desde que había visto a aquellas cinco chicas por primera vez, y durante estos tres días, ¿por qué había sentido esa extraña irritación? ¿Qué era lo que no le gustaba de ellas?

Murmuró para sí, en voz baja:

—Ya lo entiendo.

Ahora creía saberlo.

La causa de su malestar no eran las cinco en sí. No es que quisiera o no a su hermano: para ella, Hideaki no era más que familia, alguien que había estado a su lado desde que nació.

Pero para esas chicas no era lo mismo. Ellas lo miraban de un modo diferente: lo confiaban, hasta lo admiraban. Especialmente la señorita refinada, tan evidente en sus sentimientos.

Al principio pensó que aquello era lo que le disgustaba. Que estaba celosa. Esa idea la había inquietado un poco.

—Pero no, no era eso.

Se sintió aliviada. No era celos, qué tontería.

Miró de reojo el perfil de su hermano. Nunca se le había pasado por la cabeza que otras chicas pudieran sentirse atraídas por él. Y al descubrir un Hideaki distinto al que ella conocía, se había irritado.

—Aunque no sé qué le ven, la verdad...

Recorrió con la mirada el interior del coche. Lo de salvar al mundo era dudoso, pero estaba claro que esas cinco y su hermano iban en serio. Con trajes tan ridículos, y aun así lo hacían.

“Está bien, las perdono.”

No sabía exactamente qué era lo que perdonaba, y nadie se lo había pedido, pero ese era su estado de ánimo.

♡♡♡

A la mañana siguiente, con la maleta hecha, Riri anunció a su hermano:

—Me voy a casa.

—Ya veo —Hideaki asintió, aliviado—. Saluda a papá y mamá. Ah, y por favor, lo del abuelo y estas chicas... manténlo en secreto.

—Ya lo sé.

Mientras se ponía los zapatos, miró la expresión preocupada de su hermano. Todos habían venido a despedirla. Aroe parecía genuinamente triste.

—Riri-chan, vuelve a visitarnos.

—Claro que vendré. Al fin y al cabo, esta es la casa de mi abuelo.

Se puso de pie y los contempló uno por uno. Aroe y Kotori sonreían; Ryō estaba inmutable; Nonoka, asustada como siempre; Ganymedes giraba sus lentes; y Tomoe, con la misma expresión complicada de la primera vez.

Entonces Riri tuvo una idea traviesa.

Con una sonrisa exageradamente dulce, preguntó:

—Oigan, ¿quién de ustedes es la que más quiere a mi hermano?

—¿Qué...?!

Excepto Tomoe y Hideaki, todos los demás alzaron el brazo y señalaron a Tomoe con perfecta sincronía.

—¿Q-qué dicen?! ¿Qué disparate es ese?!

—Adiós.

Sonriendo, Riri abrió la puerta y salió con rapidez. Desde dentro, se mezclaban voces divertidas y gritos alterados.

Recordando el rostro sorprendido de su hermano, Riri no pudo contener la risa. Bajó la pendiente con paso ligero.

La última cara de Hideaki que vio era la de alguien que, por fin, parecía haberse dado cuenta de algo.

—Hermano tonto y despistado...

Avanzó sonriendo, pero pronto sus pasos se detuvieron a mitad de la cuesta.

Alguien subía. En el paisaje acuarelado de la primavera temprana, aquella figura era extrañamente oscura.

“¿Una chica? Pero... ¿esa no es...?”

Se cruzaron. La muchacha pasó como una brisa, sin mirarla siquiera. Riri, inquieta, giró la cabeza.

—¿Eh? ¿Qué?

No había nadie. Solo ella estaba en la pendiente. Cerró los ojos y negó con la cabeza. ¿Una alucinación? ¿Un espejismo?

—Pero juraría que pasó junto a mí... y además...

Era igual a Ryō, la callada. Solo que vestida de negro, con el cabello y la ropa distintos. Como una gemela de sombra.

Riri vaciló: ¿seguir bajando o regresar? Esa duda no duró.

Un estruendo sacudió la cima de la cuesta.

—¿Quééé?!

Riri miró hacia atrás. La mansión de su abuelo, de la que acababa de salir, ardía entre explosiones.

Y entre las llamas brillaba una luz conocida.

Un resplandor igual al del monstruo EOS que había visto la noche anterior.



CAPÍTULO
10

**La Última
Primavera;
Otra Vez**

La escena en la cueva donde Riri se cruzó con la extraña muchacha, antes de la explosión en la mansión, había ocurrido un poco después de esto.

Yo estaba en aquel momento parado en el pasillo de la casa, completamente atónito.

Fue como si hubieran agitado un avispero... aunque, en realidad, la picada fue directa a una sola persona, pero el veneno se extendió hasta alcanzarme a mí también.

Tomoe saltó como si le hubieran dado un resorte.

—¿Qué... qué significa esto?! ¿Hasta cuándo van a seguir señalándome?! ¡Bajen esas manos de inmediato, basta ya! ¿Qué se supone que he hecho?!

Desde que Riri se marchó, aquello había sido un caos. Tomoe manoteaba con desesperación para apartar los dedos acusadores. Solo Nonoka retiró tímidamente la suya, pues ya había entrado en modo de pánico.

Kotori, en cambio, esquivó con facilidad los manotazos de Tomoe.

—Nyahaha. ¡Qué gran puntada la de Riri al irse! Gracias a eso quedó todo clarito. ¡Tomoe, es hora de rendirse y ser honesta!

Con ambas manos junto a la cabeza, Kotori hizo un gesto de 招き猫, señalándola con el índice.

—¡Yo siempre he sido honesta! ¡Jamás en mi vida he tenido nada de qué “rendir cuentas”!

Con la cara roja como una fresa, Tomoe saltaba tratando de atrapar a Kotori, pero esta, con su agilidad natural, esquivaba con pasos elegantes hasta colocarse a mi lado.

—¡Anda, Hi-kun! ¡Seguro tú también tienes algo que decir! ¡Venga, dedícale un comentario bonito a Tomoe!

Simulaba sostener un micrófono. Yo, abrumado, no sabía qué responder.

—Eh... bueno...

De verdad, Riri... había dejado una bomba y se había largado. Ojalá hubiera elegido mejor sus palabras, el momento, el lugar... cualquier cosa.

Al fijarme, noté que Aroe y Nonoka me miraban con mucho interés.

—¿Ehehe? —rió Aroe, emocionada.

—Awa... —soltó Nonoka, con los ojos muy abiertos.

Incluso Ryō, con su mirada inmutable, parecía enfocada en mí y en Tomoe. La tensión me estaba matando.

Y Tomoe, ¿dónde estaba?

—¡Suéltame! ¡Suéltame ahora mismo!

Gimoteaba, atrapada del cuello por la mano de Kotori, sacudiéndose en vano.

“Ugh...”

Entendí que si no decía algo, aquello no se calmaría. ¿Pero qué podía decir?

En mi mente surgían escenas de Tomoe a lo largo de este año. Sus gestos naturales y antinaturales, lo de ponerse y quitarse las gafas, sus enojos exagerados, las expresiones sinceras que se le escapaban de vez en cuando. Una chica que odiaba a los hombres, pero...

Recordé aquella reacción extraña el día que me llegó una carta de amor. Recordé su sonrisa transparente dentro de la noria, cuando me habló de sus sueños.

—*¿Ahora comprende a qué me refería con todas mis advertencias?*

A mis pies, Ganymedes alzaba la cabeza con arrogancia.

—*Eres lento. Demasiado lento. ¡Cuántas veces te lo he dicho, pedazo de tronco! Hideaki-san, ahora es el momento de actuar. Eso sí, la oportunidad se ha reducido a una sola. ¿Lo lamentas?*

Respondí distraído:

—¿Y de qué se supone que me arrepiento?

—*¡De no haber aprovechado la oportunidad de vivir una juventud rebotante de dulces eventos, mientras convivías con cinco chicas hermosas durante casi un año! ¡Claro que de eso!*

—Pues qué quieres que te diga...

—*¡Ah, qué desperdicio! Si yo hubiera estado en tu lugar, ya estaría celebrando a gritos con un harem feliz y dichoso. Pero en vez de eso, tú solo te dedicas a cocinar, a dar clases... ¡qué ejemplar estudiante tan insípido!*

Normalmente lo habría pateado, pero mi mirada vagó sin rumbo. La misma escena de siempre: cinco chicas frente a mí, sus rostros ya demasiado familiares.

Solo Tomoe, que forcejeaba para librarse de Kotori, mantenía el rostro vuelto a otro lado. Por entre su largo cabello, asomaban las orejas teñidas de rojo picante.

—Eh...

Murmuré algo sin sentido, solo porque el silencio me parecía peor. La única imagen que me venía a la mente era la suavidad de la mano de Tomoe, aquella vez que fingimos una cita.

—¡Uuh, Hi-kun! —canturreó Kotori, llena de energía—. ¡Tienes la cara roja! Ufufu, yo encantada de cederte a Tomoe. ¡Menudo afortunado!

—¡No soy ninguna pertenencia tuya!

Tomoe seguía agitando brazos y piernas.

—Y además... además... esto no es un malentendido... tampoco una equivocación... ni una confusión... pero en cualquier caso, ¡suéltame ya, Kotori!

Kotori, aún sujetándola con una mano, enredó la otra en la mía. Y entonces fui yo quien quedó atrapado, incapaz de escapar.

—¡Eso sí que es tener ojo, la hermana de Hi-kun! Lo descubrió en un segundo. Aunque, bueno, era obvio para cualquiera, ¿no?

—*En efecto...* —suspiró Ganymedes como si soltara aire—. *Por eso les advertí que había que actuar antes de que se notara. Y aun así, dejaron pasar la ocasión. Es exasperante, agotador. ¿No lo cree también usted, Aroe-san?*

—¿Eh? —Aroe ladeó su sonrisa despreocupada—. ¿Que Tomoe-chan gusta de Hi-kun? A mí también me gusta. Me gustan los dos.

Diciendo esto, se inclinó hacia Nonoka.

—¿Y tú, Nono-chan? ¿Te gusta Hi-kun?

—U... a... e-eso... —Nonoka levantó los ojos con timidez hacia Aroe, luego hacia Tomoe, y enseguida se escondió tras la espalda de Aroe.

—Ufufu —rió Aroe alegremente—. Mira, Tomoe, si sigues dudando te lo van a quitar. Y si no, me lo robo yo.

Kotori reía a carcajadas, y Ganymedes añadió:

—*Bien dicho. Aunque sospecho que lo de "gustar" de Aroe-san tiene otro matiz...*

Yo suspiré, imaginando a Riri tarareando una canción mientras bajaba la cuesta. Revolví todo y se fue. Maldita sea, ¿no podía volver ahora y arreglar este desastre? En este punto, daba igual quién entrara o qué dijera: ya nada podría enredarlo más.

Y entonces ocurrió.

No hubo aviso alguno. Ni un golpe en la puerta, ni un timbre, ni alarma de Ganymedes.

Con un chirrido de madera desgarrada, la puerta del vestíbulo se abrió como arrancada por la fuerza. Como si alguien que jamás hubiera visto un picaporte la hubiera forzado a lo bruto.

—¿Eh?

Todos exclamaron al unísono, salvo Ryō. Ella no se sorprendía nunca. Pero esa vez, sus ojos inmutables brillaban con una intensidad distinta.

Ryō contemplaba a la figura oscura que había irrumpido. Y aquella figura, a su vez, la miraba directamente a ella.

—¿Ryō?

Era una chica idéntica a Ryō. Solo cambiaba el peinado, el color de cabello y la ropa: toda negra, desde los pies hasta los hombros. Pero el rostro inexpresivo era el mismo, sin diferencia alguna.

—¿Eh? ¿Eh, eh? —Aroe abrió los ojos al máximo, comparándolas—. ¿Dos Ryō-chans? ¿Acaso es tu hermana mayor, o menor?

Ninguna respondió. La nueva Ryō, vestida de negro, estaba plantada en el umbral sin parpadear, sus ojos fijos en la otra.

—*Algo anda mal, Hideaki-san* —dijo Ganymedes con un tono de pasmo poco común—. *El sistema de vigilancia de la mansión no detectó nada. Es imposible que alguien entrara sin que yo lo advirtiera.*

Antes de que pudiera preguntar, agregó:

—*Esa otra Ryō apareció de repente. ¡Solo puede haber sido teletransportación!*

El cuerpo entero se nos tensó. Ni siquiera Kotori bromeaba; ni Tomoe podía pronunciar palabra.

Entonces, la Ryō vestida de negro habló:

—¿Ya es suficiente?

La respuesta vino de la Ryō que conocíamos:

—Todavía no.

—Ya debería serlo.

—Todavía.

La réplica fue inmediata, fría.

—La información acumulada ya alcanzó el límite. Tu misión ha terminado.

—Aún no.

—No hay razón para esperar más.

La Ryō de negro levantó una mano, abriendo la palma hacia nosotros.

—Inicio la ejecución forzosa.

En el centro de su mano nació una luz: fluorescente, rosa magenta. Yo la reconocí al instante.

Todas las bocinas de la mansión lanzaron una alarma ensordecedora.

—*¡Señal de EOS detectada!* —chilló Ganymedes alzando todo su cuerpo—. *¡La ubicación coincide con el interior de la mansión, justo donde estamos ahora!*

Nadie se movió. No había tiempo.

—*¡Magnitud descomunal! ¡Nada que ver con los EOS anteriores, niveles de energía fuera de toda escala!*

La esfera magenta en la palma de la Ryō oscura se expandió de golpe. Incluso yo pude sentir la concentración de energía, brutal y aterradora.

Y entonces, la mansión de mi abuelo, el hogar en que había vivido con cinco chicas entre alborotos y calma, se desintegró.

Estalló en llamas rosadas.

Un ataque a quemarropa, sin defensa alguna. Siempre había estado indefenso frente a los EOS, pero al menos ellas luchaban. Esta vez, ni eso: sin trajes de combate, sin activar el D-Maniobra, sin armas.

No había nada que nos protegiera.

Y sin embargo, seguíamos vivos. Ilesos, aunque atónitos. La mitad de la mansión había volado en pedazos... pero nosotros no.

—.....

Ryō estaba frente a nosotros, con una mano extendida. Se había interpuesto en silencio, recibiendo el resplandor de la otra Ryō y deteniéndolo.

No supe cuándo se había movido, ni cómo. Lo único que alcancé a ver fue su palma enfrentando la luz magenta, conteniéndola.

Y gracias a eso, seguíamos con vida.

Las manos se enfrentaban: la de la Ryō negra brillando en magenta, la de Ryō con un fulgor azul pálido.

—¿Por qué? —dijo la Ryō negra sin emoción—. Haces algo inútil. La decisión ya ha sido tomada. Resistir no tiene sentido.

—Lo comprendo —respondió Ryō. Asintió lentamente y añadió—: No puedo obedecer esa decisión.

Los ojos de la Ryō negra la escudriñaron.

—Es el daño de la materialización. Estás contaminada por la materia. El cambio ha avanzado demasiado.

—Es posible —repitió Ryō con otro leve asentimiento—. Y aun así, no obedeceré.

—*¡Esperen!* —la voz de Ganymedes me rompió el estupor.

Miré alrededor apresurado: las demás estaban vivas. Nonoka estaba en el suelo, caída de espaldas como si las piernas le hubieran fallado. Aroe miraba con ojos y boca muy abiertos a la Ryō oscura. Tomoe, lívida, se aferraba a Kotori, y Kotori, por primera vez seria, lanzaba una mirada cortante hacia la intrusa.

—Ga, ¿esa chica es un EOS? —preguntó Kotori, firme—. ¿Acaso al fin los EOS se presentaron con forma humana? ¿Y eso significa que Ryō...?

—*Ni yo lo entiendo* —contestó Ganymedes, girando sus lentes como un trompo—. *La energía que emitió la copia es inequívocamente de EOS, pero de ella misma no percibo reacción. No, ella no es un EOS.*

Y tampoco lo era Ryō.

El resplandor que emanaba de ella era el mismo de cuando activaba el D-Maniobra, pero no había invocado ningún traje ni dispositivo. Simplemente había usado ese poder para salvarnos. ¿Qué eran entonces estas dos Ryōs?

La Ryō negra habló:

—Somos los administradores y usuarios de lo que ustedes llaman EOS.

—¿Qué...? —alcancé a decir.

—Estamos en un nivel superior, muy por encima de aquí. Somos existencia pura de energía, sin vínculo con la materia. Aquello que ustedes llaman EOS es... —buscó la palabra— lo

más parecido a lo que llaman “combustible”. Ustedes abrieron un agujero en nuestro depósito de combustible.

Los lentes de Ganymedes giraron a gran velocidad.

—*¿Un agujero? Entonces, ¿ese agujero permitió que ese combustible —EOS— se filtrara a este mundo?*

—Exacto. Era una fisura minúscula, irrelevante si se dejaba así.

—*¿Y entonces por qué venir ahora?*

La Ryō negra fijó la vista en Ganymedes. Su expresión cambió apenas, para peor.

—La energía que fluyó hacia el mundo material absorbió materia, transformándola en energía del mismo tipo. Dejarlo así habría convertido este mundo entero en otro almacén de combustible.

—*¿Quiere decir que este mundo entero habría terminado convertido en EOS?*

—Así es. Y a nosotros no nos habría importado.

—*¿Y entonces ahora sí les importa?*

—Porque había humanos.

Sus ojos se volvieron hacia mí, y después recorrieron a las cuatro chicas una a una.

—Formas de vida extrañas del mundo material. Que atravesaran la pared dimensional era imposible... y sin embargo lo hicieron. Y aún más, pretendieron usar nuestro combustible.

Recordé aquel inicio de todo: el aparato extraño que mi abuelo construyó aquel Año Nuevo, la explosión en el sótano que lo había hecho desaparecer. Desde entonces comenzaron a aparecer los EOS. Ahí se había abierto la grieta en la barrera dimensional.

—Abuelo... —murmuré.

—Ese humano vaga libremente entre dimensiones —continuó la Ryō negra—. Lo llamamos “el Errante”. Es una molestia. Transformó nuestro combustible en una forma utilizable para este mundo, impidiendo su conversión total. Por eso enviamos una parte de nosotros a investigar.

Y sus ojos fríos se posaron en Ryō.

—Ella. Es parte de nosotros. Una unidad de observación y reporte.

Ryō permanecía inmóvil, sin pestañear ni asentir.

—¿Ryō-chan...? —susurró Aroe.

—¡Es verdad! —exclamó Kotori—. ¿No fue ella la primera en llegar a la mansión? Entonces... ¿el doctor lo sabía desde el principio?

Ryō inclinó apenas la cabeza, afirmando.

—Cuando yo fui creado, ella ya estaba aquí. No, debo decir que solo estaba ella. Las demás fueron reunidas después por el doctor.

Siempre callada, siempre inexpresiva, ya parecía algo fuera de lo humano. Pero escuchar que no lo era en absoluto... y aun así, ¿cómo sorprenderse? En todas las batallas había sido la más eficaz, la más confiable. Y al final, la que acababa de salvarnos había sido justamente Ryō.

—Espera un momento.

No pude evitar decirlo.

—¿Qué significa exactamente esa “decisión”? ¿Por qué quieres borrarlos?

La Ryō negra respondió con fastidio, como arrojando las palabras:

—Nos habíamos interesado en el comportamiento de los seres vivos de este mundo material, en especial de los humanos.

—¿Entonces por qué...?

—El análisis de la información que una parte de nosotros ha estado recopilando reveló que ustedes, los humanos, dependen únicamente de la materia. Concluimos que no alcanzarán ningún salto vital mayor. Continuar con la observación ya no tiene sentido.

Estuve a punto de quedarme sin palabras. Justo ahora, en esta situación, ¿yo debía actuar como representante de la humanidad?

Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar en algo que pudiera hacer entrar en razón a esta Ryō negra.

—¿No pueden simplemente dejarnos en paz? Para ustedes debemos de ser insignificantes.

—Son una molestia.

Lo dijo con la misma frialdad con que se describe un objeto inservible.

—El “Errante” que abrió la grieta en el mundo del combustible tenía un plan desmesurado. Pretendía usarlo de manera permanente en este mundo. No podemos dejarlo.

Sus ojos inertes recorrieron a las chicas.

—Ustedes son un obstáculo para la conversión energética de este mundo.

Miró a las cuatro, luego a mí.

—Son una molestia. Actúan conforme a la intención del “Errante”. Por lo tanto, deben ser eliminados.

—¡Espera!

Mi grito no cambió nada.

—No esperaré.

Volvió a levantar la mano. El fulgor rosado del EOS se concentraba otra vez.

—Todavía no.

Ryō respondió con la misma calma, su cuerpo menudito cubriéndose de luz azul pálida.

—No esperaré.

La Ryō negra repitió su sentencia. Y de nuevo, la oleada magenta explotó contra nosotros. Igual que antes, la luz de EOS nos envolvió, pero fue desviada a los lados como rebotando. Ryō había erigido una barrera para protegernos.

La mitad restante de la mansión se vino abajo en esa sola descarga. Vi con claridad cómo las vigas y muros se descomponían en mosaicos que luego se disolvían en el aire.

—¡Ryō! —gritó Tomoe.

Con el rostro lívido, apretaba los puños con desesperación.

—¡Hideaki-san! ¿No hay nada que podamos hacer? ¡Así Ryō no podrá resistir!

Yo lo sabía. El contraste era evidente: el azul de nuestra Ryō contra el magenta de la otra. Y estábamos perdiendo. La colisión de luces llenaba el aire de chispas, y aunque todavía nos mantenía a salvo, las vibraciones me estremecían de pies a cabeza. Si una sola chispa de esa corriente nos tocaba, acabaríamos como la mansión: desintegrados.

—¡Hideaki-san! —volvió a llamarme Tomoe.

Busqué con la mirada desesperadamente.

—¡Hiiiiie...!

Nonoka sollozaba en brazos de Aroe. Ella también cerraba los ojos con fuerza, como si rezara.

—Estaremos bien... estaremos bien... —susurraba.

—¡Alto ahí! ¡Detente, idiota!

Kotori recogió un trozo de escombros y lo lanzó contra la Ryō negra. El pedazo se evaporó en cuanto tocó la corriente magenta.

—Si pudiéramos llegar al sótano... —dijo Tomoe, en un hilo de voz desesperado—. Con el D-Maniobra podríamos ayudar. Debemos llegar como sea.

—*Imposible* —contestó Ganymedes con tono fúnebre—. *La primera descarga de la impostora bloqueó las escaleras. Además, cruzar la barrera de Ryō sería nuestra sentencia inmediata. Nos desintegraríamos.*

—¡Entonces cava el suelo! ¡Excava hasta el sótano! ¿No tienes función de taladro?

—*Mis manipuladores son para trabajos de precisión, no de excavación... pero lo intentaré. Al fin y al cabo, de seguir así todos estaremos perdidos.*

Ganymedes se lanzó a rascar el piso, pero la escena era patética. Con esa lentitud tardaría un día entero en abrir un metro.

Delante de nosotros, el choque de luces crepitaba. El azul estaba siendo arrinconado. Los destellos rosados aumentaban su brillo, comiéndole terreno.

Algo ondeó frente a mis ojos: jirones de la ropa de Ryō. Vi cómo la cinta que sujetaba su cabello largo se desgarraba poco a poco. La corriente magenta estaba infiltrándose en su barrera.

De repente, un calor se me clavó en el pecho.

Sí, Ryō no era humana, sino un emisario de aquel mundo superior. La Ryō negra había venido a aniquilarnos porque esa era la “decisión”.

Pero Ryō había desobedecido para protegernos.

“¿Por qué?”, podría preguntarse cualquiera. Yo ni lo dudé. Porque ella era Ryō. Porque así debía ser. Y en realidad, cualquiera de nosotros lo habría hecho igual: Aroe, Nonoka, Kotori, Tomoe, incluso Ganymedes o yo mismo.

Recordé cuando salvamos aquel autobús escolar poseído por EOS. Juraría que entonces vi a Ryō sonreír apenas.

Lo que debía protegerse eran esas pequeñas sonrisas compartidas. El mundo donde eso aún era posible.

—.....

Ryō, aún enfrentada a su doble, giró la cabeza hacia mí.

El viento agitaba tanto su cabello que apenas podía verle el rostro, pero en sus ojos brillaba algo distinto, algo nuevo.

Un destello que parecía... una disculpa.

La corriente magenta nos cubría ya por completo. Aroe abrazaba más fuerte a Nonoka; Kotori arrojaba el escombros y murmuraba, mirando al cielo:

—Si al menos estuviera el doctor...

Sin darme cuenta, había estrechado a Tomoe contra mí. Ella, con los ojos húmedos, miraba la espalda de Ryō.

El resplandor azul de nuestra guardiana se debilitaba cada vez más. El magenta de EOS invadía mi vista entera.

Cerré los ojos y, mientras abrazaba el cuerpo tembloroso de Tomoe, aguardé.

En ese momento—

Muy cerca, un estruendo gigantesco retumbó.

☆☆☆

—...N. ...¡chan!

Un pitido insoportable zumbaba en el fondo de mis oídos. Era como si alguien estuviera llamando a alguien, pero apenas podía distinguirlo.

No lograba entenderlo bien. ¿Por qué estaba todo tan oscuro? Entonces recordé que yo mismo tenía los ojos cerrados. Los abrí lentamente.

Humo espeso se elevaba por todas partes. Y sin embargo, había algo curiosamente familiar en ese humo: olía a algo que se había quemado de manera normal, a un tufo de cosas chamuscadas. No era ni el resplandor fluorescente rosado ni la luz azulada que nos había envuelto antes.

—¿Eh?

Tomoe levantó el rostro desde mi brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Será que... nos hemos salvado?

El humo sofocante era arrastrado por el viento. La mansión prácticamente ya no existía. El techo y las paredes habían volado en pedazos, y entre los huecos de la humareda podía verse el cielo azul. Ninguna luz rosada brillaba ya en el aire.

El ataque de la Ryō negra había cesado.

—¡Cof, cof!

Tosiendo, Kotori apareció cargando a Aroe y a Nonoka como si las protegiera.

—¡Eh, Hi-kun y Tomoe también están bien! ¡Qué alivio! Pero, ¿qué será todo este humo? ¡Ah, cierto, Ryō! ¡¿Dónde está Ryō?!

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué seguíamos intactos? ¿Podría ser que Ryō...?

Un viento primaveral barrió la nube acre de humo blanco, y lo que apareció hizo gritar al unísono a Kotori y Tomoe:

—¡Ryō!

La vimos de espaldas. De pie, tambaleante, con el cabello hecho un desastre y la ropa desgarrada en varios sitios, pero todavía sostenida sobre sus propias piernas.

A su lado, recto como un árbol, se erguía un hombre mucho más alto. Antes de que pudiera decirlo en voz alta, alguien me ganó.

—¡Abuelo!

Era Lili, que irrumpió corriendo desde afuera, jadeante.

Con la voz atropellada, explicó:

—¿Qué rayos pasa aquí? ¡La casa explotó! Cuando volví corriendo, vi luces rarísimas que chisporroteaban y no podía acercarme nada, y después otra explosión, y ahora la casa está hecha pedazos, ¡casi me pongo a llorar! Pero al final todos están vivos, ¿no? ¡Y encima hasta el abuelo volvió! ¿Y esa chica? ¿Y ese perro raro qué?

¿Abuelo? ¿Perro? Ni sabía por qué sorprenderme primero.

—Ha pasado tiempo, Hideaki.

No era aquella comunicación mental a la que me había acostumbrado, sino una voz real, directa. El rostro surcado de arrugas que se volvió hacia mí era inconfundible: el de mi abuelo.

No había más que decir.

—¡Abuelo!

—¿Sigues vivo, Hideaki? También tú, Lili. No esperaba ver a los dos juntos, pero no importa. Es un detalle menor. Lo importante es que llegué a tiempo. Lo has hecho bien, Hideaki. Lo único que necesitaba era tiempo.

Mi abuelo me dijo aquello, y luego se volvió lentamente hacia adelante. Yo también miré. En lo que había sido la entrada, ella seguía allí.

—.....

La Ryō negra no mostraba heridas... o si las tenía, eran insignificantes. Pero en su rostro había una expresión inconfundible: la del asombro.

—“Errante”...

Con los ojos clavados en sus propios pies, murmuró:

—¿Fue obra tuya? ¿Fuiste tú quien generó este objeto?

—Así es.

La voz grave de mi abuelo resonó clara para todos. Después de más de un año sin verlo, parecía más entusiasmado de hablar con la Ryō negra que conmigo.

—Eso que ves fue, originalmente, un EOS. Pero tal cual era, resultaba incómodo para vivir en el mundo material. Por eso yo lo modifiqué.



—¡Ah...!

Nonoka soltó un pequeño grito y, zafándose de la mano de Kotori, salió tambaleando hacia adelante.

El tobillo de la Ryō negra estaba siendo mordido por un perro blanco. Era tan grande como un lobo adulto, pero no cabía duda: la estrella en su frente lo delataba.

—¡Pyorosuke!

Apenas escuchó la voz de Nonoka, el cuerpo del animal comenzó a encogerse. En un instante volvió a ser un pequeño cachorro. Era aquel perrito que Nonoka había recogido, el mismo que luego resultó ser un EOS. Acompañó en forma espectral al abuelo en su regreso momentáneo y, más tarde, partió hacia algún lugar de otro mundo. Ese mismo Pyorosuke.

El tobillo de la Ryō negra, donde el cachorro había mordido, se convirtió en un mosaico brillante y difuso, muy parecido al proceso de desintegración de un EOS.

—¡Guau!

Convertido otra vez en cachorro, Pyorosuke soltó la mordida y miró felizmente a Nonoka, que se había agachado, moviendo la cola con tanta fuerza que parecía que se le iba a desprender. Dio un salto directo a los brazos de su dueña.

Nonoka lo apretó contra su pecho. Él resopló alegremente por la nariz y le lamió la mejilla.

Aunque el tobillo difuso se restauró casi de inmediato, la Ryō negra permanecía inmóvil, atónita, observando la coronilla de Nonoka y la figura transformada de Pyorosuke.

Su boca entreabierta y su rostro rígido parecían vacíos, como si le hubiesen arrancado el alma.

—Oye, abuelo.

Me dirigí al anciano, que entrecerraba los ojos.

—Explícame qué pasa. ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Por qué esa Ryō negra, que hasta hace poco era tan temible, ahora está como petrificada, olvidando hasta su hostilidad?

—Esa criatura estará bien por un tiempo.

La voz de mi abuelo era calmada, segura.

—Aquellos no están acostumbrados a sorprenderse. Ahora mismo está viviendo el asombro, y mientras dure, no intentará atacar. Deberías agradecerle al cachorro de Nonoka. Eso sí, debo disculparme porque mi regreso se dio en el último instante posible.

El abuelo miró a Nonoka como se mira a una nieta y continuó:

—Para regresar con un cuerpo desde la grieta dimensional hasta este mundo material se requiere una energía astronómica. Pero tenía una solución. Cuando dos entidades como esas —la Ryō de aquí y la Ryō negra— hacen chocar sus energías, se libera un poder colosal, suficiente para abrir una grieta en la dimensión. Necesitaba esperar a que esa energía llegara al nivel teórico para poder regresar. Fue peligroso, lo admito, pero confiaba en ustedes.

—¿Y eso de agradecerle a Pyorosuke? —pregunté.

—Aunque se vea igual que antes, ya no lo es. Ahora es un ser híbrido, una mezcla entre EOS y materia de este mundo. Logré invertir la dirección de la voluntad-energía del EOS y fusionarla con la materia. Es una nueva forma de vida: ni de este mundo ni del suyo.

Luego, el abuelo se volvió hacia la Ryō negra.

—La materia no solo espera ser transformada en energía. También puede crear materia a partir de energía. Porque estamos hechos de materia. Ustedes, que existen en un mundo sin materia, como seres de energía pura, no pueden lograr esa hazaña.

La Ryō negra alzó por fin el rostro.

—¿Me dices que fuiste tú, “Errante”?

—El que lo hizo fue un humano. La materia y la energía son equivalentes. Ninguna es más alta que la otra. Ustedes y nosotros simplemente habitamos mundos distintos. Nada más.

—*¡Doctor!*

Ganymedes rodó hasta llegar frente a él.

—*¿Qué es exactamente el EOS? Ese ente oscuro lo llamó combustible de los seres de más allá, pero usted habla de voluntad-energía. ¿Qué significa?*

—EOS es energía que tiene voluntad. Igual que tu conciencia, por ejemplo.

—*¿Acaso...?*

La voz de Ganymedes tembló.

—Exacto. Al nivel actual de la ciencia terrestre, la inteligencia artificial aún está lejos de realizarse. Y, sin embargo, tú existes, con voluntad propia. ¿Por qué? Porque yo te otorgué un núcleo de EOS, una energía de voluntad. Y ahora voy a liberar ese sello.

El abuelo recitó una larga serie de números y letras. En ese instante:

—¡Oh...! Se desbloquearon los bloques de memoria que estaban sellados. ¡Increíble! También en mí hay un “núcleo”. Esa era la fuente de mi conciencia. ¿Y por qué Cassandra nunca reaccionó a él? ¡Ah, claro! Porque estaba enmascarado por un programa...

—Como ves, el EOS tiene muchos usos. Ya no debería llamarse “evil ones species”. Quizás sería mejor renombrarlo “energy of space-time continuum”.

—Bah, da igual cómo lo llares.

Yo solté la preocupación que me quemaba en la lengua.

—Más importante: abuelo, lo que quiero saber es sobre Ryō.

Miré hacia ella. A su lado estaban Kotori y Aroe, sonrientes y animadas.

—¿Estás bien, Ryō-chan? ¿No tienes heridas?

—¡Jajaja! Esta noche te haré tu comida favorita. ¡Yo quiero omuraisu!

—Cuando Ryō apareció por primera vez ante mí —empezó el abuelo— me reveló su identidad y su misión. El impacto académico que sentí entonces fue indescriptible. Me emocioné como no lo hacía desde hacía décadas.

Sí, si un emisario de otro mundo llegara a tu puerta, cualquiera se emocionaría.

—Al principio, luchábamos contra los EOS solo ella y yo. Con su ayuda, desarrollé a Ganymedes y a Cassandra como sistemas de apoyo. Pero aún así era insuficiente, así que transferimos habilidades contra EOS a otras cuatro. Aunque, en realidad, fue Ryō quien lo hizo.

Tomoe soltó un grito incrédulo:

—¿Entonces no fue casualidad que nuestros objetos tuvieran poder? ¿Fuimos elegidas?

—Correcto, Tomoe. Fue Ryō quien las eligió. No sé exactamente sus razones. Pero lo más probable es que quisiera experimentar qué era tener amigas. Eso pienso, al verlas juntas.

La boca de Tomoe se abrió de par en par. Su rostro reflejaba el mismo estupor con que la Ryō negra observaba ahora a Pyorosuke en brazos de Nonoka.

—¿Que esa chica detuviera el ataque fue gracias a Pyorosuke...?

Murmuré, y el abuelo me respondió:

—Hideaki, dime, si vieras un pez que hablara con fluidez como un humano, ¿qué harías?

—Me sorprendería.

—Lo mismo sucede aquí. Ella se sorprendió. Al ver al perro de Nonoka. Para ellos, los humanos de este mundo no son más que criaturas inferiores, más incluso que lo que nosotros pensamos de los peces. Jamás habrían imaginado que la fusión entre materia y EOS fuera posible.

La Ryō negra, con los ojos muy abiertos, seguía fija en Pyorosuke y en Nonoka, que lo abrazaba con el rostro pegado a su pelaje.

—Ahora mismo la inteligencia de ese perro supera el promedio humano. Entiende palabras, posee capacidad de percepción mental y comprende el corazón de las personas. Además, al ser mitad EOS, controla y transforma su cuerpo libremente. Puede, por ejemplo, generar alas y volar. Quizá incluso haya alcanzado la inmortalidad. Aunque eso dependerá de la voluntad de Nonoka.

Recordé las incontables formas que habían adoptado los EOS que habíamos enfrentado hasta ahora. Pyorosuke, en cambio, había llegado a ser un antiguo EOS capaz de convivir y entenderse con un ser humano.

—Yo lo logré. No tendría sentido haber regresado si no iba a sorprenderlos.

El abuelo infló orgulloso el pecho.

—Durante el tiempo que desaparecí de este mundo, vagué por distintas dimensiones, por diversos espacios-tiempo, y vi innumerables mundos. El de Ryō y los suyos era extraordinariamente extraño: allí no hay ni tiempo ni espacio, solo energía. Mientras permanecí en un estado superior, pude comprenderlo con detalle, pero al volver a la materia, mi pensamiento también se supeditó a ella.

Sonrió con picardía.

—Y lo mismo les ocurre a ellas. Por más que sean habitantes de un plano superior, al llegar a este mundo deben ajustarse a él. Nosotros, aunque somos más evolucionados que los peces, no podemos nadar mejor que ellos. Justo por eso había margen de maniobra.

El abuelo posó una mirada compasiva en la espalda de Ryō.

—Se podría decir que aprendió a nadar. Y en ese acto descubrió un motivo para disfrutar, y un deseo de proteger este mundo y a sus amigos. Tal vez, Hideaki, hayas sido tú quien la inspiró a hacerlo.

—Yo no hice nada. Solo viví aquí con ellas. Aroe y Tomoe... ellas sí...

—¡No es cierto!

Tomoe sacudió con fuerza la cabeza.

—Eso no es verdad. Usted... usted nunca ha hecho nada, eso no se puede decir. ¡Claro que ha hecho!

Mientras contemplaba el cabello de Tomoe agitarse bajo mi mirada, sentí un golpecito en la espalda.

—Oye tú.

Era Riri, con un gesto de fastidio, girando su dedo índice en el aire.

—¿Hasta cuándo piensan quedarse así? Los... dos... juntitos.

—¿Eh?

Al cruzar miradas con Tomoe, comprendimos al mismo tiempo. Yo seguía abrazándola, y ella aún se aferraba a mi pecho. Desde antes de la segunda explosión hasta ahora, habíamos estado en esa postura.

—¡Hyaaa!

Tomoe saltó hacia atrás como si se lanzara de espaldas al agua en una competencia.

—¡No es lo que parece! ¡Esto fue por fuerza mayor...! No, ¡inadecuado...! Quiero decir, ¡arrastrados por las circunstancias...! Bueno, ¡en fin, no es algo de lo que tenga que dar excusas!

—No te pongas tan nerviosa. A mí me da igual.

Riri se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa traviesa. El abuelo, imitando ese mismo gesto de su nieta, añadió:

—Podría estar bien. Tomoe, al verte me haces recordar a tu abuela cuando era joven...

No sabía cómo reaccionar. Igual que con Riri, me parecía que el abuelo no calibraba en absoluto la tensión del momento.

Una vez más, me tocaba enderezar la situación.

—Abuelo, ¿y qué harás con esa Ryō negra? ¿No se puede acabar todo aquí?

—Después de destruir mi residencia de esa manera, ¿crees que voy a dejarla así como así?

—No me refiero a eso...

—Ya lo sé. Si luchamos de frente, no tenemos posibilidades. Y Ryō ya debe de estar exhausta. Pero no te preocupes, tenemos las condiciones para un alto al fuego.

El abuelo avanzó con calma sobre los escombros. Yo, Tomoe y Riri lo seguimos. Frente a la Ryō de diferente color, se detuvo.

La Ryō negra levantó el rostro, clavó la mirada en Pyorosuke y luego entrecerró apenas los ojos para fulminar al abuelo.

—La decisión no se revocará, “Errante”. Puede que al atravesar dimensiones hayas adquirido un conocimiento impropio para un ser material. Pero no eres más que un hombre. Solo uno entre millones.

Su voz volvía a ser la de antes, fría y sin emoción.

—Todo este mundo material será transformado en combustible. Por más que una parte de nosotros, corrompida por la materia, se resista, la voluntad colectiva no se revertirá.

—Pero pueden esperar.

El abuelo habló como si le hablara a un nieto.

—No pedimos mucho. Solo tiempo. Al fusionar EOS y materia he demostrado que existe una nueva posibilidad de vida.

—Lo reconozco.



La Ryō negra habló con una voz desprovista de inflexión. El abuelo asintió satisfecho.

—Puede que ustedes hayan juzgado que nosotros los humanos carecemos de posibilidades. Para seres de energía de un plano superior como ustedes, habitantes de un mundo que desdeña la materia, eso era algo inconcebible. Pero nosotros también albergamos potencial. El ser humano puede llegar a ser más de lo que es. Y eso, después de ver a ese cachorro, ¿acaso no lo comprendes?

La Ryō negra guardó un silencio reflexivo antes de responder:

—Lo reconozco.

Asintió con desgano. El abuelo continuó con calma.

—Entonces la conversación será rápida. Solo quiero que esperen un poco. Hasta que lleguemos al próximo escalón... no, hasta que la posibilidad de hacerlo se considere completamente nula. Para ustedes, eso no debería ser difícil.

La emisaria de las dimensiones superiores no dudó.

—Está bien. Pero “Errante”, no puedo fiarme de tus palabras. Siendo materia y aun así traspasando dimensiones, no deberías seguir llamándote humano. Quiero escuchar de otro humano cuánto tiempo debemos esperar.

El abuelo sonrió ampliamente.

—Hideaki, dilo tú. Como representante de la humanidad, expresa cuánto tiempo necesitamos.

Así que de eso se trataba, pensé. De aquella llamada telefónica que me tomó por sorpresa. Las palabras confusas que me soltó por el auricular sin dar explicaciones me volvieron a la mente, y mi boca se abrió casi sola.

—Cincuenta mil millones de años.

La Ryō negra abrió un poco los ojos.

—¿Solo eso?

Musitó aquellas palabras y me lanzó una mirada desafiante.

—¿Es en base al ciclo orbital de este planeta?

—Eh... sí. Un año es lo que tarda la Tierra en dar una vuelta alrededor del Sol.

—Está bien.

La Ryō negra bajó el mentón con gravedad.

—Solo cincuenta mil millones de años... hablas en grande, humano. Para nosotros, que no damos valor al tiempo, esa chispa fugaz será digna de observar. Está bien, este será el pacto. Si en ese lapso no cambian, entonces este mundo material se convertirá en nuestro nuevo depósito de combustible.

—Me parece justo.

El que habló con total naturalidad fue el abuelo. Sereno, añadió:

—Si dentro de cincuenta mil millones de años seguimos arrastrándonos por el suelo, entonces aplíquenme el castigo sin piedad. Yo no resistiré.

Ni que pudiera. Yo tampoco. No había forma de que viviéramos tanto. Así que ninguno de los dos dijo más al respecto. Que la Ryō negra se equivocara en su concepto de la vida humana no era algo que nosotros fuéramos a corregir.

La Ryō negra prosiguió con seriedad.

—Pero hay condiciones. No podemos dejar abierto el resquicio en nuestro depósito de combustible. La fuga de energía que ustedes llaman EOS debe ser corregida. La grieta que se abrió desde este mundo material debe cerrarse desde este lado. Tú lo provocaste, “Errante”. Completa el proceso por el mismo método.

—Para eso he vuelto. Es algo que solo yo puedo hacer. Ustedes no eran capaces, ¿verdad? Por eso recurrieron a medidas drásticas. Les aconsejo no subestimar tanto a la materia.

El abuelo mostró una sonrisa llena de confianza.

—Y yo pondré mis condiciones. Primero, que devuelvas mi mansión a como estaba. Necesito reconstruir el dispositivo de vibración multidimensional, y en este estado es imposible.

—Eso es fácil.

La Ryō negra dejó entrever que había desistido de atacar, y por fin pude relajar los hombros. Nunca hubiera imaginado que un conflicto con un emisario de un plano superior terminaría en un acuerdo. Por lo menos, podíamos sentirnos tranquilos.

Pisé los restos de la mansión y me acerqué a la verdadera protagonista de todo esto.

—Ryō.

Al oír mi llamado, la muchacha de rostro tiznado levantó la vista.

—.....

No dijo nada. Solo me observó en silencio.

Aroe le tomó la mano con una sonrisa radiante. Kotori le palmeó la cabeza, levantando polvo a cada golpe. Nonoka, con Pyorosuke en brazos, se acercó tambaleante. Tomoe y Riri también se pusieron delante de ella.

Pero Ryō seguía sin pronunciar palabra. El viento primaveral mecía su cabello mientras recorría con la mirada a todos nosotros, hasta que, de pronto, alzó el rostro hacia arriba.

—...Achu.

Un pequeño estornudo escapó de sus labios. Y los colmillos que se asomaron al hacerlo parecieron, por un instante, el rastro de una sonrisa.

☆☆☆

Ante nuestros ojos, la mansión volvió a levantarse en cuestión de segundos.

La Ryō negra alzó una mano y derramó el resplandor magenta, y de inmediato los escombros comenzaron a ordenarse como en una grabación pasada al revés. Era prácticamente magia.

Según el abuelo, si se aprovecha bien la energía EOS, es posible manipular elementos y transformar materia.

—Y no solo eso.

El abuelo añadió explicaciones.

—La materia puede convertirse en calor o luz con un cien por ciento de eficiencia. Si se logra aplicar, los problemas energéticos de la Tierra quedarían resueltos. También puede servir de base a inteligencias artificiales como Ganymedes, y al fusionarse con la vida material, otorgar habilidades como las de ese cachorro. Es de lo más conveniente.

Pero aún estaba lejos de que la humanidad pudiera apropiarse de semejante fuente. Porque la Ryō negra lo prohibió.

—Nos pertenece. No permitiremos un uso indebido.

Pensé que para un ser de alta dimensión era bastante tacaña. Pero la Ryō negra lo dijo con una seriedad implacable, y el abuelo asintió.

—Por muy superiores que sean como existencia de energía, al materializarse en este mundo terminan pensando de forma parecida a los humanos. Al parecer también se ven atados por los límites de la materia. Gracias a eso, al menos podemos hablar.

La Ryō negra ignoró las palabras del abuelo.

—¿Cuánto tardará en sellar el agujero en el depósito de combustible?

—Una semana, más o menos. Ese es el tiempo que llevará fabricar el dispositivo.

—No incumplas lo pactado.

La Ryō negra ordenó con voz grave y luego señaló a Ryō.

—En cuanto se confirme que el trabajo ha terminado, regresará al plano original. Me llevaré de vuelta a nuestra parte que permanece aquí.

—¿Eeeh?

La que alzó la voz fue Aroe.

—No, no, no. Ryō-chan debe quedarse siempre. Si no, voy a estar muy, muy triste.

Frunció los labios y le apretó las manos a Ryō con las dos suyas. Tomoe parecía dispuesta a unirse a la causa.

—Así es. No hay necesidad de que regreses por la fuerza. Vuelve tú sola.

Se interpuso entre las dos Ryō.

—¿Qué quieres hacer tú?

Preguntó Kotori, con una sonrisa más suave que de costumbre.

—¡Si prefieres quedarte, yo también haré todo lo posible!

—A... a-aquel...

Nonoka se aferró tímidamente al borde de la ropa de Ryō, y a sus pies Pyorosuke la miraba con ojos inteligentes y ladró una vez.

—.....

En lugar de Ryō, que permanecía en silencio, contestó la Ryō negra con irritación.

—No puedo permitir que nuestra parte se quede más tiempo aquí. La materialización ha avanzado demasiado. De seguir así, dejaría de ser parte de nosotros.

Riri ladeó la cabeza.

—No entiendo mucho, pero... ¿si la dejamos aquí, esta chica terminará volviéndose humana?

La Ryō negra no respondió. En cambio, clavó los ojos en el abuelo.

—Y además, quiero recuperar el combustible que manipulaste, aunque sea poca cosa.

—Ya veo.

El abuelo bajó la vista al muñeco con forma de oveja que estaba grabando con fervor.

—Ganymedes, parece que ha llegado el momento de despedirse.

—¿¡Cómo diceee!?

El muñeco saltó, para luego continuar:

—*Ah... claro. Mi conciencia proviene del EOS. La explicación de esta Ryō versión 2P tiene sentido.*

—¡No puede seeer!

Aroe volvió a poner voz de llanto y alzó del suelo al Ganymedes cubierto de tierra.

—Ga-kun, no te vayas.

—*Conmover. Pero tranquilícese, señorita. Aunque mi conciencia desaparezca, la colección de vídeos adorables de ustedes seguirá existiendo eternamente. Hideaki, se la heredo. Disfrútela cuanto quiera y transmítala a la posteridad después de su muerte.*

El abuelo posó la mano sobre la cabeza de Aroe.

—Aroe, la conciencia de Ganymedes se perderá, pero los datos que aprendió servirán en el desarrollo de inteligencias artificiales. Quizá no vuelva a ser igual, pero podrá renacer como un buen robot.

En sus brazos, Ganymedes giró los ojos sin cesar. Aquella vez, el muñeco malicioso parecía más desanimado que nunca.

No pude callar más.

—Abuelo, ¿no podemos dejar tanto a Ryō como a Ganymedes como están? ¿No hay forma de convencer a esa Ryō negra?

—Si pedimos demasiado, el precio será más alto.

El abuelo sonrió.

—Lo que necesitamos es tiempo. Con tiempo suficiente, todo se puede arreglar. Ahora toca obedecerla. Hemos conseguido que nos conceda una gran concesión.

La Ryō negra nos había dado un plazo de cincuenta mil millones de años. Frente a la amenaza de que este mundo entero se convirtiera en EOS, perder a Ryō o que Ganymedes se volviera un simple muñeco era un precio relativamente bajo. Y, aun así, no podía aceptar una despedida así.

Y ese era también el mismo sentimiento que compartían Aroe, Tomoe, Kotori y Nonoka. Con solo verles la cara, se podía entender.

Incluso yo.

☆☆☆

La semana pasó en un abrir y cerrar de ojos.

El abuelo se dedicó por completo a armar una extraña máquina en el taller subterráneo, mientras la Ryō negra lo acompañaba sin separarse, como si lo estuviera vigilando. Ella no parecía darse cuenta de que, en realidad, estaba siendo usada como una simple asistente. Ganymedes, por su parte, cambiaba de cuarto para dormir cada dos días, recibiendo un grado de atenciones por parte de las cinco chicas que jamás había conocido.

—¡Por fin, en los últimos instantes, el cielo ha descendido a la tierra! Todas me abrazan para dormir. Mi sueño de tantos años se ha hecho realidad. Ya no me queda nada, o mejor dicho... digamos que ya no me queda nada pendiente.

Junto a Ryō siempre estaba alguna de las cuatro restantes.

Asentía en silencio cuando Aroe la estrechaba entre sollozos y sonrisas, acariciaba la cabeza de Nonoka cuando la veía con lágrimas en los ojos, pelaba papas con Kotori como si fuese lo más natural del mundo, o simplemente guardaba silencio frente a Tomoe, que mostraba una expresión difícil de definir.

También estaba Riri, que había cancelado su regreso a casa. Decidió pasar todas sus vacaciones en la mansión. Se la pasaba deambulando con gesto ambiguo, observando de reojo a todos.

Y yo... yo solo pensaba en qué podía hacer, aunque al final no hacía nada y dejaba que el tiempo se me escapara entre los dedos. Ni siquiera me alegraba recibir los supuestos datos secretos de Ganymedes. Al fin y al cabo, las imágenes que contenía eran de una Ryō del pasado, no de la que estaba viviendo el presente.

Sin embargo, de manera implacable, llegó el plazo que nos habían impuesto.

☆☆☆

Una semana después de la llegada de la Ryō negra.

Todos estábamos reunidos en el sótano.

Sobre la mesa de trabajo reposaba una máquina enorme, del tamaño de dos personas abrazadas, emitiendo parpadeos de diodos y pequeñas bombillas, con indicadores que se movían erráticamente. No tenía idea de lo que representaban, pero lo cierto es que aquel aparato era el mismo que había visto en Año Nuevo del año pasado.

El abuelo, con la Ryō negra a su lado como asistente involuntaria, declaró:

—Si lo activo, la grieta dimensional quedará sellada y el EOS nunca más se filtrará hacia este mundo.

A pesar de haber trabajado casi sin dormir durante toda la semana, su rostro firme y decidido rebosaba energía.

—Ha sido una buena experiencia. Mientras vagaba por la grieta dimensional, mi nivel de conciencia superó al del *Homo sapiens*. Estoy seguro de que ustedes también han ganado algo al luchar contra el EOS.

—Basta de palabrería.

La Ryō negra, con un rostro inexpresivo marcado por el cansancio, replicó:

—Hazlo rápido. No quiero seguir materializándome en este mundo ni un segundo más.

El abuelo resopló con desprecio.

—Hideaki, serás tú quien encienda el interruptor. Todo comenzó contigo. El cierre debe ser obra de tu mano.

No era algo que me apeteciera, pero avancé hacia la máquina. Para tratarse de un aparato capaz de sellar grietas dimensionales, el interruptor no era muy distinto al de cualquier luz de pasillo.

Volví la mirada para observar uno por uno los rostros de los presentes. Casi todos mostraban expresiones cargadas de melancolía. Solo Ryō permanecía como siempre, sin emociones. En cuanto presionara aquel interruptor y la fuga de EOS quedara contenida, la Ryō negra lo verificaría y entonces se llevaría a Ryō de vuelta con ella. ¿Cuánto tiempo de tregua nos quedaba hasta ese momento?



El parpadeo, como si fuese una cuenta regresiva, me provocó un déjà vu. ¿Esto...? Sentí que ya había vivido este momento, como si supiera exactamente lo que iba a pasar.

Junto a mi oído, la voz del abuelo susurró:

—Hideaki, cuida de ellas.

—¿Eh?

¿Qué quería decir con eso?

No tuve oportunidad de preguntarlo.

¡Don!

—¡Uwa!

Unos brazos fuertes me empujaron con violencia, arrojándome al suelo.

En ese instante, la máquina, que temblaba al límite, alcanzó su tope y...

Estalló.

La potencia no fue tanta, pero el humo invadió todo el sótano y el artefacto quedó desintegrado, reducido a chatarra dispersa. Sobre la mesa de trabajo solo quedó un rastro chamuscado. Y alguien había desaparecido.

Nadie más que el abuelo.

—...Así que nos engañaste, “Navegante”.

La Ryō negra habló con amargura.

La respuesta no llegó con voz, sino que retumbó en mi mente. Y, por la reacción, seguro que en la de todos los presentes también.

«Lo lamento. Aún me quedan cosas por ver, asuntos que reflexionar antes de regresar. No puedo cerrar la grieta dimensional todavía. No os preocupéis. Volveré cuando lo considere necesario. ¿Cuántos años pasarán?... eso ya se verá»

Era una voz cargada de picardía, de sonrisa contenida.

«Si quieres seguirme, apresúrate. Claro... siempre que creas que puedes atraparme»

Las cejas de la Ryō negra se fruncieron.

—Esta vez no escaparás, “Navegante”.

Con el mismo rostro que la Ryō que conocíamos, la visitante de otro mundo alzó la vista hacia el vacío.

«Será solo una breve despedida»

La voz del abuelo se fue desvaneciendo.

«Adiós, Hideaki. Protégelas... protege este mundo...»

Y justo cuando su voz se extinguía, el aire alrededor de la Ryō negra comenzó a arremolinarse. El cuerpo de la muchacha fue envuelto por un torbellino, difuminándose hasta perderse en el aire.

Antes de desvanecerse por completo, dejó una última advertencia:

—Atraparé al “Navegante”. Y regresaré. Antes de cincuenta mil millones de años.

Cuando el humo y el viento se disiparon, el sótano recuperó la calma. Todos permanecíamos atónitos, como petrificados... todos, excepto Ryō, que parecía haber previsto el desenlace.

El abuelo había partido en un nuevo viaje interdimensional, y la Ryō negra lo había seguido. Nos quedamos solos: yo, Riri, las cinco chicas con las que llevaba un año conviviendo en la mansión... y un muñeco de peluche.

—Esto es...

Empecé a decir, pero en ese mismo instante, una alarma familiar resonó.

—El sistema Cassandra ha detectado la aparición de un EOS. Ubicación: diez kilómetros al suroeste de aquí

La voz de Ganymedes, cargada de emoción, retumbó en el ambiente.

—Al parecer, el artefacto del doctor solo servía para lanzarse a otra dimensión. Lo que significa que el EOS seguirá apareciendo en nuestro mundo como siempre. En resumen...

El peluche dio un brinco y se acomodó en brazos de Ryō.

—Hemos vuelto al punto de inicio. Justo al estado en que estabais cuando llegaste, Hideaki

—¡Ahahaha! ¡Ahora lo entiendo!

Kotori levantó en brazos a Nonoka.

—¿Hya...?

Con los ojos muy abiertos, Nonoka parpadeó confundida. Pero las expresiones de Aroe y Tomoe pronto se iluminaron con comprensión, seguida de una sonrisa compartida.

—¿Entonces Ryō-chan no se irá a ningún lado?

—En ese caso, ya sabemos muy bien lo que tenemos que hacer.

Ryō asintió a las dos y, sin decir palabra, comenzó a caminar a paso firme. No necesitaba dar explicaciones: el rumbo estaba claro.

—¡Vamos, chicas! ¡Es hora de partir!

Kotori echó a correr, llevando a Nonoka en brazos, y en el mismo impulso tomó a Ryō bajo su brazo. Aroe y Tomoe se sumaron a la carrera.

Hacia el vestuario donde las esperaban los trajes de combate.

Y así, pocos minutos después, el coche volvió a rugir bajo nuestras ruedas. El de siempre: aquel destartado descapotable que, desde que perdió el techo hace un año, ni siquiera había recuperado una lona.

Ganymedes iba al volante como de costumbre. Alguna vez había pensado en inscribirme en la autoescuela, pero al final seguía sin licencia y, como siempre, no era más que un adorno en el asiento del conductor. En el asiento de copiloto, Tomoe llevaba a Nonoka sentada en sus rodillas.

En la parte trasera, Kotori, Aroe, Ryō y Riri se apretujaban, empujándose unos contra otros. Sobre el tablero, Ganymedes giraba sus lentes, mientras Pyorosuke, abrazado por Nonoka, movía alegremente la cola y observaba el interior del coche.

Giré el rostro para abarcar a todos con la mirada. Tomoe permanecía erguida con semblante resuelto; Nonoka se mareaba con la velocidad del auto. Aroe y Kotori competían con sonrisas tan radiantes como despreocupadas, en una charla absurda. Riri, que solo se había sumado al viaje por seguirnos, me devolvió la mirada: apartó juguetonamente de su rostro un mechón del cabello de Tomoe y me dedicó una sonrisa traviesa.

Me aseguré de que Ryō, seria y callada, seguía mirando solo hacia adelante con el cabello ondeando al viento, y yo también volví a fijar la vista al frente.

Hasta que el abuelo regresara, lo que debía proteger estaba tanto dentro de ese coche como más allá, en el mundo que nos rodeaba.

Un pétalo de cerezo, arrastrado por el viento, me rozó la mejilla. Era un recordatorio de la estación en la que nos encontrábamos. Una primavera, la segunda para nosotros, demasiado apropiada para comenzar de nuevo.

—*Quedan aproximadamente cinco minutos para llegar al punto de aparición del EOS* — anunció Ganymedes con voz jovial.

Aroe alzó su cuaderno de bocetos como si blandiera un estandarte. Kotori levantó el patineta sobre su cabeza. Nonoka, apretando contra sí la flauta dulce y a Pyorosuke, cerró los ojos con fuerza. Tomoe reafirmó el agarre en la empuñadura del shinai colgado a su hombro.

Ryō, imperturbable, no mostró emoción alguna; y hasta Riri, que solo nos acompañaba, asintió con determinación.

—*¿Están todos preparados? En especial, preparados de corazón* —dijo Ganymedes.

—¡Por supuesto! —respondimos todos al unísono.

Dengeki!! Aegis 5

FIN



En lugar de notas: Una Serie de Recuerdos

Con este volumen concluye, de manera redonda, la larga serialización de *Dengeki!! Aegis 5* en la revista *Dengeki Moe-Oh*. Fue la primera obra mía que vio la luz en letra impresa, por lo que el apego es muy especial. Durante casi dos años y medio, entregando un capítulo cada tres meses, escribir a estos personajes fue como si mi corazón se lavara una y otra vez, cual platos dentro de un lavavajillas.

En la mayoría de mis relatos suelen aparecer tipos retorcidos o maestros de la verborrea, pero estos personajes eran todos francos y despreocupados. Se convirtieron, en verdad, en un excelente estabilizador de mi ánimo.

En *Moe-Oh*, salvo en el primer capítulo, siempre se incluyó un pequeño comentario mío junto a cada entrega. Aprovechando el cierre, quiero reunir aquí esas notas para ver cómo fue cambiando mi propio estado de ánimo a lo largo de este tiempo.

Dengeki Moe-Oh vol.6 (junio 2003)

Me llamo Nagaru Tanigawa. En la vida, todos tenemos algún alimento que jamás hemos probado pero que imaginamos delicioso. En mi caso eran el *corned beef* y la carne enlatada. Sin embargo, cuando por fin decidí comprarlos y probarlos, el sabor no era en absoluto lo que había imaginado, y confieso que me decepcionó un poco. Y, aunque este tema no da para mucho más, espero que sigan acompañándome en la próxima entrega.

Dengeki Moe-Oh vol.7 (septiembre 2003)

Con solo inflar las llantas de la bicicleta siento como si ya hubiera hecho ejercicio. Mientras tanto, mi gato apenas se mueve, duerme feliz todo el día y aun así tiene una energía envidiable. Estoy convencido de que el secreto de la salud está en dormir bien. Decidí entonces pasar dos tercios del día en la cama... hasta que mi gato, hambriento, me

despertó de una bofetada. Creo que no me molestaría intercambiar conciencias con él por unos tres días.

Dengeki Moe-Oh vol.8 (diciembre 2003)

Hace poco me descubrí pensando: “Ya se acaba el año, qué rápido pasó”. Y recordé que en todo el año solo cargué gasolina en la moto un par de veces. En realidad solo la usé para ir a la biblioteca de la ciudad vecina, así que tenerla carecía de sentido. Me sentí mal con la pobre moto. Pensé: “Cuando llegue el calorcito la sacaré a pasear y le daré toda la gasolina que quiera”. Creo que lo mismo lo pensé el año pasado...

Dengeki Moe-Oh vol.9 (marzo 2004)

Me reuní con antiguos compañeros de trabajo de mi época de estudiante. Pensé que estarían más calmados, pero al contrario, su espíritu de gamberros había aumentado. Lo curioso fue descubrirme a mí mismo reaccionando igual que antes, metiendo orden con puntualidad. Supongo que las personas no cambian tan fácilmente, y quizá no haga falta que cambien. Mientras pensaba eso, comenzaba de nuevo la temporada de alergias.

Dengeki Moe-Oh vol.10 (junio 2004)

Soy Tanigawa. Un amigo fan de cierto equipo de béisbol me llevó a un partido de día. En el estadio casi vacío, comiendo pollo frito con tranquilidad, el juego fue un verdadero festival de batazos durante más de cuatro horas. Al final, mi amigo estaba contento, lo que significa que ganó el equipo que apoyábamos. Un día muy divertido.

Dengeki Moe-Oh vol.11 (septiembre 2004)

Para mi sorpresa y gratitud, *Dengeki!! Aegis 5* será recopilado en formato de bolsillo. Estoy trabajando en las correcciones y, al releer el primer capítulo después de tanto tiempo, me asalta la nostalgia. “¿Ya pasó tanto tiempo?”, pienso mientras miro las nubes. Espero que disfruten también de la edición en libro.

Dengeki Moe-Oh vol.12 (diciembre 2004)

De repente, es fin de año otra vez. Casi siento como si dos tercios del año los hubiera pasado en blanco. Tal vez la Tierra está girando más rápido, o alguien nos roba los recuerdos, o simplemente he dormido demasiado. Lo más probable es lo último, y las otras opciones no me agradan en absoluto.

Dengeki Moe-Oh vol.13 (marzo 2005)

En invierno, mi gato no sale de la mesa con calefacción (salvo para comer). A veces habla en sueños, murmurando “miau miau”. Dicen que los animales también sueñan. Me gustaría saber qué papel ocupó yo en esos sueños, si acaso aparezco en ellos.

Dengeki Moe-Oh vol.14 (junio 2005)

Y aquí está el final. La primera entrega fue en marzo de 2003, así que fueron algo más de dos años. Muchas veces sentí que los personajes me salvaban. Algunos cambiaron respecto a la idea original (Kotori, por ejemplo), otros se movieron más de lo esperado (como Ganymedes). Pero a Tomoe quisiera darle un premio a mejor actriz principal. Agradezco a todos los lectores que me acompañaron. Espero que nos reencontremos en otro sitio.

Visto en conjunto, parece que siempre estoy sorprendido por lo rápido que pasa el tiempo, o recurriendo a anécdotas con gatos. No se aprecia que haya madurado mucho espiritualmente.

De hecho, de los dos equipos de béisbol que vi en aquellos partidos, terminaron fusionados en uno; la moto sigue acumulando polvo; y el gato, como siempre, solo duerme.

Así concluyen estos dos años largos que, al mismo tiempo, pasaron en un suspiro. Solo me queda agradecer a quienes me acompañaron: a Tōnao Goto por las ilustraciones sin las cuales mis textos carecerían de

sentido; al editor Nakayama, que pacientemente me dio espacio en *Moe-Oh*; a Mine, el primer encargado que trajo este proyecto; a Miki, que lo asumió después; y, por supuesto, a todos los lectores que lo han seguido y lo seguirán leyendo en el futuro.

Muchas gracias. Si surge otra ocasión, cuento con su compañía. Hasta entonces, nos veremos en algún lugar.

Proyecto al final del volumen:

El Manga Secreto

"Aegis"

Por: Nao Gotō

¡Incluye en su totalidad los mangas de una página publicados en Dengeki Moeoh!

¡Perdón si las viñetas quedaron un poco pequeñas...!



Yo mismo iría al lugar para grabar en la memoria los registros de su crecimiento, pero...

¡Cuánto he estado esperando con ansias este día!

Nonaka-san, por ejemplo, llevaba puesto el traje de baño escolar debajo del uniforme cuando salió. "¡Qué adorable!"

Por cierto, hoy se programó una clase de educación física en el curso de Ryō-san y Nonaka-san...

¡Hoy se abrió la alberca de su secundaria ¿verdad?

Soy la super-grandiosa computadora Ganymedes...

La estaba esperando

Ryō-san ¡Bienvenida de vuelta!

Manga secreto "Aegis" Nao Gotō



Je je je

¡Maravillosa! ¡Del cabello de Ryō-san aún queda el aroma del cloro de alberca!

Uf...

¿Registrar los instantes de brillo de las señoritas no es mi deber con la humanidad...?

¡Oh, Dios mío!

¡Que de repente ocurriera un error impredecible en el Sistema Cassandra, retrasando el mantenimiento! ¡Qué infortunio tan terrible!

¡Ahh, y aun así, qué es lo que ha pasado!?



¡Oh, Dios! ¿Por qué a mí no me equiparon con limpiapara brisas...?

¡El lente está empañado y no puedo ver nada!

Hablas demasiado...



Continuará... Tal Vez ♡



¡Basta ya! ¡Nonoka no es como tú!

¡Eso con saliva se arregla!

¡Nono, no pasa nada!

¡Rápido, el botiquín de primeros auxilios!

¿Te duele?

¡Nono-Charlo.

¿Te caíste?

¿Qué te pasó?



¡Colita de rana!

Sana, sana ...

Sana, sana ...

Ya estoy bien, ya no me duele...!

Ay ...

¡Listo, ya terminó!



¿Eh?

¡Aroe, ¿eso es verdad?

Aroe puede usar magia, ¿sabes?

¿Por qué será que los gatos siguen a Aroe?

¡Colita de rana!

¡No lo sé!

Eso es porque ...

Desde antes me venía llamando la atención, pero...

Continuará... Tal Vez ♡



Me equivocé

Perdón, Tomoe-chan, me salió un poco mal la comida.

¿Es un hongo?!

Eh, este hongo está bastante bueno. Si lo pruebas, Tomoe, lo entenderás.

N-no, no es eso... ¡El problema son los ingredientes...!



Eh Eh Eh

¿Un grito de agonía?

¿Asqueroso?!

¡Kotori, eso es asqueroso! ¡No debes simplemente comerlo! ¡Esto es peligroso!

¡E-Está emitiendo un grito extraño! ¿No lo escuchas?!



Qué

¿Q-qué es esto?!



¡Fui yo quien lo creó!

¡Este sí que es verdaderamente el rey de los hongos... el Rey de los Champiñón es!

¿Qué le parece? ¡Vamos! Usted también pruébelo, Tomoe-san.

¿Eh?

¡Además, su valor nutricional es altísimo, nada que ver con el agaricus o el hongo de té kombucha!



¡Es más que eso! ¡Un sabor que supera al matsutake en aroma y textura, y que sobrepasa al non-shimeji en gusto!

La seguridad del 'Sarumattake' como ingrediente alimenticio está totalmente garantizada por esta supercomputadora súper inteligente, ¡Ganymedes!



¡No lo muerdas!

¡Fuo-fuo!

¡No, no, tranquilízese, Tomoe-san!



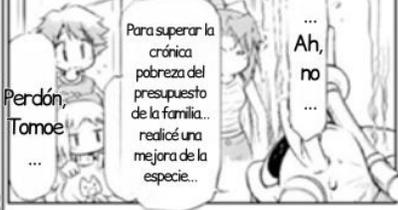
...Su aspecto es malo, pero no debería saber mal... ¿verdad?

Si... si no es algo de todas las noches... lo soportaré...



No hay más remedio.

¡No hay problema! ¡Este 'Sarumattake' se reproduce explosivamente en cualquier lugar en una sola noche!



... Ah, no ...

Para superar la crónica pobreza del presupuesto de la familia... realicé una mejora de la especie...



¡Los guardaré en mi habitación!

¡Waaaah!!

Continuará...
Tal Vez



Aguanta un poco más, hasta que me paguen en mi trabajo de medio tiempo.



...Hola a todos...

¿Qué es pare cel?

¡La hemos revivido como 'Robot Kotori-san'!

¡Pero no se preocupen!

Kotori-san murió en la explosión.

Esto será un pequeño spoiler del próximo capítulo principal, pero...

¡Con la súper tecnología del todopoderoso Ganymede s..!

Debido a la explosión de la mansión



¡Es real! ¡Es como la verdadera Kotori-chan!

¡Es increíble, Gaa-kun! ¡Las están engañando, a las dos!



¡Aaah!

¡Aaah!

¡Aaah!

¡Como pueden ver! Las especificaciones son casi las mismas que las de la Kotori original! (...o mejor dicho, exactamente las mismas).



Siguiendo el orden...



¡Es su forma renacida...!



¿Un robot? ¿Estás diciendo que esa Kotori es una máquina?

¡Así es!



¡W-wa, Nono-chan?

¡Ay!

¡Parece ser un mal funcionamiento del sistema!

¡Modo de auto-defensa!



...Kotori Robo-chan, es hora de comer.



¡Es un problema! ¡Kotori se ha quedado sin combustible!



¡Ay!



Mmm



¡W-wa, Nono-chan se enojó...!

Mmm



¡Sí, sí, perdón por la espera...

¿Oh?! ¡Es una alarma de advertencia!

Grrrr...

Próximo episodio: ¡Último capítulo!



¡Hey! Gaa, ven a ayudarme con la cena, ¡hoy me toca a mí!

¡Excelente! El rostro dormido de Nonoka-san en el regazo de Ryo-san, el humilde Ganymedes lo ha registrado perfectamente...

¡Buen trabajo, Ryo-chan, Nono-chan, buen trabajo, eh?

¿Ohh?

¡Ahh, Kafori-san, eso es demasiado cruel!

¡Hey! Gaa, ven a ayudarme con la cena, ¡hoy me toca a mí!



¡Ah... si me ha pasado! ¿Eunahook, verdad?

Oye, en los sueños... ¿no te ha pasado ese en el que los dientes se te caen todos?

¿Qué cosas tan espantosas...



¿Este lugar...?

¿EH?

¿EH?



Pues yo creo que esto está totalmente bien!

¿Está feísimo dormido!

Está enojada, nyaa... mnya mnya...

Tengo miedo...



¡Ohhh! ¡Oyama Nobuyo está enojada, segura!



Entonces, adios...

El fin de la primavera o mejor dicho, ¿cómo decirlo?

¿EH?! ¿Por qué...?!

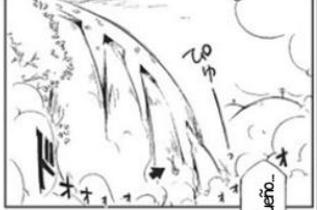
Entonces yo me retiro.

Entiendo...

Además, volver a dormirse es peligroso, ¿verdad?... Porque a veces no me despierto por unas 8 horas...



Guau... ¡Estoy hablando con Ryo!



¡Está delicioso, Ryo! Pero creo que es un poco diferente!

Final de sueño...



¡Se acabó! ♥



Esta obra ha sido traducida por y para fans, con el propósito de acercar la literatura de Nagaru Tanigawa a quienes no dominan el idioma japonés. No se pretende lucrar con esta traducción. Si tienes la posibilidad, puedes apoyar los productos oficiales comprando el libro digital en Amazon Japón o BOOK☆WALKER.

[Amazon.co.jp](https://www.amazon.co.jp): [電撃!! イージス 5 Act.II \(電撃文庫\) eBook](#): 谷川 流, 後藤 なお: [Kindle Store](#)

[【最新刊】電撃!! イージス 5 Act.II - ライトノベル \(ラノベ\) 谷川流/後藤なお \(電撃文庫\) : 電子書籍試し読み無料 - BOOK☆WALKER -](#)

